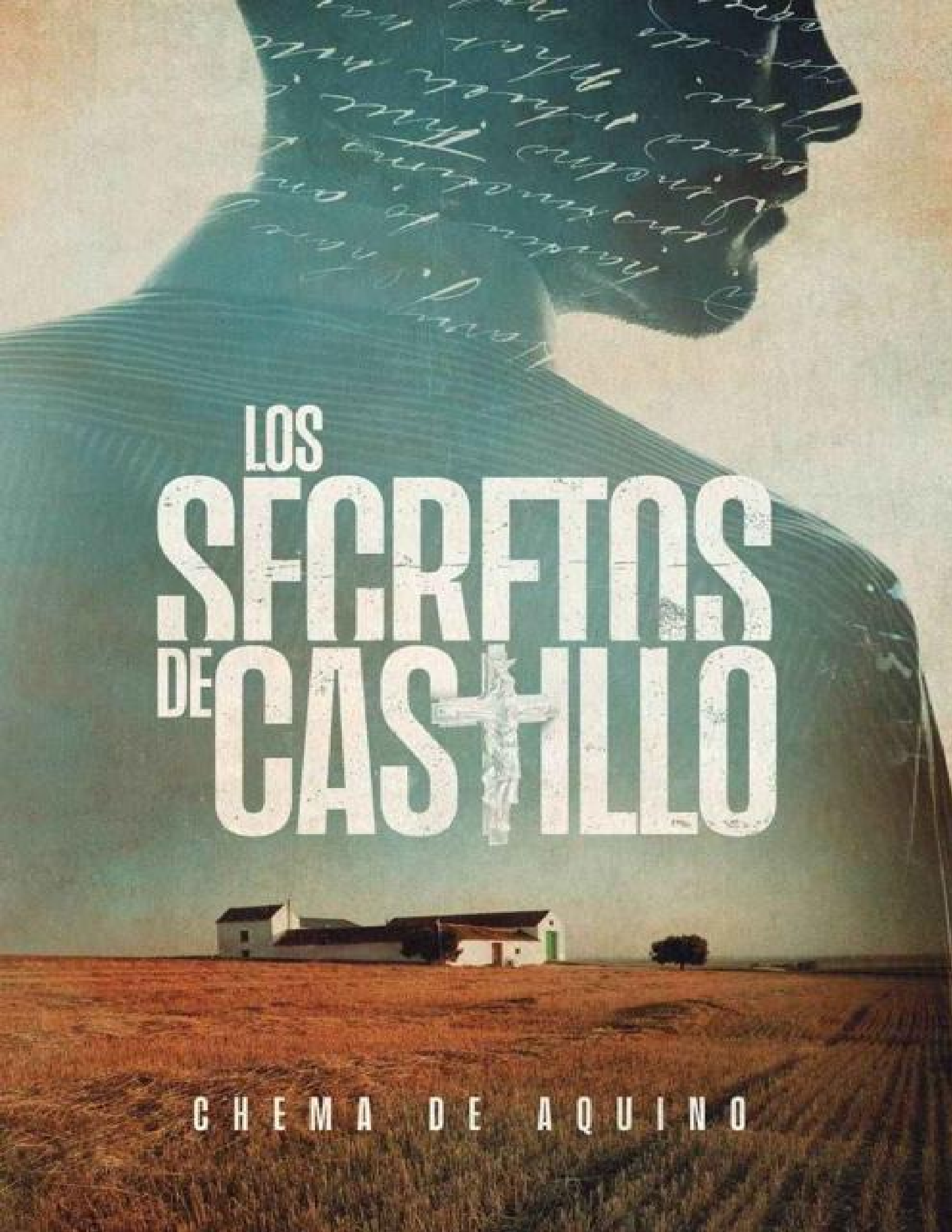

LOS
SECRETOS
DE
CASTILLO
CHEMA DE AQUINO

LOS SECRETOS DE CASTILLO

Chema de Aquino

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (ya sea electrónico, mecánico, por grabación, por fotocopia u otro) ni su incorporación a un sistema informático sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de estos derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o pedir permiso para cualquiera de las acciones anteriormente citadas, puede escribir un *email* a chema@chemadeaquino.es

© José María de Aquino Delgado, 2024

Correcciones: Silvia Barbeito
Diseño de portada: Alberto Domínguez (www.estudioalbertodominguez.com).

Primera edición: junio – 2024
ISBN: 9798323294923

«Tengo la convicción, Watson, por experiencia propia, de que los más miserables y sórdidos callejones de Londres no cuentan con un catálogo de horrores tan terrible como el de la soleada y hermosa campiña inglesa».

ARTHUR CONAN-DOYLE
EL MISTERIO DE COPPER BEECHES

ANTES DE LEER:

En esta novela se mantiene la tilde en «sólo» según la regla tradicional. Así podemos distinguir entre «él trabaja solo los lunes» y «él trabaja sólo los lunes».

Aunque algunos personajes y situaciones son reales, sus acciones y suertes son ficticias, esto no es un libro de Historia. No obstante, lo más increíble sí que fue real.

DEDICATORIA:

A mi madre, por la idea.
Bueno…, por todo.

1

UN HALLAZGO PERTURBADOR

Mayo de 2024.
Mi confesión.

Veinticinco años a base de pan y agua. El día que encontré a aquel hombre —anciano ya— encadenado a la cama donde lo habían mantenido vivo contra su voluntad, primero recordé el final de una película argentina —me callo el nombre para no hacer *spoiler*— y, después, se me vino a la mente el mito de Sísifo. Ya sabes. Condenado a empujar una roca montaña arriba, una y otra vez, eternamente, porque la piedra siempre caía antes de llegar a la cima.

También pensé —quizás no lo hice en ese instante, pero sí al poco tiempo— que ese tipo, al igual que el del mito griego, había sido castigado a una existencia de penuria en aquella habitación, pero que para su fortuna —si esa palabra es compatible con esta historia— él sabía que moriría en algún momento; que, a diferencia del rey de Éfira, él no tendría que soportarlo durante toda la eternidad. Claro que vivir casi tres décadas así, sin ventanas para saber si es de día o de noche, sin una televisión para ver al hombre pisar la luna o sin una radio para oír un mundial cada cuatro años, se me asemeja mucho a lo eterno.

Al menos se libró del *reggaeton*.

Recuerdo que lo encontré un jueves y que murió tres días después. Lo hizo —lo de morirse— en otra habitación no muy distinta a la suya. Del mismo tamaño, sin radio, con una tele que sólo funcionaba con unas monedas que no tenía y con una ventana que daba a un patio interior sin nada en lo que fijarse. Y es que en los hospitales cualquier período de tiempo también parece una eternidad. Quizás por eso a los pacientes se los llama así.

El pobre hombre apenas habló en sus tres últimos días de vida, pero todo lo que me contó me hizo estar seguro de que esta historia —la suya y la de las cartas de mi abuelo— debía comenzar así: con un cura, cojo por la polio, entrando en el juzgado de un pueblo repitiendo en voz alta —que no gritando— la misma frase:

¡Pilar Antequera se ha suicidado!

2

¡PILAR ANTEQUERA SE HA SUICIDADO!

Agosto de 1965.
Jártava (Sevilla).

El padre Facundo entra en el juzgado repitiendo en voz alta —que no gritando— que Pilar Antequera se ha suicidado, pero el destinatario de la noticia no se entera. Su amigo Miguel Castillo está tan enfrascado en la carta que le escribe a su esposa que no lo oye, y ni siquiera deja de aporrear las letras de la máquina de escribir cuando el religioso, ya desde la misma puerta del despacho, lanza el aviso por enésima vez.

Miguel Castillo no es, ni muchísimo menos, un literato. Fuera del manido lenguaje burocrático, procesal y jurídico que utiliza a diario, le cuesta tanto elegir las palabras precisas para su mujer que cuando le viene una ráfaga de inspiración no es capaz de desviar ninguno de sus sentidos de la máquina de escribir; y es tanta la inspiración que siente en este momento que aún escribe tres palabras más —alternando la vista entre lo escrito en el papel y las letras que debe encontrar en el teclado— cuando el padre Facundo llega hasta su escritorio y lo toca en el hombro.

El tocamiento, como en casi cualquier circunstancia y parte del cuerpo, surte efecto, y ahora sí que despega la vista de las teclas para fijarse en el hombre que hay a su lado.

Los dos se miran. El uno con sotana y alzacuellos, el otro con camisa arrugada y ambos con sudor en la cara. Ante la ausencia de respuesta del de las arrugas, el de la sotana vuelve a hablar, aunque esta vez decide utilizar un tono cargado de paciencia. De santa paciencia.

—Secretario Castillo —resopla más que dice—, que vengo a darle la noticia del suicidio de nuestra joven vecina Pilar Antequera.

El secretario judicial Miguel Castillo, el único trabajador del juzgado que no está de vacaciones en pleno mes de agosto, sacude la mano por delante de la cara como si estuviera ahuyentando una mosca, aunque lo que en realidad hace es apartar las últimas palabras que había elegido para su esposa; unas palabras que no cree que sea capaz de recordar cuando vuelva a ponerse frente al teclado, si es que lo dejan.

—Perdone, padre, ¿me decía algo? —pregunta cuando aterriza en la realidad.

—Sí —contesta el religioso, cada vez más cerca de la blasfemia—, le decía, y le digo nuevamente, y las veces que haga falta, pero espero que no haga falta, ahora lo veremos, que he venido a darle la noticia del suicidio de Pilar Antequera, querida vecina de nuestro pueblo, a la que imagino que conocerá.

—¿La hija de Puri, la carnicera?

—La misma. Y vengo a decírselo a usted, porque como todo el juzgado está de vacaciones, digo yo que alguien tendrá que hacer el levantamiento del cadáver. Aunque levantado está ya, desde luego.

Miguel Castillo devuelve la mirada a la Olivetti celeste propiedad del juzgado, niega con la

cabeza y se mete la mano en el bolsillo del pantalón. Allí busca un pañuelo con sus iniciales bordadas, un regalo que le hizo su mujer unos años atrás, aunque no recuerda si fue por algún aniversario, un cumpleaños o por simple detalle. A pesar de que la tela del pañuelo es ligera, le cuesta sacarlo del bolsillo por un par de motivos de peso que se combinan entre sí.

El primero es que sigue sentado. El segundo es que en esa posición, sus muslos rellenan todo el espacio posible dentro de la prenda, haciendo que no haya hueco para que el pañuelo salga de su escondite con facilidad. Cuando al fin lo saca —moviéndose un poco hacia los lados para desatascarlo— se seca el sudor de frente y cuello con él, se levanta de la silla —que cruje— y vuelve a guardarlo con un poco más de facilidad porque ahora está de pie y el pantalón le aprieta pero no le ahoga. A pesar del calor, se ajusta los tirantes y se coloca la chaqueta por encima de la camisa para que no se noten ni la evidente falta de planchado ni el cerco de sudor en torno a las axilas.

—Sí, eso, abríguese, secretario Castillo, claro que sí. Yo también me he quedado helado con la noticia —le dice el cura, que no lleva nada debajo de la sotana ni en verano ni en invierno.

—¿Está en su casa?

—¿Y a dónde va a ir, la pobre? Sigue colgada de la cuerda con la que se ha ahorcado. Y me va usted a perdonar, pero le he tapado la cabeza con una sábana para no verle los ojos a la niña, que ya no es tan niña. O no era tan niña. Nunca sé cuándo empezar a hablar en pasado de alguien que acaba de morir.

—¿La madre ya lo sabe?

—Ella me fue a buscar. Llegó a casa después de su partida de cartas y se la encontró muerta, imagínese la escena. Yo llamé a unos vecinos para que se quedaran con ella y me vine directo a avisarle a usted, y aquí me ve.

—¿Y la Benemérita?

—Un vecino les fue a buscar, otra cosa es que lleguen antes que el hombre a la luna. Ya sabe usted el dicho, secretario. ¡A buenas horas, mangas verdes!

—¿Y el médico?

—Secretario, no se confunda, que yo sólo soy el cura; el que puede estar en todos los sitios a la vez es mi jefe.

Miguel Castillo esquiva al padre Facundo con pasos lentos, se acerca a la única pared que no está llena de archivadores y se mira en el espejo que hay colgado. Se alisa con la mano el poco pelo que le queda —apenas tres rayas de cabello apelmazado— y se retoca el bigote, esa fina línea de estilo francés que se extiende sobre su labio superior. Unas mejillas perfectamente afeitadas, una nariz gruesa y unos ojos carentes de sentimiento completan el reflejo de un secretario judicial cansado de vivir y del calor. Sobre todo del calor.

—Pongámonos en marcha, padre, andar me vendrá bien para bajar mis kilitos de más.

Los dos hombres recorren en silencio el camino desde el juzgado hasta la casa de la fallecida, ya que ni siquiera el padre Facundo deleita al secretario con alguno de sus famosos chascarrillos. Tampoco ven por las calles del pueblo las habituales sillas de sus habitantes tomando el fresco, quizás porque el calor sigue siendo tan acuciante que el fresco también ha decidido irse de vacaciones.

Aunque el juzgado se encuentra a unos diez minutos de su destino, ambos cubren esa distancia en un poco más de tiempo. ¿Por qué? Porque a la cojera por culpa de una poliomielitis del cura se le une la tranquilidad habitual del secretario para todo lo que no sea comer. Es, como dicen algunos en el pueblo, el hombre tranquilo, y como dicen otros, el lento, aunque esto último a veces vaya con doble sentido.

Cuando llegan a la casa de Puri, encuentran la puerta abierta y entran sin llamar. En el salón, junto a la carnicera del pueblo, se reúnen casi todos los vecinos de la calle. Unos pocos sentados y unos muchos de pie, pero todos con caras serias. Aunque no llora en este momento, la madre de la joven ahorcada tiene los ojos brillantes y enrojecidos por haberlo hecho. Castillo nota que ya le ha dado tiempo a vestirse de riguroso luto, camuflándose así entre la gama cromática de las ancianas que la acompañan. También nota, o eso le parece, que está distinta. No es que tenga una memoria fotográfica, pero entre el luto y el pelo —quizás el color, quizás el peinado— Puri parece otra. Al dejar de fijarse en ella, se da cuenta de que todos los presentes lo miran a él, y tarda en comprender que esperan su pésame, el cual termina dando tras unos segundos eligiendo las palabras apropiadas. El problema es que justo las que elige no lo son.

—Lo siento en el alma, Puri, seguro que nos está viendo desde arriba.

El padre Facundo carraspea y Puri llora mientras Miguel Castillo se marcha hacia el dormitorio de la suicida esquivando miradas con la cara roja por el calor, sus kilitos de más y el pésame elegido.

El de Pilar Antequera no supone el primer levantamiento de cadáver que debe llevar a cabo en su vida, pero sí es la primera vez que el cuerpo se encuentra en vertical y por encima de su cabeza. Tampoco ha tenido que hacerlo nunca con alguien tan joven. En cualquier caso, nunca le ha resultado cómoda esa parte de su trabajo, algo que creería lo normal si no fuera porque muchos de los compañeros con los que ha coincidido en sus destinos anteriores lo veían como un aliciente capaz de compensar los peores salarios del juzgado. Y es que hay gente que disfruta viendo muertos, aunque sean niñas no tan niñas.

Tras entrar junto al padre Facundo en la habitación y cerrar la puerta, lanza una pregunta al aire sin atreverse aún a levantar la mirada hacia el cuerpo.

—¿Qué edad tenía?

—Quince —contesta el cura, que también evita alzar la mirada—, quizás catorce.

—Bien, cuanto antes empecemos, antes acabaremos. Padre, entérese de si va a presentarse la Guardia Civil —ordena al religioso, que asiente y sale de allí encajando la puerta tras de sí.

Una vez a solas, Miguel Castillo examina la habitación. Pocos elementos la identifican como el dormitorio de una joven de quince años, quizás catorce. La cama está deshecha y junto a ella, en la mesilla de noche, reposa la lámpara que ilumina la estancia y un libro cerrado. Se acerca hasta allí y lo examina. Hay un naipe desgastado —el rey de bastos— marcando el lugar de lectura a apenas diez páginas del final. Lee el título en voz alta: *En 79 días. Vuelta al mundo en Vespa*. En su intento de postergar el momento de fijarse en el cuerpo, reflexiona sobre lo triste que es morirse cuando a uno le faltan apenas una decena de páginas para terminar un libro.

Para su desgracia, no se le ocurre ninguna otra reflexión y como la habitación no tiene más mobiliario que una pequeña cómoda y una silla volcada bajo el cuerpo de la ahorcada, llega el momento de mirar el cadáver.

Tal y como le había avisado el padre Facundo, una pequeña sábana tapa la cabeza de Pilar e impide que se le vea la cara, aunque el desgaste de la tela hace que pueda intuir sus rasgos a través de ella. También es capaz de verle el cuello, alrededor del cual se enrosca una soga enganchada a la viga de madera del techo.

El colorido vestido de flores de la joven contrasta con la escena. Aunque la había visto en no pocas ocasiones —sobre todo al ir a comprar a la carnicería de la madre—, no la recordaba con una prenda tan llamativa. Pero tampoco es que tenga buena memoria.

Al fin, se decide a alzar la mano para retirar la sábana de la cabeza, y el rostro de la fallecida queda al descubierto en el mismo momento en el que tres golpes resuenan en la puerta que se

sitúa a su espalda.

—Adelante —dice sin apartar la vista de los ojos hinchados que ve ante sí.

La puerta se abre lentamente y tras el padre Facundo aparece Vicente Costa, capitán de la Guardia Civil al que todos en el pueblo apodan el Capitán Niño por la juventud que desprende su cara, aunque supere con creces los cuarenta.

—Secretario Castillo, cada vez que lo veo hay un cadáver cerca —dice este a modo de saludo.

—Mientras siga usted llegando el último, así seguirá siendo —le contesta al estrecharle la mano.

El guardia civil se sorprende de la rapidez con la que el secretario le devuelve la estocada y pasea igualmente su mirada por la habitación, aunque él no rehúye mirar el cadáver cuando lo estima oportuno.

—Miren, he hablado con el médico antes de venir —dice Costa tras fijarse también en el libro sobre la mesita de noche—. Se presta a amortajar el cuerpo en la clínica hasta el entierro, que imagino que será mañana, ¿no, padre?

—Si Dios quiere, será. Pero me apena no poder enterrar a esta criatura donde se debe —dice este, y toma la sábana para tapar de nuevo la cara de la muerta—. Lo del suicidio…

Después de que los tres amigos cumplan cada uno con su trabajo allí dentro, se reencuentran en la única taberna con la que cuenta el pueblo. El cura, el secretario judicial y el capitán de la Guardia Civil se acomodan en la misma mesa, piden vermú, hablan de lo solos que se sienten —sobre todo, Castillo— y brindan por el alma de la chica muerta —sobre todo, el padre Facundo —. La taberna, llena de sombras y rincones en los que apenas llega la luz, recibe menos clientela de la habitual en las noches de verano, pero a los tres amigos pronto se les une alguien más.

El cuarto hombre llega agitado, sudoroso —más de lo normal— y con evidente expresión de preocupación. El médico del pueblo coge una silla de otra mesa y la acerca para sentarse junto a ellos, despacha con gestos rápidos al dueño del bar y se inclina cuando se asegura de que este ha regresado a la barra. Los tres amigos imitan la postura del confidente y el médico abre la boca —dejando entrever la amplia separación que tiene entre las paletas— para tomar la palabra con un hilo de voz tan tímido que el padre Facundo, medio sordo del oído derecho, apenas oye.

—Oigan, señores, Pilar Antequera no se ha suicidado. Ya estaba muerta cuando la han ahorcado.

Y los tres se sienten extrañamente aliviados. El cura porque va a poder celebrar un entierro como Dios manda, el guardia civil porque por fin surge algo que investigar y el secretario porque un asesinato es la excusa perfecta para no echar de menos a su familia.

3

EL CUERPO

El doctor Becker detesta hablar en susurros —al fin y al cabo, es alemán— por eso convence a los tres españoles para salir de la taberna y caminar hasta su casa, hasta su consulta, que no es lo mismo pero es igual.

—¿Está seguro de que no se trata de un suicidio, doctor?

La primera pregunta que recibe nada más salir a la calle la verbaliza el capitán de la Guardia Civil, aunque el secretario judicial y el cura la tenían revoloteando en sus mentes, cada uno a su velocidad. El médico, que en la taberna había caminado encorvado como si así consiguiera pasar desapercibido, mira a un lado y a otro de la calle antes de contestar completamente erguido, con la barbilla alzada y su voz autoritaria de serie.

—Señores, afinen sus oídos. He visto muchos cadáveres a lo largo de mi vida y, se lo puedo asegurar, por todo tipo de causas —levanta dos dedos para ilustrar sus próximas palabras—, desde las más naturales hasta los más despiadados ejemplos de ensañamiento contra un ser humano. Y por supuesto, he visto más de un suicidio. Oigan bien ahora que no hay susurros entre nosotros. Pilar Antequera no se ha suicidado. A esa chica la han matado y una vez muerta la han ahorcado para que pareciera un suicidio. ¿Me entienden?

—Por Dios. ¿Quién podría hacer algo así en un pueblo como este? —dice el padre Facundo, que al pararse provoca que los demás también lo hagan.

—Mis conocimientos no llegan a tanto, padre. Eso sólo lo saben Dios —contesta el médico alzando el índice al cielo— y el asesino —dice tras señalar al suelo.

—¡Qué horror!

—La vida es horror, padre —sentencia el alemán, y todos vuelven a ponerse en marcha.

El pueblo sigue desierto. Los vecinos que no apuran las últimas horas del día en la taberna se encuentran ya en la intimidad de sus hogares, aunque la mayoría de las casas están a oscuras. Los cuatro hombres caminan por la calle más larga, la que separa la taberna de la vivienda del doctor. Ninguno se atreve a hablar. Sus vidas son muy distintas a lo que planeaban apenas unos minutos atrás. Es de nuevo el guardia civil, Vicente Costa, el que toma la palabra para romper el silencio.

—¿Qué más nos puede decir del asesinato, doctor? ¿Cómo cree que fue?

—Una herida en la cabeza —contesta señalando la suya—. A la joven le pegaron. Fuerte. Con algo contundente, pesado pero no muy grande. Desde una posición elevada, muy por encima de la víctima.

—¿Alguien más alto que ella? —pregunta Castillo.

—La chica —hace una pausa para calcular y pensar el verbo correcto— medía metro sesenta. Aún me estoy instalando y no conozco ni a la mitad de los vecinos, pero cualquiera parece más alto. Más bien diría que se encontraba sentada. La posición de la herida en la cabeza y el cuello roto —ahora acompaña sus palabras agarrándose la garganta— sólo se explican si el asesino lo hizo muy por encima de ella.

—Asesino o asesina —puntualiza Vicente Costa.

El médico se detiene de nuevo tras el comentario y contesta, en lugar de con la mirada puesta en el horizonte como antes, clavando sus ojos en el guardia civil.

—Oiga, capitán. Las mujeres no asesinan con violencia. Un golpe en la cabeza como este…

Ah, el asesino es un hombre. Seguro. Si hubiera sido con veneno, sí que podría ser una mujer. Ellas son más sutiles. Más despiadadas. Más traicioneras. Más… cobardes.

Vicente Costa posa su mano en la espalda del doctor para calmarlo y, sobre todo, para que el grupo continúe su camino. Sólo cuando consigue su objetivo y todos vuelven a dar unos pasos hacia adelante, responde al alemán en voz baja.

—Entonces, aún no conoce a las mujeres de este pueblo, doctor.

Becker duda entre detenerse de nuevo para comenzar una discusión o pasar por alto el comentario y continuar, y quizás es lo que ve al final de la calle o, más bien, lo que no ve, lo que hace que se decida por lo segundo en lugar de sucumbir a sus ganas de discutir.

La última casa de la calle, colindante con el bosque que le pone un límite natural al pueblo, posee, como casi todas allí, dos puertas. Una que da acceso a la vivienda y otra que da al negocio del que habita en ella. Los tres españoles se detienen ante la primera, pero el alemán avanza sorprendido hasta la entrada de la consulta y la señala.

—Alguien ha entrado —dice a los demás sin atreverse a avanzar—. Estoy seguro de que dejé la puerta cerrada y la luz apagada.

—Quizás aún haya alguien dentro. —Vicente Costa hace un rápido movimiento para posar la mano sobre su pistola y, sin llegar a sacarla de la funda, se sitúa el primero del grupo. Avanza hacia la puerta abierta de la consulta, se detiene frente a ella y echa un rápido vistazo al interior.

—Se presenta la Guardia Civil. Si hay alguien dentro, que se identifique de inmediato con voz clara.

En lugar de una voz clara, recibe un claro silencio, así que se adentra en la consulta como suelen hacerlo los hombres que temen lo desconocido, adelantando el pie derecho con lentitud y no moviendo el otro hasta tener la planta bien asegurada en el suelo.

—Vamos a ver. Si hay alguien ahí dentro, que se identifique de inmediato —repite la orden, pero la consulta también repite respuesta. Silencio.

Avanza un paso más hacia la entrada, se coloca en el marco de la puerta y observa la primera de las dos habitaciones de la consulta: un despacho con una mesa, dos sillas enfrentadas a cada lado y varias estanterías llenas de libros en alemán y archivadores. Con la mano sobre la pistola y la funda abierta, gira levemente la cabeza para preguntar al doctor, que sigue en la calle.

—¿Su mujer está en casa?

—No, hace unos días que se fue a Madrid.

El guardia civil introduce por completo sus pies, y por ende su cuerpo, en el despacho, avanzando poco a poco hasta la puerta que da acceso a la segunda habitación. De allí también sale luz, pero no oye ningún ruido. Si hay alguien, piensa, desde luego sabe pasar desapercibido.

Tras haberlo dudado hasta entonces —quizás porque la predisposición de uno influye en la realidad— finalmente decide sacar la pistola y apuntar hacia la puerta.

Sin quitar la vista de ella a través de la mirilla, bordea las sillas y la mesa del despacho repitiendo en voz alta sus órdenes pero, al mismo tiempo, a él lo adelanta alguien que camina con ímpetu hacia allí. Las botas negras del doctor Becker resuenan sobre el suelo del despacho hasta llegar a la otra sala. El guardia civil baja la pistola cuando el alemán se interpone en su trayectoria y la guarda en la funda tras las palabras de este.

—Nadie. Ni siquiera está la chica.

Miguel Castillo y el padre Facundo también entran para registrar con la mirada la sala de curas, donde una camilla y varias mesas llenas de instrumental médico ofrecen el mismo silencio que el despacho anterior.

Es precisamente en esa camilla donde esperarían encontrar el cuerpo de Pilar Antequera y,

aunque no está, sí que hay señales de haber estado.

—¡El cuerpo! —dice el doctor elevando el tono con la cara enrojecida—. Se lo han llevado. ¡Gravísimo! ¡Esto es imperdonable! ¡Han robado un cadáver!

El padre Facundo revisa la camilla mientras los otros dos tratan de calmar al doctor, que incluso derriba una pequeña mesa de metal de una patada, haciendo que algunas jeringuillas y bisturís provoquen un breve pero intenso escándalo al caer. También lanza algunas palabras en lo que todos suponen que es su idioma nativo, aunque ninguno lo entiende.

—No me entra en la cabeza. ¿Qué está ocurriendo, capitán? —Miguel Castillo decide dejar, por lo inútil, de calmar al médico.

—Es lo que debo averiguar, espero que con la ayuda legal y divina —contesta alternando su mirada entre un secretario aún más sudoroso y un cura que esconde las manos tras la sotana.

—Cuente conmigo, sin duda —dice el de la sotana, que aparta la mirada, nervioso.

—Y conmigo, claro —añade el sudoroso.

4

LAS CARTAS DE MI ABUELO

Mayo de 2024
Mi confesión.

No creo en las casualidades. Nada en la vida lo es, y encontrar a aquel hombre, a aquel anciano muerto en vida, tampoco lo fue, pero sí reconozco que hubo una serie de circunstancias que, analizadas en conjunto, bien podrían confundirse con ellas.

Todo comenzó con el fallecimiento de mi abuelo, Miguel Castillo. Su muerte no fue ni mucho menos algo trágico para mí. Me gustaría decir lo contrario y contar que era mi persona favorita, que a pesar de estar a varias generaciones de distancia me identificaba con él mejor que con los de mi edad, que con él uno nunca se aburría…, pero lo cierto es que nada de esto ocurrió entre nosotros. Tampoco es nada grave. No hay por qué querer a todos los miembros de tu familia por el mero hecho de serlo. Como dijo alguien, ahora no recuerdo quién, hay que tener cuidado con nuestros abuelos, pues las probabilidades de que fueran unos auténticos hijos de puta son bastante altas. Que pregunten en Alemania si no.

Mi abuelo fue siempre una persona encerrada en sí misma, de esas incapaces de hablar sobre sentimientos. Aunque sé que pertenecía a otra época donde el pensamiento no era libre, sino programado, nunca se separó de aquello que «debía» ser, y lo pongo así, entre comillas, porque él ponía el mismo énfasis cada vez que mis padres o yo mismo le llevábamos la contraria en algo. Las familias «deben» tener padre y madre. La mujer «debe» cuidar de los hijos. El hombre «debe» proteger a su familia y a la patria, y Dios, a los hombres. Ahora que lo pienso, le gustaba bastante el verbo deber, pero nunca como probabilidad o sinónimo de deuda. Precisamente «deuda» era una de las palabras tabú en su, por otro lado, reducido vocabulario.

Sus últimos años de vida —los que yo compartí siendo niño primero y adolescente después— creo que no fueron muy diferentes a los que conoció mi padre, por ejemplo. Un hombre tranquilo, de buen comer, poco hablador pero tajante cuando «debía» serlo y un grado más cascarrabias cada año de vida extra que tuvo tras su infarto —el primero, ya que el segundo fue definitivo—. En resumen, que no sentí una gran pérdida ni me supuso un excesivo pesar.

Lo que sí me trajo su muerte fue el placer de rebuscar entre sus pertenencias. Siempre me ha fascinado la idea de descubrir algo antiguo, misterioso u oculto, así que cuando mis padres me dieron libertad absoluta para registrar cada rincón de su casa y quedarme o vender cualquier objeto que encontrara allí, no sólo consiguieron deshacerse ellos mismos de esa tarea, sino que también me hicieron el que yo consideraba en aquel momento el mayor regalo de mi vida.

Nada más abrir la puerta de su casa, lo primero que me invadió fue el aroma a cerrado. Polvo acumulado, sombras en cada esquina y objetos que en su día significaron algo para alguien… ¿Hay algo mejor?

Recuerdo que empleé las primeras horas en aquella casa en mirar. Rememoré alguna que otra tarde de mi infancia jugando con aviones de papel. Hechos con folios oficiales del juzgado de Jártava y en los que yo mezclaba con bolígrafo tanto la esvástica —esos eran los malos— como la cruz del Barón Rojo —esos eran los buenos—, hasta que mi abuelo los descubría y los

quemaba de inmediato. Por aquello de…

Superado el tiempo de la nostalgia, escribí una lista de tareas y me puse manos a la obra.

Empecé a colocar montoncitos con su ropa en las diferentes habitaciones que registraba y, aunque quise donarla a una de esas organizaciones que se dedican a repartirla a la gente más necesitada —o eso dicen, porque algunas me suenan a mafia—, ni siquiera ellos la veían aprovechable, así que la tiré.

Llevé a la Guardia Civil una escopeta que reposaba en uno de los armarios y fui tan necio que la dejé allí a pesar de que me aconsejaron inutilizarla y quedármela como recuerdo. Aún me maldigo cuando veo que otras parecidas se venden en webs de coleccionismo bélico por algunos miles de euros —aunque soy consciente de que el precio no refleja necesariamente lo que vale algo, sino lo que el dueño cree que vale—.

Tras la ropa y la escopeta, llegó el momento de los libros. Rescaté una vieja edición ilustrada del *Quijote*, una Biblia de los tiempos de Jesús y una pequeña colección de las novelas de Agatha Christie. Los dos primeros sí poseen cierto valor en internet, pero las de la Reina del Misterio las tiene todo el mundo, son de esas que parece que ya vienen de serie en las casas españolas. No obstante, me quedé con todos los libros, valiosos o no.

Me gusta leer.

Me gusta leer en papel.

Me gusta leer en papel amarillento.

Por último, llegaron las carpetas de mi abuelo. Una decena de ellas —azules, aunque ese dato no importe— donde guardaba todo tipo de documentos. Desde fotos de su juventud hasta recortes de periódicos, pasando por el libro de instrucciones de una caldera, el contrato de alquiler de una vivienda en Torrelavega o sus documentos de identidad; claro que lo más importante que hallé en ellas fueron unas cartas.

Con el escudo del Juzgado Municipal, escritas a máquina y dirigidas a mi abuela Lola.

En todas, mi abuelo le pedía al final que las quemara, pero, por algún motivo, eso no ocurrió para que yo las acabara leyendo bajo la convicción de que las casualidades no existen. En ellas leí acerca de lo sucedido con Pilar Antequera, un cura, un guardia civil y un médico, en el pueblo donde mi abuelo ejerció de secretario judicial allá por el sesenta y cinco: Jártava.

También hallé algo a lo que no le di importancia en un primer momento, pero que afortunadamente no tiré. Era la mitad de lo que en su día fue una nota, pues había algunas frases cortadas por un lado y unos números, también incompletos, al dorso.

Las palabras que se leían en ese trozo de papel eran «Tu mujer» en el inicio de la primera línea, «por tus» al comienzo de la segunda y «con tu» en el de la tercera y última línea, pero no descubriría qué significaban hasta mucho tiempo después.

5

LAS CARTAS DE CASTILLO (I)

Querida esposa e hijos:

Debo suponer que recibieron la carta anterior, ya que no he obtenido respuesta por su parte, en la que adjuntaba varias tarjetas para la niña. Tardé tres días en encontrar el trozo de jamón en la nevera, pero ya lo despaché.

También he agotado los riñones, y mañana iré a Puri para que me empane unos filetes, ya que la última vez seguía sin tener conejos para despachar. Anoche me hice una tortilla de tres huevos, y he de decir que me salió de miedo, mejor que la que tú me haces. Al final se me va a dar bien esto de la cocina, para sorpresa, si me viera, de mi madre, que Dios la tenga en su gloria.

Por otro lado, no he encontrado la plancha, así que imagino que te la habrás llevado para allá. Tengo todas las camisas arrugadas. Lo disimulo como puedo, por eso te pregunto si tenemos otra en casa, aunque sea antigua, y dónde puedo encontrarla, ya que, como sabes, en este pueblo todo el mundo domina el vicio de susurrar a las espaldas de uno, y hasta una camisa sin el correcto planchado ya supone que uno esté en boca de todos los corrillos, y no para recibir halagos precisamente.

Te escribo desde el juzgado, ya que en la casa hace demasiado calor durante el día. Me siento agotado, y no descarto tener fiebres por la cantidad de trabajo que tengo, ya que soy el único empleado del juzgado que se encuentra aquí. He dormido mal durante varios días, además de hacerlo poco, así que más allá de barrer el polvo no he hecho mucho más en la casa. Pero lo haré, aunque sea para no tener que oírte rechistar a tu vuelta.

Te hago saber que estoy escribiendo esta carta en dos días diferentes. Ayer la empecé, pero tuve que dejarla a medias porque, agárrate, vino el padre Facundo a avisarme del ahorcamiento de Pilar Antequera, así que imagino que Puri no me podrá empanar los filetes. Dime por favor cómo los empanas tú para que yo pueda hacerlos, pero detalla paso a paso de forma exacta y clara.

Después del levantamiento del cuerpo, que tuve que hacer yo por la ausencia de todo ser viviente en el juzgado, fui con el padre y el Capitán Niño a refrescarnos al bar. La velada acabó pronto porque vino el médico para informarnos de que, al parecer, la pobre cría no se había suicidado, sino que su muerte había sido provocada por otras manos. ¿Tú eras la que decías que nunca pasaba nada en este pueblo? Pues fíjate, un asesinato. Y no sólo eso, cuando fuimos a la consulta, resulta que el cuerpo ya no estaba. Lo habían robado, Lola. ¡Han robado un cadáver!

Por este motivo, hoy iremos los tres a comunicarle tal circunstancia a Puri y a comenzar con las pesquisas del tipo que tanto te gusta leer en las novelitas de aquella escritora inglesa de la que ahora no recuerdo el nombre.

Sin más novedad, y para que coja correo, me despido con muchos besos y abrazos para todos, especialmente para los viejos. Ten cuidado de que los niños no se adentren en demasía en el agua sin tu mirada, y que se guarden de bañarse después de comer hasta que tú estimes oportuno. Reciban el cariño de su padre y esposo, Don Miguel Castillo, secretario judicial del Juzgado de Jártava.

Lola, recuerda lo de la plancha y los filetes empanados. En especial lo de la plancha, pero

también lo de los filetes.

Ah, y debes quemar esta carta cuando la leas. Por aquello de…

6

EL HIJO DEL CAPITÁN

Cada vez que Vicente Costa se levanta, lo hace el último —lo que también significa el tercero— de su casa. Su mujer, Elvira, lo zarandea para despertarlo con las mismas dosis de cariño y paciencia repartidas por igual. Cariño porque lo ama, algo que no cree ver en el resto de las parejas del pueblo —al menos las cercanas a su edad parecen estar casadas por conveniencia más que por amor—, y con paciencia porque conoce a la perfección a su marido; sabe que, por más que pasen los años, seguirá durmiendo tan profundamente que no se despertará ni aunque caiga una bomba cerca. Algo que, por cierto, en su caso no se trata de una frase hecha. Han caído bombas que no lo han despertado.

—Hay café y pan en la mesa —dice ella, y abre la ventana que, a pesar del calor, el matrimonio mantiene cerrada todas las noches porque él no consiente dormir si no está todo cerrado. Ventanas, puertas, armarios y hasta reloj de bolsillo. Claro que tampoco duerme con la ventana cerrada, al menos desde el momento en el que Elvira comprueba que su marido ronca, hasta unos minutos antes de despertarlo con cariño y paciencia. Así son los matrimonios felices, con las mentiras de ambos bien compenetradas.

El guardia civil lleva varios meses reclamando un compañero para cubrir la seguridad del pueblo. Desde que Tomás, el cabo que permaneció a su lado durante diez años, fue destinado a Loja, aún no han enviado a nadie que supla su puesto y, aunque no es hombre de quejarse, Vicente Costa se despierta con desazón. Le empieza a hartar el silencio que le devuelven cada vez que solicita ayuda al cuartel central de la capital.

—¿Y el niño? —pregunta mientras se pone el uniforme, ese que al llegar de madrugada dejó perfectamente doblado y colgado en el vestidor, y al que su mujer ha dado un toque de calor a primera hora de la mañana para que desaparezcan las pocas arrugas que traía.

—¿Dónde va a estar el niño? —dice ella ayudándolo a vestirse—. En la escuela, repasando todo lo aprendido durante el curso.

—Lo pregunto porque no sería la primera vez que nos avisan de su falta.

—Por eso me encargo de seguirlo hasta que lo veo entrar.

—¿Lo persigues hasta la escuela?

—Y hasta hago algunos recados antes de que te despiertes, Vicente.

—Dale un respiro, mujer. Bastante tiene con ir a la escuela cuando la mayoría de sus amigos están de vacaciones por ahí.

—Cuanto antes aprenda que la vida no se mide por lo que hagan los demás, mejor le irá. Tú tranquilo, que tiene todas las tardes para hacer lo que le venga en gana, y me consta que lo hace sin mayores problemas de conciencia.

—Mira, es verdad. Y a saber qué hacen en la escuela, porque seguro que al maestro tampoco le gusta trabajar en agosto —dice él para darle la razón a su esposa.

—Eso también —zanja ella, que se lleva una de esas victorias domésticas que luego salen a relucir hablando con otros matrimonios.

Vicente se pasa la mano por la cara para comprobar que puede esquivar el afeitado, al menos, un día más, y se gira para que su mujer le ponga el cinturón del uniforme.

—Me he enterado de lo de la niña de Puri —dice ella probando suerte mientras lo sigue hasta

la cocina—. Está en boca de todos.

—Pues ya sabes más que yo, seguro.

—No ha abierto la carnicería hoy.

—Ni creo que la abra. Cada cual necesita un tiempo diferente para superar sus duelos, pero por cómo la vi anoche, aún no lo ha empezado. Cuando ayudé al doctor a sacar el cuerpo, ella parecía ausente. Su mirada se perdía en apenas medio metro, sin llorar, rehuyéndonos incluso. Ni siquiera pudimos despedirnos de ella al irnos.

Perfectamente uniformado, el guardia civil toma el café y el pan de pie, con la parte superior del tronco ligeramente inclinada hacia delante para que ningún resto de líquido o miga se le caiga encima. Su mujer, que finge limpiar una cocina que lleva impoluta desde hace horas, prueba suerte de nuevo para sacarle algo más de información a su marido.

—¿Le van a hacer misa?

—¿Y por qué no? —dice él.

—Por el suicidio…

—Ah, claro. El suicidio. No lo sé. Eso compete al padre Facundo. Ya nos dirá.

—Pues que te diga si el entierro será por la mañana o por la tarde. Quiero hacerle una tarta a Puri y me gustaría saberlo para que no se quede reseca.

—El entierro… —El capitán deja la taza de café sobre la mesa de la cocina, coge el tricornio que reposa sobre el recibidor y se lo coloca—. Eso tampoco me lo ha dicho, Elvirita.

Elvira, que cuando pasa a ser Elvirita sabe que debe dejar de probar suerte, recoge la taza, besa a su marido en la mejilla y saca un pañuelo del delantal.

—Toma, limpio y planchado.

Él coge el pañuelo, se lo guarda en el bolsillo izquierdo de la chaqueta y le devuelve el beso a su mujer. Comprueba en el espejo que el uniforme no tiene tacha, abre la puerta y se dirige hacia el Land Rover Santana del característico color verde de la Guardia Civil en el que se dispone a recoger a Miguel Castillo y al padre Facundo.

El primero en montarse es el cura, que sale con presteza de la iglesia en cuanto oye el ruido de los neumáticos sobre la arena, pero que hace oídos sordos a las dos feligresas que lo abordan a preguntas sobre el entierro de Pilar Antequera. Avanza hasta el coche lo más rápido que le permite su cojera, consiguiendo sacarle algún metro de ventaja a sus perseguidoras.

—Acelere, capitán, acelere, que ya no sé qué más mentiras contarles a estas buenas señoras —dice una vez dentro, subiendo a toda prisa la ventanilla del copiloto para no dejar opción a las preguntas de las vecinas que llegan hasta allí.

—Desata usted las pasiones de las damas, padre —ríe el guardia civil, que hace gestos a las que protestan para que se aparten del vehículo.

Ambos oyen algún improperio, pero consiguen alejarse de la iglesia sin mayores problemas. La siguiente parada, el juzgado del pueblo, está más tranquila. El padre Facundo baja del coche aún acalorado y entra en el edificio en busca del secretario Castillo, al que encuentra ante la máquina de escribir finiquitando la misma carta destinada a su mujer que le ocupaba el día anterior. Cuando este termina y la guarda en un sobre, ambos se montan en el Land Rover dispuestos a empezar la investigación de lo ocurrido con Pilar Antequera.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —dice un padre Facundo bastante animado.

—Podríamos desayunar para ponerlo todo en orden —propone Castillo, que recibe sendas miradas de reproche de sus amigos cuando estos se giran desde los asientos delanteros.

El secretario, lejos de amilanarse por las miradas que intentan dilucidar si lo dice en serio o en broma, aclara su propuesta.

—Yo ya he desayunado, por supuesto, pero con gusto les acompañaría ante el duro día que nos espera.

Vicente Costa y el padre Facundo no contestan. Se limitan a girar las cabezas hacia delante mientras el coche se pone en marcha camino a la casa de Puri; sin embargo, el vehículo no tarda en detenerse apenas una calle después. Hay dos niños peleándose a un lado de la calzada.

—¡Qué bruto es! —dice el guardia civil antes de bajar la ventanilla y dirigirse al niño que comparte su apellido—. ¡Pero qué haces, Angelito!

El hijo del capitán deja de pegarle al otro niño —un par de años mayor—, pero no lo suelta.

—¿Por qué no estás en la escuela? —pregunta este.

—Porque el maestro está enfermo.

—Y, entonces, ¿por qué no vas a casa a ayudar a tu madre?

El niño, ahora sí, suelta a su presa y mira cómo huye de allí a la carrera. Cuando se aleja lo suficiente, devuelve la mirada a su padre con un gesto de resignación, fijándose en los otros dos hombres que lo acompañan antes de contestarle.

—Ese malnacido no deja en paz a las chicas. Me pidieron ayuda, y en eso andaba.

—Angelito, por Dios, defender al prójimo está muy bien, pero no se debe pegar —le dice el padre Facundo, que trata de ayudar al capitán. Este mira a su hijo, sabedor de que hay una palabra de las que ha dicho el cura que no le ha hecho gracia.

—Padre Facundo —dice el niño, que se aproxima hasta la ventanilla del coche con cara seria —, mi nombre es Ángel Costa. Lo de Angelito sólo se lo permito a mi padre, y porque tiene pistola, escopeta, machete y sable. ¿Entiende?

—Venga, a casa —ordena Vicente, que pasa por alto la contestación de su hijo y pone en marcha el vehículo por enésima vez.

Cuando se aleja del niño, al que ve tomar el camino opuesto a su casa, vuelve a referirse a él en voz alta.

—No es más bruto porque no se entrena. Dice que quiere ser detective, como los de las novelas, pero yo creo que le iría mejor como púgil.

Ni Miguel Castillo ni el padre Facundo hacen el menor amago de comentar lo evidente, y los tres se mantienen en silencio hasta que por fin llegan a la casa de Puri. Allí, encuentran las dos puertas cerradas —tanto la de la vivienda como la de la carnicería— y a un par de vecinos resguardándose del sol frente a ellas.

—Buenos días, capitán —saluda el vecino de mayor edad—, ¿viene usted a hablar con la Puri?

—Buenos días, así es. ¿Se encuentra en casa?

—Es difícil de creer. Hemos llamado hace rato, pero no contesta. Tampoco la hemos visto salir en toda la mañana. Empezamos a preocuparnos.

—Vamos a echar un vistazo.

Vicente Costa no tarda en comprobar que ocurre algo extraño, pero ya temía desde la noche anterior que todo lo que ocurriera alrededor de Pilar Antequera no sería lo que un guardia civil de pueblo entiende por normal.

Unos minutos después, accede a la casa de la carnicera tras romper la cerradura. Detrás de él, lo siguen Castillo y el padre Facundo, pero impide la entrada a los otros vecinos. Entre los tres realizan un barrido rápido de vivienda y carnicería, y no encuentran a Puri en ninguna de ellas. Una vez descartada la presencia de la dueña de la casa, el guardia civil trata de poner sus pensamientos en orden, como es habitual en él, dando un paseo por el pasillo con las manos a la espalda. Ida y vuelta. Ida y vuelta.

—¿Qué hacemos, capitán? —pregunta el padre Facundo, cada vez más impaciente al verlo recorrer el pasillo de un extremo a otro.

—Tenemos que buscar un cuerpo y a una desaparecida.

—Claro, de acuerdo, sí… ¿Pero cómo lo hacemos, capitán? —reformula el religioso.

—Pensando a la inversa —sentencia al fin, como si hubiera llegado a esa conclusión después de su reflexión aunque en realidad se le hubiera ocurrido al salir de casa—. Los tres estuvimos aquí anoche, ¿verdad? Pues en vez de fijarnos en lo que vemos, tenemos que identificar lo que no vemos.

—Explíquese, capitán, porque yo no lo entiendo —dice el cura.

—Pues que para saber si Puri se ha ido de forma voluntaria o forzosa, tenemos que detectar lo que falta y así descubrir lo que se ha llevado.

—Creo que ya lo sigo, capitán. Quiere que busquemos si se ha llevado el monedero, ¿no es eso?

—Aquí, por ejemplo —interviene Miguel Castillo, que hasta ahora se ha mantenido al margen de la conversación—, en la habitación de Pilar. Ayer había un libro sobre la mesita de noche, lo recuerdo porque le eché un vistazo, pero hoy no está. Eso significa que se lo ha llevado, ¿no?

—No tengo claro si eso supondría irse a la fuerza o por iniciativa propia —interrumpe el cura.

—Es sólo un ejemplo, padre —dice Vicente Costa—. Si descubrimos lo que no vemos, igual todo encaja.

—Secretario Castillo —pregunta el cura—, ¿recuerda usted el nombre del libro? Luego puedo acercarme a donde don Félix a preguntarle. Igualmente tengo que hablar con él de otros asuntos.

—Algo así como la vuelta al mundo en Vespa —contesta el aludido tras pensarlo—, recuerdo que le quedaban unas pocas páginas para acabarlo. Había un naipe a modo de marcapáginas casi al final.

—Vamos a dejar el libro —reconduce el guardia civil—. ¿Qué se llevarían ustedes si salieran de forma voluntaria?

—Pues el libro que estoy a poco de terminar —contesta el cura.

—Ni siquiera sabemos quién lo leía —añade Castillo—, que se encontrara en la habitación de Pilar no significa que lo estuviera leyendo ella.

—Por favor, céntrense —trata de retomar el guardia civil—. Fíjense en si hay dinero, si parece que falten mudas en el ropero, si hay alguna maleta bajo la cama, si ha tirado a la basura comida que pudiera estropearse. Eso sí sería más interesante que un libro.

—Ya lo sigo, capitán —dice el cura, que se dispone a visitar la habitación de Puri—, pero es que lo del libro nos sigue a nosotros…

Los tres hombres no tardan demasiado en revisar vivienda y carnicería. Aunque las indicaciones del guardia civil les parecen fáciles de entender en la teoría, en la práctica resultan algo más complejas.

—Yo no sé buscar más lo que no hay, capitán —se da por vencido el cura, que se deja caer en el sofá.

—Bueno, con esto nos hacemos una idea —contesta este, que coloca ante sí, en el suelo del salón, aquellos objetos que han creído imprescindibles para salir de casa por propia voluntad.

—Una maleta bastante usada —empieza a enumerar Miguel Castillo a modo de repaso—, algo de queso, chorizo, el rosario que estaba en la mesita de noche y más prendas de vestir que mi Lola.

—Sin embargo —continúa el padre Facundo—, no hay rastro ni de dinero, ni de sus carnés de documentación ni del libro que alguien estaba a punto de acabarse. ¿Qué cree, capitán? ¿Se ha ido queriendo?

—Diría que sí. Nos faltaría descubrir el motivo.

—¿Cree que fue ella quien asesinó a su propia hija? —Castillo lanza la pregunta que le rondaba por la cabeza desde la noche anterior, cuando caminaban junto al doctor ajenos a que el cuerpo de Pilar había desaparecido.

—No he querido pensarlo hasta ahora, secretario, pero en contra del criterio del doctor Becker, yo sí creo que una mujer puede asesinar de forma violenta, más aún Puri, que posee una fuerza extraordinaria.

—Sin duda. He visto cómo despelleja un conejo con las manos sin apenas esfuerzo —añade el padre Facundo.

—Y tampoco son extraños los casos en los que una madre o un padre terminan con la vida de su propia descendencia —añade Vicente Costa—. Debemos abrirnos a cualquier posibilidad, por muy enrevesada y remota que nos parezca, o incluso dolorosa, para encontrar la verdad.

—Asesinó a su propia hija —continúa el cura, que señala con el brazo extendido, primero a la habitación y luego al pasillo, a modo de reconstrucción de los hechos—, no sabemos por qué, y después, por la noche, aprovechando que el doctor fue a buscarnos, se coló en la consulta para llevarse el cuerpo.

Los tres cruzan sus miradas, asintiendo, creyendo que todos piensan lo mismo, aunque hay uno que tiene la mente puesta en llevarse el chorizo y el queso a casa.

—Ojalá sea así —sentencia el guardia civil—. La búsqueda se reduciría a una sola persona y todo quedaría bastante claro. De lo contrario, alguien diferente habría asesinado a Pilar primero y secuestrado a su madre después. Eso nos lo complicaría todo.

—Mejor si queda en familia —sentencia el cura.

7

ENRIQUE AGUILERA

Quince años antes de la desaparición de Puri.
Algún lugar de España.

A Enrique Aguilera le queda poco tiempo para dejar de ser Enrique Aguilera y pasar a ser, simplemente, el celador. Siendo Enrique, camina por una calle de su pueblo —que también pronto dejará de serlo— hacia la dirección que tiene anotada en un papel. La casa palacio a la que llega ha estado vacía desde que tiene uso de razón, pero los rumores que decían que tenía nuevo dueño han resultado ser ciertos: un hombre reservado y solitario vive en ella desde hace unos meses.

Los rumores también dicen —aunque esto aún no lo ha comprobado— que ese hombre es un lobo con piel de lobo, y que nunca se sacia de carne de cordero; que resulta difícil verlo por las calles del pueblo y que, cuando saluda, su sonrisa hiela el alma. Ciertas o no, estas habladurías influyen en Enrique cuando llama con dos toques a la puerta de la casa palacio.

Siempre imaginó que en ese lugar —la vivienda más cara, grande y lujosa del pueblo— sólo podría vivir alguien con mucho dinero, lo que supondría que habría un sirviente dedicado en exclusiva a abrir la puerta para recibir a los invitados. Sin embargo, el que abre es el propio lobo.

—Viene por el trabajo. —Aunque parece una pregunta, el tono que utiliza no es tal.

—Sí, señor. Me llamo En…

—Oiga, no quiero saber su nombre, sólo hacerle unas preguntas y que me las responda con sinceridad.

—Por supuesto, señor.

—Bien, ¿se cuida?

Enrique Aguilera, que sigue en la calle, se extraña de que no le permita entrar para hacer el cuestionario en el interior de la casa, y enseguida constata que no quiere que pase de ahí.

—Me alimento como puedo, en mi familia tenemos lo justo para comer.

—¿Bebe alcohol?

—No, señor, es muy caro.

—Conteste sólo sí o no. ¿Fuma?

—Tampoco. Quiero decir, no.

—¿Hace deporte?

—Juego al fútbol, pero soy portero.

—¿Y qué tiene que ver que sea portero?

—Pues que no corro mucho.

—Ya. Pase.

El lobo, ahora sí, abre del todo la puerta principal y se hace a un lado para que entre el cordero.

—Sígame.

—Es una casa muy bonita.

—Escuche, no me gustan las conversaciones superficiales. Si va a trabajar para mí, evítelas,

por favor.

—Sí, señor.

Enrique lo sigue en silencio y aprovecha para fijarse en el interior de una casa en la que siempre ha soñado entrar. Techos altos, suelo de mármol, escaleras gigantes que suben a la planta superior, puertas de cristales para separar las habitaciones… Aquello le parece el culmen de la sofisticación, al menos si lo compara con el resto del pueblo. Cuando ambos llegan a un despacho enorme, el lobo se sienta tras un escritorio igualmente grande y le pide que haga lo mismo en una silla bastante incómoda. Saca un sobre de uno de los cajones y se lo lanza sobre la mesa. Enrique lo abre y mira en su interior. Ahí dentro hay más billetes que todos los que ha visto en toda su vida.

—Eso es la paga del primer mes, se la doy por adelantado por si necesita ayudar en casa.

—Gracias, señor, no sé…

—Si no sabe, no hable —lo corta—. Vayamos al grano.

—Sí, señor.

—El próximo lunes vendré a recogerlo en mi coche y lo llevaré a su lugar de trabajo. No puedo revelarle su ubicación ni usted deberá hacer el intento de averiguarla. Se trata de un lugar discreto pero oficial, ¿entiende?

—Sí.

—Vivirá allí durante todo el tiempo que trabaje y no podrá tener contacto con nadie que no esté allí mismo, ¿entiende?

—Sí.

—No tendrá días de vacaciones, pero sí bastantes momentos libres durante la jornada. Puede llevarse libros o lo que quiera con lo que usted se entretenga. ¿Entiende?

—Sí.

—Una vez que usted o yo decidamos poner fin a nuestra relación, firmará en un documento oficial que no revelará ningún detalle ni de lo que ocurra en ese lugar ni de dónde se ubica, ¿entiende?

—Sí.

—Además de entenderlo, ¿lo acepta?

—Sí, señor.

—Bien. Puede marcharse.

Y así fue como Enrique Aguilera pasó a ser, simplemente, el celador.

8

LA LIBRERÍA DE FÉLIX

Don Félix Brajones no vende mucho. La pequeña librería que heredó de su padre apenas recibe clientes y la mayor parte de sus ingresos proceden del material de oficina que le compran para la escuela o los comercios del pueblo. Por eso mismo se sorprende cuando la campanilla que cuelga sobre la puerta resuena y ve aparecer al único vecino que ni estudia ni factura.

—Padre Facundo, es usted la última persona que esperaba ver por aquí.

—Ya sabe, don Félix, soy un temerario.

El librero sonríe mientras el cura hace un repaso visual de la tienda desde la puerta. Como no se mueve de ahí, duda si salir de detrás del mostrador y acercarse hasta él, pero prefiere ajustarse las gafas y preguntarle a qué le debe la visita.

—¿A qué le debo la visita, padre?

—Iré al grano —dice el cura como cada vez que le cuesta ir al grano—. Hace tiempo que quiero preguntarle por algo que me interesa mucho, pero nunca he encontrado el momento para hacerlo de forma discreta, así que hoy puede ser ese momento, si le parece bien…

El cura, ahora sí, se acerca al mostrador, pero no mira directamente al librero. Observa a uno y otro lado las estanterías llenas de libros, claro que lo hace sin fijarse en ningún título en especial; lo que intenta es distinguir un formato concreto, encontrar a simple vista al menos un ejemplar que se asemeje al que tantas veces ha tenido en sus manos durante los últimos días. Al no encontrar ninguno ni siquiera parecido, posa su vista en el mostrador. Allí, apoya sus codos en un pequeño espacio de madera libre de libros y adopta la misma postura de confidente que le vio —y le gustó para copiarla— al doctor Becker la noche anterior. Las siguientes palabras que dice las susurra, por fin, mirando a los ojos de un paciente don Félix.

—Quería preguntarle por libros peligrosos.

—Los libros no son peligrosos, padre —ríe don Félix—, lo peligroso es ser lector de un solo libro.

—¡Jesús! No me ha entendido —contesta el cura, que vuelve a adoptar una postura y una voz normales, consciente de que en la librería están sólo ellos dos y que tampoco él tiene una pose tan imponente como la del doctor—, quiero que me hable sobre libros prohibidos.

Don Félix es el que adopta ahora una expresión fuera de lo normal. De sorpresa, recelo y prudencia, y se aleja de forma instintiva del mostrador y del cura echándose hacia atrás, ocultando sus manos a la espalda en un cruce similar al que hacen los niños de las películas americanas cuando se hacen los inocentes ante sus padres.

—No sé de qué me habla.

—Por Dios, don Félix, que aquí nos conocemos todos —continúa como quitando importancia al asunto—. Hay libros que no deberían leerse, por lo que tampoco se deberían vender. Libros escritos por seguidores del maligno. Magia. Hechicería. ¡Masonería la llaman ahora! Prácticas que nadie debería siquiera imaginar, pero que han quedado por escrito. Quiero que me diga algo sobre ellos, lo que sepa.

—Aquí sólo vendo libros autorizados y legales, padre. No sé a dónde quiere ir a parar, pero me está incomodando con esta conversación.

—No lo estoy acusando de nada, don Félix. Sé que usted sigue las normas y que es un vecino

ejemplar, claro que ha pasado tiempo desde su última confesión.

—Bueno, pero eso…

—Nada, nada, don Félix, no tiene por qué disculparse ni justificarse ante mí, ya sabe que yo no soy más que nadie en este pueblo. Lo único que me gustaría es saber si usted posee alguna información sobre ese tipo de libros, y me la puede decir.

—No le puedo ayudar, padre. Como le digo, aquí sólo vendo libros legales. ¿Le han dicho lo contrario, acaso? Puede usted o la autoridad que precise registrar toda la tienda o mi casa.

—Nada, nada, don Félix —repite Facundo, tratando de sonar de nuevo lo más amigable posible—, sólo tenía curiosidad por si podía ilustrarme sobre alguno de esos libros, pero ya veo que no. ¿Verdad?

—Le prometo que no, padre.

—Pues bueno. Venga. A ver, ¿tiene libros de viajes?

El librero, aliviado por el repentino cambio de tema aunque aún con cierto recelo, se acerca a una estantería semivacía y le señala unos pocos ejemplares que reposan en una balda.

—Aquí están los que tengo. No son muchos, pero son buenos.

—¿Tiene alguno sobre viajar en moto? En una Vespa, por ejemplo.

El librero hace como que piensa. No porque tenga que hacer memoria —conoce a la perfección el libro al que se refiere—, sino porque quiere medir cada una de las palabras que diga antes de pronunciarlas. No todos los días el cura del pueblo, amigo del guardia civil y del secretario del juzgado, va a una librería preguntando por libros prohibidos. Tras unos segundos de falsa reflexión, contesta sin miedo. O al menos sin motivo aparente para tenerlo.

—*En 79 días. Vuelta al mundo en Vespa.* He tenido varios, pero no sé si me queda alguno.

—¿Tan bueno es?

—A ese, más que ser bueno, lo que le sucede es que está muy solicitado. Lo mandan en la escuela para que los niños lo lean, así que hay uno en cada casa del pueblo. Claro que si quiere usted mi opinión, no me parece un libro muy atractivo para los muchachos. Permítame un momento y lo busco en las últimas cajas que me han llegado, padre. No tardaré.

Mientras don Félix desembala un par de cajas y se sacude el temblor que le ha provocado el interrogatorio inicial, el cura repasa los títulos que hay sobre las baldas que ve ante sí. Apenas conoce algunos autores españoles, pero es incapaz de reconocer ninguno de los nombres extranjeros.

—Mire, padre, aquí tengo un ejemplar. ¿Lo quiere usted?

—Me encantaría, don Félix, pero ya sabe que…

—Este se lo regalo yo —corta el librero, que quiere que abandone su tienda cuanto antes—. Si le gusta, seguro que viene a por más. Hay vida más allá de las sagradas escrituras.

—En eso se equivoca, don Félix. Todo se encuentra en la Biblia. Todo. Viajes, amor, desengaño, traición, venganza, pasión. Hasta alguna que otra enseñanza para el alma de propina.

—Pero seguro que no aparece ninguna Vespa.

El padre Facundo mira un poco hacia arriba, se acaricia la barbilla en una pose exagerada de estar pensando —aunque él sí que lo hace de verdad— y al fin, contesta.

—Pues mire, vuelve a equivocarse, don Félix. Vespa no es más que avispa en italiano, ¿no? y precisamente con avispas Dios amenaza a los paganos que habitaban en la tierra prometida. Así lo indica el Éxodo: «¡Enviaré avispas para que acosen a aquellos que quedan!».

—Usted gana, padre.

—Dios es caballo ganador, amigo mío. Siempre hay que apostar por él.

Antes de que don Félix termine de envolver el libro en papel, ambos dirigen sus miradas

hacia la calle. Desde fuera llega algo de alboroto, y este se acrecienta cuando abren la puerta para descubrir el motivo.

—¿Y estos cerdos? —dice el librero, que no recuerda una tarde más extraña en su vida.

—Se habrán escapado del lobo feroz —contesta el cura, que celebra su ingenio riéndose de su propia gracia, claro que tiene que cortarla cuando uno de los tres cerdos que recorren la calle se acerca demasiado a ellos con intención de comerles hasta los andares. El librero, consciente del peligro antes que el padre Facundo, tira del brazo de este para meterlo en la tienda y cierra la puerta cuando el primer animal se encuentra a apenas un metro de distancia.

Desde la puerta, tras los cristales, los dos hombres observan a los tres cerdos olisquear su rastro antes de continuar el camino cuesta abajo.

—En este pueblo ocurren cosas muy raras, padre.

—Últimamente no sabe usted cuántas, don Félix. Con lo tranquilo que ha sido siempre Jártava.

9

LOS TRES CERDITOS

Los tres cerdos continúan su camino —siempre por calles con pendiente en descenso— buscando algo más que poder comer. Encuentran a pocos humanos por su camino, pero no dudan en abalanzarse hacia los que ven para arrancarles algún pedacito de carne que meterse entre lomo y panceta.

El que lidera el grupo restriega su hocico contra el suelo y deja restos de sangre en él. No es consciente —o quizás sí, pues hablamos de animales— de que la sangre no es suya, pero su instinto sí le dice que le atrae su olor.

Sus patas, calientes por el calor aunque sin sudar —porque los cerdos no sudan, o eso dicen los que no son cerdos— hacen un ruido constante al caminar sobre la calzada. Eso, unido a los gruñidos que lanzan de forma aleatoria, alerta a un gato negro —seguramente callejero— que se resguarda del sol bajo uno de los pocos vehículos que hay en el pueblo. Un Land Rover verde que sigue caliente porque acaban de aparcarlo.

Los cerdos persiguen al gato hasta el callejón al que huye excitados por la promesa de rellenar de nuevo sus estómagos. Al doblar la esquina se sitúan en paralelo, uno al lado del otro, para ocupar el ancho completo de un callejón en el que ni hay salida al otro extremo ni una mísera caja de cartón donde pudiera esconderse, por ejemplo, un gato callejero que empieza a temer por su vida.

El felino, que de repente se ve acorralado por un trío de animales a los que nunca ha visto —y de los que no se fía—, retrocede sin quitarles el ojo y apuesta por iniciar el mecanismo de defensa que su especie lleva integrado de serie. A saber:

Primero arquea el lomo para simular ser más alto.

Luego se eriza el pelaje para parecer más grande, algo que normalmente funciona con algunos niños, con casi todos los adultos y con todos los ratones, pero que no parece surtir efecto con los tres cerdos.

Por último, lanza un fuerte maullido para dejar claro que está tan acojonado como dispuesto a vender caro su pellejo ante los macarras de piel sonrosada.

Aunque en un primer momento evita el contacto visual directo con ellos, a medida que estos avanzan por el callejón hasta su posición los mira fijamente para tratar de intimidarlos. Claro que sin suerte: los cerdos van a lo que van, y el gato no se llama San Martín.

Lo que sí hace es sacar sus garras, dispuesto a dar batalla para defender una de las siete vidas que dicen que tiene, aunque él no sepa si se encuentra en la primera o en la última de ellas.

El cerdo con el hocico lleno de sangre ajena, el líder de la banda, recibe un arañazo, mezclando así su sangre con la anterior, pero no tarda en unir a la mezcla la del felino, que le resulta incluso más sabrosa que la del humano al que ha devorado por la mañana.

10

SIETE VIDAS

Vicente Costa aparca el Land Rover y ve cómo un gato negro, seguramente callejero, se resguarda debajo. El sol pega con fuerza, y en la calle no hay más sombra que la que da el coche o su propio cuerpo, así que él también camina con paso rápido hacia la puerta del juzgado. La encuentra abierta, por lo que entra sin llamar aunque haciéndose notar con carraspeos varios. Dentro, recorre un par de pasillos donde la temperatura es algo más agradable y llega hasta el despacho que buscaba. Allí, el secretario Castillo remueve archivadores y parece no encontrar algo entre las montañas de papeles que inundan la sala.

—¿He venido en mal momento, secretario? —pregunta el guardia civil por pura cortesía, pues ha llegado exactamente a la hora acordada por ambos.

—No, no, pase, capitán. Buscaba unos documentos que tendría que enviar esta semana, pero no tengo ni idea de dónde se esconden. Esto es un caos y a mí no me pagan lo suficiente como para ponerme a ordenarlo, ¿sabe?

Vicente Costa sabe, y aprovecha que el secretario continúa buscando en otras carpetas para observar la habitación. Sobre el escritorio, la máquina de escribir ocupa la zona principal, mientras que a uno y otro lado se encuentran un teléfono y una libreta llena de números. La única ventana que hay está abierta de par en par, aunque no entra demasiado aire desde el callejón al que da.

Cuando el secretario decide poner fin a su búsqueda, el guardia civil sigue erguido, con el uniforme impoluto y la misma expresión de paciencia y serenidad que lo han caracterizado desde que lo conoce.

—Discúlpeme, capitán. Siéntese y dejemos cuanto antes la burocracia lista. Tomaré papel para la máquina.

Pero al capitán ni siquiera le da tiempo a sentarse. Desde el callejón, al otro lado de la ventana, llegan unos gruñidos extraños. Si no fuera por la zona en la que se encuentran, dirían que se trata de un cerdo.

O dos.

O tres.

Y un gato.

Ambos se asoman a la ventana y, efectivamente y a pesar de la zona, encuentran a tres cerdos y un gato peleando en desigualdad de condiciones. Uno luchando por sobrevivir y tres procurando comer.

—¿Quién teme al lobo feroz? —canturrea Miguel Castillo cuando el gato sucumbe al peso de los tres porcinos y estos se abalanzan sobre su cuerpo para devorarlo con asombrosa rapidez.

A la espalda de ambos oyen unos pasos agitados que entran en el juzgado y se aproximan hasta el despacho. Gracias al compás impreciso de las pisadas reconocen al padre Facundo sin necesidad de desviar la mirada del banquete porcino.

El cura, que pretendía contarles lo sucedido con los cerdos y que de camino al juzgado había ideado algunos chascarrillos que aportar a la narración, se asoma a la ventana y blasfema por lo bajini por la ocasión perdida. Esos chistes no volverán. No habrá otra oportunidad, porque será difícil que tres cerdos vuelvan a recorrer las calles del pueblo.

—¿Qué le pasa, padre, le gustan los gatos? —le pregunta Castillo, que aunque no mira al cura, sí que nota su enfado.

—Lo que no me gustan son los cerdos. Los que están vivos, desde luego. Por Dios, capitán, ¿no piensa abatirlos? No pretenderá que vayan por el pueblo libremente, que a mí casi me comen la pierna hace un rato. La buena, además.

—Pensaba subirlos al coche, pero no se les ve muy dóciles que digamos, no.

El guardia civil coge una escopeta de la parte trasera del Land Rover, acude al callejón y dispara el gatillo ante lo que queda de gato. Tres disparos le bastan para terminar con la vida de los tres cerdos y, con la ayuda de sus amigos, los sube al vehículo convenientemente envueltos en mantas para que no manchen el interior.

Cuando en el coche están los tres cerdos muertos y los tres hombres vivos, ponen rumbo hacia el lugar más probable del que creen que han escapado los animales.

La granja más cercana al pueblo destaca por un establo de madera de un llamativo color rojo, aunque el dueño, Ramón Claveles, siempre ha preferido el término «carmesí» para referirse a ella. Por lo que sea.

—No hay mucho movimiento —comenta el padre Facundo cuando baja del coche e inspecciona el lugar con la vista.

—Estará en el establo o en la casa —dice el capitán—. Vamos antes de que se haga de noche, no me gusta conducir a oscuras.

Vicente Costa coge la delantera, aunque procura no tomar demasiada ventaja para no exigir más al cura, cuya cojera parece agravarse sobre la hierba. Tampoco es capaz de articular palabra segundos después. Esta vez no es por consideración hacia el callado secretario Castillo, sino porque no esperaba ver el cuerpo del granjero hecho jirones, literalmente hablando, en el interior del establo carmesí.

Cuando todos ven la escena, sus estómagos se revuelven con una intensidad directamente proporcional a la cantidad de comida de sus almuerzos. Así, Vicente Costa se acuerda de una tortilla de tres huevos; Facundo, de una sopa de pescado; y Castillo, de dos filetes empanados, un chorizo al infierno, medio bollo de pan, un trozo de queso, otro de bizcocho y la última galletita salada que quedaba en el paquete.

Los tres amigos salen del establo y procuran respirar metiendo únicamente el aire imprescindible en sus pulmones, con miedo a introducir demasiado oxígeno en unos cuerpos que pretenden vaciarse por el orificio que más desafía a la gravedad.

—La galletita me sobraba —consigue decir Castillo en voz alta entre arcada y arcada, más por pensar en algo diferente a lo que acaba de ver que por entablar una conversación culinaria.

—Aquí están ocurriendo cosas muy extrañas, capitán. Deberíamos pedir ayuda con el asunto —dice el cura.

—Mire, estoy de acuerdo, padre, pero hoy no han querido ni escucharme cuando he llamado al cuartel de la capital. También están bajo mínimos en agosto. Mañana probaré suerte de nuevo.

—¿Qué cree que le ha pasado al bueno de Ramón? ¿Han sido los cerdos?

—Los que lo han dejado así, seguro, pero dudo mucho que esto sea un accidente laboral.

—Al menos a este podré enterrarlo —dice el cura—. Lo que queda de él, claro.

—Seguramente hay más Ramón dentro de esos cerdos que en el establo, padre —dice Castillo, que se tapa la boca con el pañuelo.

La tarde se convierte en noche para los tres amigos, que vuelven a ver un cadáver en apenas veinticuatro horas en un pueblo que, suponían, era tranquilo. Y a pesar de todo, la vida continúa

para los que no han sido devorados por cerdos. Vuelven a sus casas, a sus cocinas, a sus camas, a una rutina en la que no caben cadáveres, asesinatos ni huidas porque viven en otro plano de la realidad. Y por eso, los tres hombres afrontan noches muy diferentes, porque como escribió Tolstói, todas las familias felices se parecen unas a otras, pero cada familia infeliz lo es a su manera.

11

LA NOCHE DEL CAPITÁN

Vicente Costa llega a su casa pero no entra de inmediato. Apaga el motor del Land Rover y se queda mirando desde dentro. Hay una luz tímida que sale desde una de las ventanas, lo que indica que al menos Elvira sigue despierta. Quiere dejar fuera las imágenes que, como fogonazos, vuelven a su cabeza una y otra vez. Sangre, cerdos, huesos. El horror.

Suspira, baja del coche y avanza hacia la puerta. Allí, expulsa todo el aire que puede —como si estuviera contaminado y quisiera dejarlo fuera— y no vuelve a respirar hasta que entra en su casa.

Lo primero que percibe es un olor muy diferente a los que ha experimentado durante la tarde, y aunque creía no tener hambre, descubre que se equivocaba. Persigue el olor que lo lleva a la cocina y allí ve —cada uno en su tarea y ajenos a su llegada— a su mujer y a su hijo.

—No te he oído entrar —le dice ella, de espaldas y removiendo el contenido de una gran olla.

—No sé ni qué hora es, os creía dormidos —contesta él antes de darle un breve beso en la mejilla y posar sus manos sobre los hombros de su hijo.

Este no quita la atención del libro que reposa sobre la mesa, y es tal su concentración que el padre piensa que ni siquiera es consciente de que acaba de llegar.

—¿Qué lees, Angelito? Déjame ver.

El pequeño Ángel Costa cierra el libro, deja el pulgar dentro para marcar la página de lectura y le muestra la portada.

—*El misterio de la guía de ferrocarriles*, Agatha Christie —lee Vicente mientras la observa. En ella hay una ilustración de un hombre con bigote, poco pelo y actitud pensativa que mira cómo unas manos cierran una bolsa en la que hay un cadáver.

Piensa que podría ser él mismo, salvo que con un poco más de pelo y menos bigote. Su hijo parece impacientarse por querer volver a la lectura, y aunque Vicente se da cuenta, necesita estirar un poco más la conversación con él. Sólo por sentirse en casa y distraerse del horror un minuto más.

—¿Te gusta? ¿De qué va? —se interesa.

—De un detective que se llama Poirot. Investiga unos asesinatos en los que dejan una guía de los horarios de los ferrocarriles junto a los muertos.

—Ajá, ¿y tomas ideas para cuando seas detective?

—No. Este tipo piensa demasiado. Podría descubrir antes al asesino con un par de puñetazos por aquí y por allá…

Su mujer le devuelve la mirada de complicidad que le lanza, y Vicente Costa da por terminada la conversación con su hijo para que pueda regresar a la novela.

—Hoy te has dejado el machete en casa —dice ella con la misma sonrisa con la que lo despidió por la mañana, como si el día no hubiera hecho mella en su carácter, quizás porque ella no ha tenido que ver cómo el granjero ha sido el plato principal de sus propios animales.

—Es verdad, y me habría venido bastante bien para matar a esos cerdos. No me gusta tener que usar la escopeta.

—Todo el pueblo habla de los cerdos —responde ella—. Bueno, los que quedamos aquí. ¿Qué ha ocurrido? ¿Se han escapado de alguna granja?

—Sí, de la de Ramón Claveles. También ha muerto —le contesta el guardia civil, aunque bajando la voz para que su hijo no se entere de esto último.

Ella intenta sacarle más información mirándolo fijamente, pero él niega con la cabeza y eso basta para zanjar la curiosidad.

—¿Quieres cenar? —le ofrece ella señalando la olla que se calienta sobre un tímido fuego.

El capitán de la Guardia Civil, que entre esas paredes no es más que un padre y un marido medio español, cierra los ojos y se concentra en el olor que desprende la olla.

—Por nada me perdería comprobar si sabe igual que huele.

—Pues aséate y siéntate. Y tú, Ángel, a la cama, que mañana hay escuela otra vez.

—¿Ya se recuperó el maestro? —pregunta en voz alta Vicente a mitad de camino del dormitorio.

—Por desgracia, sí —contesta el niño, también en voz alta.

Vicente se ríe por lo bajo y oye cómo su mujer riñe al crío. En el dormitorio, se sienta sobre la cama y empieza a quitarse el uniforme. Alza la vista y se da cuenta de que ha dejado un rastro de barro seco por el suelo. Las botas están manchadas. Lanza un suspiro y las deja bajo la cama. Sabe que mañana, cuando despierte, estarán limpias, al igual que el suelo. Y sabe que el suelo se secará rápido porque Elvira abrirá las ventanas mientras lo cree dormido, aunque él en realidad esté impaciente, nervioso y superado.

Cuando pidió el cambio de destino, esperaba que un pueblo como aquel resultara tranquilo, que le permitiera relajarse lejos de la cada vez más ruidosa capital. Y aunque los primeros años fueron así, las veinticuatro últimas horas le han parecido las más terribles de su vida.

Niega con la cabeza y siente una losa en el estómago. Una con forma de cerdos, huesos, sangre y una soga. Necesita descansar, desconectar la mente.

Pero antes de dormir, quiere cenar.

Tras la guerra se prometió no volver a irse a la cama con hambre.

12

LAS CARTAS DE CASTILLO (II)

Querida esposa e hijos:

Espero que sigan disfrutando de la playa, aquí seguimos con mucho calor. Ya ni en el juzgado encuentro refugio de él. Duermo poco y mal, espero que vosotros bien. Sigo sin encontrar la plancha, aunque tampoco la he buscado de forma minuciosa, ¿para qué?, si ya disimulo mejor las arrugas y cada día queda menos gente en el pueblo…

Aquí sigue todo revuelto, Lola. A la muerte que ya te refería en la anterior carta, la de Pilar Antequera, y la desaparición de su cuerpo, ahora se une la desgraciada muerte de Ramón Claveles, el de la granja carmesí. No te daré detalles por lo escabroso del asunto, pero te diré que ya no miro a los cerdos con los mismos ojos que antes. No son para comérselos en el sentido de amigables (en el otro sentido sí que me lo siguen pareciendo). El capitán me ha pedido que no comente nada sobre lo que investigamos, por lo que quema también esta carta cuando la hayas leído y no se lo cuentes a los niños, que luego lo largan todo o lo reviven en sueños.

Bueno, y ahora, cambio de tema. Para seguir amargándonos nuestra existencia, te explicaré en este final de carta la que a su vez he recibido hoy mismo y que acabo de abrir después de un día horrible.

Otra vez, Lola. Otra carta sobre tu hijo el díscolo, Pedro. He recibido un aviso para que pague otra deuda suya. Otra granujada más, y esto ya no hay quien lo resista, porque van muchas y este niño me está enterrando en vida, pues desde aquella noche que ya sabes, y ahora más que estoy solo, no hago otra cosa que pensar en ello y a base de tila me estoy sosteniendo. Creo que no resistiré esta soledad mucho tiempo más. Me vienen a la cabeza malos pensamientos cuando caigo en el mal pago que me da este mal hijo, al que no quiero ver ni en agonía.

Así que he tomado la determinación, de una vez y aunque me digas lo contrario las veces que quieras, de que no voy a pagar ni una deuda más suya, aunque tenga que ir a la cárcel, que sin duda es lo que se merece. Para mí ya no existe. Creo que me darás la razón ya que la llevo en todo este asunto, por lo que quiero que le escribas y le digas todo tal cual te digo yo a ti. Y en especial, que te diga cuanto antes dónde empeñó el reloj de mi padre, pues el tiempo se echa encima y quiero recuperarlo cueste lo que cueste. Que te diga el precio por el que lo tiene empeñado.

Por todo lo anterior, también he tomado una decisión importante sin consultarte. Me vuelvo al norte, de donde nunca debí irme. Me marcho lo más lejos posible de donde él se encuentre. He solicitado plaza en Torrelavega, y en cuanto me la otorguen, se deja esta casa para buscar una allá.

Bueno, la termino para que coja correo, que me escribas enseguida y besos para todos. Y no dejes que los niños se metan demasiado en el agua, es peligroso y no quiero sustos.

Y quema la carta.

Y escríbeme, por favor.

Os quiero y os echo de menos.

Don Miguel Castillo, secretario judicial del Juzgado de Jártava.

13

LA NOCHE DEL SECRETARIO

Miguel Castillo se seca las lágrimas con el pañuelo de sus iniciales bordadas, rompe la carta que acaba de leer y la arroja a la basura. A su mente le viene una noche como aquella, en un juzgado como aquel, pero en otro tiempo y en otra ciudad, donde tuvo que volver de madrugada por haberse olvidado las llaves de casa, y donde encontró que su propio hijo, el mayor de todos, Pedro, había conseguido colarse para robar en la caja fuerte.

Con una mezcla de furia y pena, mete papel en la máquina de escribir y empieza a teclear una nueva carta para su mujer, para su Lola. Ahora, de madrugada y con una ligera brisa que entra por la ventana, las palabras le surgen con mayor rapidez, aunque la lentitud con la que escribe hace que muchas de ellas se pierdan en el trayecto entre su mente y los dedos. Tiene claro que la carta debe centrarse en el nuevo aviso de deuda que ha recibido, pero necesita compartir con Lola lo que vive en el pueblo, quizás por comprobar si así despierta en su mujer algún atisbo de interés por él. Aunque sea a costa de muertos y morbo.

Cuando termina de escribirla, la relee, hace algunas correcciones a mano y la guarda en un sobre que se mete en la chaqueta. Ordena su escritorio, aunque con poca dedicación, y mira por la ventana hacia el callejón antes de cerrarla. Aún hay restos de sangre de gato y cerdos en la acera. Piensa en que debería echar agua por encima para limpiar el callejón, pero tiene un cansancio selectivo y para esa tarea está derrotado. Difícilmente alguna vez le surgirán fuerzas para limpiar un callejón por el que no pasa nadie ni para esconderse.

Apaga las luces del juzgado y lo cierra con llave. Aunque hay veces que se ha visto tentado a dejar alguna ventana abierta para que por la mañana no huela a cerrado, desde aquella noche en la que su propia sangre lo deshonró, prefiere no dejar hueco a la tentación de nadie.

Se echa las llaves en el bolsillo del pantalón y da gracias de que, a pesar de tener que llevar dos secretarías por la ausencia de jueces y compañeros tanto en su pueblo como en el más cercano, no haya tenido avisos urgentes más allá del asesinato de Pilar Antequera y lo que quiera que haya sido lo de Ramón Claveles. Desde que los españoles se van de vacaciones, no soporta el mes de agosto.

Hace el camino a su casa a pie, sin prisa, esa que nunca lo apremia. La noche le da una tregua al calor, al sudor y al cansancio, por eso se detiene a disfrutar con deleite cada vez que algo de brisa le acaricia la cara. Cierra los ojos, sonríe y mueve la cabeza para que el frescor la recorra por completo. El paseo le parece perfecto porque, por fin, en el cielo hay luna llena, algo que seguramente celebre el padre Facundo, que lleva varios días pendiente de que la hubiera.

Mirándola, aún le cuesta creerse no sólo que los americanos hayan pensado en enviar astronautas a la luna, sino que han asegurado que sería dentro de pocos años. Si lo consiguen, las últimas gestas espaciales de los soviéticos serán olvidadas, pues en la época que le ha tocado vivir, cada vez hay más noticias y menos memoria, algo que tampoco le parece mal.

Durante el paseo, además de en el padre Facundo, la luna y los soviéticos, también piensa en lo vivido esos días atrás. Hay algo que le ronda la cabeza que no consigue rescatar, pero que le manda una señal de alerta, de que algo no funciona, aunque sea anecdótico. Y quizás lo que no funciona, aunque sea anecdótico, sirve luego para destapar algo mayor y más grave, como cuando uno se olvida las llaves de casa en el juzgado, y camina largo trecho con una señal de

alerta, de que algo no funciona, y cuando finalmente se da cuenta de que no lleva esas llaves en sus bolsillos, se vuelve al juzgado y lo anecdótico se convierte en algo mayor y más grave al encontrar a tu propio hijo robando en tu trabajo. Y en ese momento resulta que no eres capaz de impedirlo porque te ves superado por la situación, porque aunque sospechabas que no era la mejor persona, y la cabeza te mandaba una señal de alerta sobre él, pensabas que era algo anecdótico, y no mayor y más grave. Y al día siguiente, todas las sospechas caen sobre el último trabajador que salió del juzgado, así que uno debe elegir entre delatar a su propio hijo o asumir un delito que no ha cometido, y en esa decisión ya no hay nada de anecdótico.

Tras recordar todo esto, el secretario Castillo llega a casa y deja el sobre con la última carta que ha escrito a su mujer sobre la mesilla de la entrada. Allí reposa una foto familiar. Coge el marco, lo abre y saca la instantánea. En ella se ve a sí mismo, algunos años más joven, junto a su mujer, Lola, su hijo Paquito, su hija Lolita y el que más disgustos le da desde que nació, Pedro. Aprovecha que este último se encuentra en una esquina para romper la foto y separarlo. Mira unos segundos la cara sonriente de Pedro y arruga el trozo arrancado. Tras colocar la foto de la que sería su familia perfecta de nuevo en el marco, se guarda a Pedro en la chaqueta y se la quita para colgarla en el perchero.

En la casa no llega la brisa de la calle, por lo que el calor provoca que vuelva a sudar con rapidez. Como prevé que después de cenar le entrará pereza, aprovecha para mover el colchón desde el dormitorio hasta el salón, donde podrá dormir con algo menos de calor porque las ventanas son más grandes.

La copiosa cena hace rápido su efecto somnífero, por lo que se queda dormido en el colchón. Abraza la almohada como si fuera Lola, su Lola, a la que echa de menos día y noche, pero sobre todo por las noches.

Y el invierno, el invierno también lo echa de menos.

14

LA NOCHE DEL CURA

El padre Facundo eligió la vida religiosa para no tener que casarse, para que nadie lo espere con mala cara y para no tener que rendir cuentas ante alguien que no sea todopoderoso. Por eso blasfema en voz baja cuando llega a la iglesia. Allí, en dos sillas de playa junto a una mesa donde por encima parece que hay restos de una tortilla de patatas, dos de las feligresas más intensas de su parroquia se hacen honor a sí mismas esperándolo en la misma puerta.

La noche en la que por fin hay luna llena.

El cura, que a su cojera habitual se le ha unido el cansancio de todo un día recorriendo el pueblo y la impresión por lo visto en la granja de Ramón Claveles, ni siquiera piensa en salir a la carrera y entrar por alguna de las puertas traseras para evitarlas. Ellas, sabedoras de que el cura es bastante ágil, se levantan de sus sillas y lo agarran, cada una por un brazo, para interrogarlo.

—Padre, nos ha tenido usted aquí todo el día y temíamos que toda la noche —le reprocha la de su derecha.

—Claro que nadie nos ha obligado —dice la de su izquierda.

—Cómo que nadie nos ha obligado —protesta la de la derecha—. Este es un pueblo recto, y así debe seguir siendo. Hay que preparar cuanto antes el entierro de la pobre Pilar Antequera, ya vamos tarde.

—Me temo, señoras, que tienen toda la razón del mundo —contesta el cura, que consigue zafarse de ambas cuando pronuncia estas palabras, sin duda inesperadas—. El problema es que no es posible enterrar un cuerpo perdido.

—¿Cómo que perdido? —responden las dos al unísono, ahora que se encuentran frente a él.

—Pues que no sabemos dónde se encuentra el cuerpo de Pilar Antequera, por lo que ni entierro, ni *ná*. Y ahora, si me disculpan, hermanas mías, tengo que darle una vuelta a la iglesia y descansar, que ya saben que hasta el Todopoderoso se tomó un respirito al séptimo día, y aunque hoy no sea domingo, mi cuerpo está como si lo fuera. Aunque igual ya lo es y no me he enterado.

Las dos feligresas se miran sorprendidas, quizás porque ninguno de los posibles discursos y regañinas que se han ido preparando durante la tarde contemplaban la desaparición de la muerta.

El padre Facundo se acerca hasta la mesa playera y observa los restos de comida. Efectivamente, no se equivocaba cuando pensó en la tortilla.

—Veo que no me han dejado ni un trocito que llevarme a la boca.

—¡Hasta ahí podíamos llegar, padre! —le dice una de las dos, da igual cuál, y saca del bolso una pequeña fiambrera que el cura recibe con sorpresa—. Ahí tiene un poco de tortilla, aunque desde luego no espere que esté jugosa. Está hecha desde hace horas.

—Las que llevamos aquí esperando —añade la otra.

—Muchas gracias, muchas gracias. Aun así me la comeré encantado, no saben el hambre que traigo. —El cura abre la puerta de la iglesia, entra en ella y sólo deja un mínimo espacio para despedirse—. Por cierto, hablando del tema, al que sí podremos enterrar mañana, aunque con mucho esfuerzo, será a Ramón Claveles. Que Dios lo tenga en su gloria.

El padre Facundo cierra la puerta de la iglesia, desliza la enorme barra de metal que permite su bloqueo por dentro y camina ajeno a los golpes de las feligresas reclamando una explicación sobre sus últimas palabras.

Dentro, camina hacia el altar, mira la figura del Cristo que lo preside y junta las manos a modo de perdón mientras ladea la cabeza. Se santigua, se arrodilla para rezar y, tras comer la tortilla con ansia y beber un poco de vino, avanza hasta la parte trasera del altar. Allí, pone su mano en el extremo de una pared y cuenta cuatro medidas. Empuja con fuerza y un trozo de pared se despega del resto para revelar una entrada oculta a simple vista. Coge la linterna que siempre deja en el suelo de esa zona y baja unas escaleras alumbrando cada escalón.

Tras descender unos metros, llega hasta una pequeña sala construida en el subsuelo de la iglesia. Enciende los tres faroles que hay repartidos por la estancia y apaga la linterna satisfecho con la luz de estos. A su alrededor hay ladrillos y tres estanterías de madera carcomida por la humedad repleta de libros y manuscritos igualmente amarillentos y deteriorados. En el centro, un bloque de mármol a modo de mesa con dos conejos muertos completa la escena.

El cura se remanga ambos brazos, coge uno de los libros y lo apoya sobre el mármol. Pasa las páginas con cuidado de no romperlas, busca la que necesita y se aclara la garganta. Luego mete la mano en uno de los bolsillos de la sotana y extrae un pelo humano que posa también sobre el mármol.

Su corazón se agita al coger uno de los conejos muertos y clavarle las uñas en el vientre. Cuando las primeras gotas de sangre caen sobre el pelo, el padre Facundo exclama en voz alta y nítida las palabras en latín que va leyendo en la página donde el dibujo de una gran luna llena ilumina lo que parece un esqueleto humano.

—*Spiritus absconditus, te invoco. Revela mihi locum huius animae. Per potentiam caeli et terrae, te oro, ostende.*

15

LA MAGIA DIVINA

El padre Facundo está exhausto. Cuando encontró por casualidad el acceso al subsuelo de la iglesia y descubrió aquellos manuscritos, pensó que sería algún tipo de biblioteca particular de uno de sus predecesores, y esperaba ver allí ediciones antiguas de la Biblia o textos relacionados con las sagradas escrituras. Su sorpresa se tornó en curiosidad cuando descubrió que lo que allí había era una recopilación de títulos prohibidos por la Iglesia —obras de magia negra en su mayoría— que seguramente serían el pequeño botín que algún predecesor tuvo a bien ocultar en lugar de quemar.

Su primer impulso al verlos fue deshacerse de ellos tal y como Dios manda, pero cuando los fue hojeando, uno a uno, junto a una improvisada fogata en la que pretendía quemarlos, el contenido le llamó la atención. Casi todos estaban escritos en latín —un idioma que conoce bien —, pero también había excepciones, como aquel que utilizaba un alfabeto incapaz de reconocer, con dibujos de seres humanos y plantas.

Entre los que podía traducir, seleccionó cinco que hacían referencia directa a ritos de enorme poder, aquello que en otra época se llamaría brujería y que ahora se entiende como magia negra o masónica. Los ritos que aparecían eran variados, desde hablar directamente con un alma que ya no habita un cuerpo hasta revivir cuerpos sin vida. O como el que rondaba su mente desde que desapareció el cuerpo de Pilar Antequera, descubrir el paradero de alguien.

Desde hacía unas semanas había ido preparando aquel sótano con todo lo necesario para probar alguno de esos ritos, repitiéndose una y otra vez que su único interés era dilucidar si realmente hay libros peligrosos o son sólo una invención más del ser humano. Nadie mejor que un miembro de la Iglesia —capaz de resistir al diablo más seductor— para comprobar si la magia negra existe…

Así, había ido comprando conejos en la carnicería, cuya sangre, según varios de los libros, era la idónea para derramar en los ritos. También se había hecho con varios faroles, ya que el diablo siempre es más proclive a atender peticiones en la noche que durante el día; aunque allí abajo diera igual qué momento fuera, pues no llegaba ningún tipo de luz exterior. Por último, había esperado a que por fin hubiera luna llena, ya que por algún extraño motivo, todos los ritos tenían por primordial este asunto.

Fue cuando vio a Pilar Antequera colgada de la soga cuando por fin se decidió a llevar a cabo los ritos. Para hacerse con el cabello de la fallecida, primero lanzó varias veces una sábana sobre su cabeza, pero la tela quedó tapando su cara en lugar de arrastrar alguna muestra de pelo. La segunda oportunidad que tuvo —y que aprovechó— fue cuando entró en la sala de curas del doctor Becker. Mientras la atención de todos se centraba en el enfado del alemán, él aprovechó para guardar en su sotana algunos pelos que habían quedado sobre la camilla en la que había estado la joven.

Pero a pesar del esfuerzo, los riesgos y los preparativos, la magia negra, o no existe, o no es lo suyo. Los ritos que invoca durante la madrugada no funcionan. Ni el de revelar el lugar del cuerpo, ni el de hablar con un alma… ni siquiera el de convertir la noche en día, algo que sólo acaba ocurriendo, como cada jornada, gracias a la mejor creación de Dios: el paso del tiempo.

Sin saber qué hora es, el padre Facundo vierte un cubo de agua por encima del mármol, devuelve los manuscritos a las estanterías y apaga los faroles. Cierra el acceso, arrastra hasta allí un pequeño vestidor para que no se note separación entre la puerta y la pared, y se sitúa frente al altar. Se arrodilla ante la figura de Cristo y pide perdón. A Él no puede ocultarle que no ha invocado los ritos por puro estudio, sino porque realmente creía que había alguna poderosa conexión entre el latín, la sangre de conejo y el alma de un muerto.

«Contigo me basta». Lo piensa, pero no lo dice. Lo reza, más bien.

Mira a un lado del altar. Una figura de la Virgen María sonríe mirando hacia abajo, hacia él, pero el padre Facundo, que ha estado ante esas imágenes casi toda su vida, se fija en algo en lo que nunca ha caído, quizás porque nunca había estado forzando su mente a creer en algo.

La figura de la Virgen señala hacia un lado. A simple vista podría parecer que dirige la mano hacia su hijo crucificado, pero el padre Facundo se acerca a ella para comprobar la dirección exacta: la puerta oeste de la iglesia. Una que apenas utiliza y que sólo abre cada cierto tiempo para que las bisagras no se oxiden.

El cura decide hacer caso a la providencia divina. Si ha pasado toda la noche buscando en lo oscuro, ¿por qué no darle una oportunidad a lo que de verdad piensa que rige el universo? ¿Por qué no dejarse guiar por la luz?

Abre la puerta oeste, comprueba que ya es pleno día y camina dejando la iglesia a su espalda. No sabe cuánto avanzar ni si debe girar en algún punto del camino. Ni siquiera sabe comprobar si efectivamente anda en línea recta o se está desviando por su cojera, pero no le importa. Si debe corregir su rumbo, lo hará, a conciencia o sin ella, pero está convencido de que sabrá hacerlo en el momento oportuno.

El sol le calienta la cabeza y se para a secarse el sudor a menudo. Siente cansancio por la noche en vela y el estómago le pide comer, pero continúa su marcha lejos ya del pueblo, adentrándose en el bosque que lo rodea. Echa la vista atrás cada cierto tiempo para tener la iglesia como referencia, pero tras una hora de camino deja de verla, pues los árboles y los desniveles del terreno se lo impiden.

Y encuentra algo.

En el suelo.

Entre la hierba y la tierra.

Junto a un árbol.

Él piensa que se trata de otra señal divina. Que Dios intercede en su camino para que se encuentre precisamente eso, y quizás sea así. O quizás, lo que ocurre es que el camino que toma a través del bosque es el que tomarían nueve de cada diez personas, pues sortea un riachuelo, árboles demasiado juntos como para pasar por ellos y pequeños montículos de tierra que hacen más fácil el paso por allí y no por allá. Vamos, que cualquiera, de forma inconsciente, acabaría yendo por ahí por la misma razón por la que siempre han existido rutas y por la que un genio diría que se hace camino al andar.

Encuentra un libro a sus pies, pero no uno cualquiera. Se trata del que había en la mesita de noche de Pilar Antequera el día de su muerte. El mismo que le regaló el librero y aún no había leído. Ese que estaba en todas las casas del pueblo porque lo mandaban en la escuela.

En 79 días. Vuelta al mundo en Vespa está allí, en mitad del bosque, a la vista de un cura cojo que ha pasado la noche despierto haciendo ritos de magia negra para, precisamente, encontrar una pista como esa.

Reconfortado por encontrarlo, continúa caminando hacia adelante, o lo que él considera una línea recta. El cansancio le hace confundir lo real con lo místico y empieza a ver a Dios en cada

rayo de sol que se cuela entre los árboles, penetrando en la zona más profunda del bosque.

Y sigue caminando.

Y creyendo.

Hasta que llega a un sitio que reconoce.

La granja de Ramón Claveles parece ya uno de esos lugares abandonados que dan miedo no por la ausencia de gente, sino porque se sabe que la hubo. Quizás siempre dio esa sensación de solitaria a pesar de los animales y a pesar del granjero, pero ahora se nota que ya no la habitan ni los hombres ni los cerdos.

El padre Facundo sale del bosque y se dirige hacia la granja. Allí planea —siempre que no sea el destino final de su ruta— refrescarse y descansar durante unos minutos. También piensa en que quizás hasta haya algo en la despensa que llevarse a la boca, pero cuando aún ve lejos la casa principal, sus pies, esos que cada vez arrastra más por la tierra, chocan con algo metálico. Algo que le hace daño al impactar con sus dedos y que le recuerda que debe cortarse las uñas.

Una pala.

Una pala de cavar.

Qué tipo de pala, si no, va a encontrar cerca de una granja.

Claro que al lado no hay algo común en un sitio como ese. La hierba de la zona presenta un aspecto de tierra removida y ligeramente elevada, mientras que la cruz hecha con ramas clavadas sobre ella despeja cualquier duda que pudiera albergar. Ese es el final del camino. Esa cruz es la señal.

Coge la pala y retira algo de tierra. Ya sabe qué va a encontrar ahí enterrado, porque es lo que le había pedido a la Virgen María antes de salir de la iglesia, es hacia lo que se ha sentido empujado durante su travesía por el bosque.

La magia, piensa, no tiene nivel ni para empatar a Dios.

16

LA SOSPECHA

Esta vez, Vicente Costa no olvida coger su machete y atárselo al tobillo antes de salir de casa. Lo hace impoluto, con el uniforme planchado, las botas limpias y la sonrisa en la boca, aunque esta última se le borra al ver al padre Facundo sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una de las ruedas de su Land Rover y con peor cara que un crucificado de Semana Santa.

—Padre Facundo, ¿qué hace ahí tirado?, ¿qué le ocurre?

El cura, que le hace gestos con la mano para indicarle que está bien, sólo necesita un poco de aire, de descanso, para poder contarle todo. Y se lo cuenta todo, aunque sin aire ni descanso.

Aún en el suelo, le confiesa lo de los ritos.

Mientras lo toma del brazo para incorporarse, le explica entre jadeos la indicación divina de la Virgen María.

Tras entrar en casa y sentarse en un sillón ayudado por Elvira, narra su llegada a la granja.

Y cuando la esposa del capitán le da un vaso de agua —en realidad, sólo cuando bebe tres sorbos y se asegura de que no va a toser— revela que ha encontrado el cuerpo de Pilar Antequera enterrado.

—Y he vuelto andando hasta aquí, capitán. Y no puedo más. Esta pierna me va a matar. Y este calor. Y ustedes me van a tener que enterrar dentro de poco. Ya verá.

—Descanse, padre —le dice Elvira colocándole unas mantas bajo los pies para que los apoye en alto.

—¿Qué opina, capitán?

El guardia civil no opina. Se dedica a caminar por la casa con las manos a su espalda. Pasear lo ayuda a despejar ideas, aunque sea entre cuatro paredes. Tras unos segundos de silencio sólo roto por los quejidos del cura en cada movimiento, el capitán decide compartir sus pensamientos.

—Considero que Puri no es la asesina. Y que huye de algo. De alguien.

—¿Cómo dice? —le pregunta Facundo, al que los oídos le retumban por el esfuerzo realizado entre la ida y la vuelta a pie.

Vicente Costa se sienta junto a su mujer en el sofá y dirige la mirada al cura.

—Mire. Puri se llevó el cuerpo de su hija para enterrarlo y, como usted me acaba de contar, para hacerlo bajo una cruz. Eso descarta que ella fuera la asesina, pues piensa que fue un suicidio y que usted no la enterraría bajo una cruz. Y por otro lado, huyó de algo, de alguien, porque en cuanto tuvo la oportunidad, se alejó del pueblo. Y a pesar de haber enterrado a Pilar, no ha vuelto.

El cura asiente y da por válida su explicación, pero la que toma la palabra es Elvira.

—Vicente, aunque no creo que Puri fuera capaz de matar a su propia hija, si finalmente fuera la asesina podría haber actuado exactamente igual.

—Explícate, Elvirita.

—Sólo confesar que ella era la autora habría hecho cambiar la opinión sobre el entierro, lo cual la privaría de libertad y, por otro lado, sigue alejada de aquí porque teme haber despejado cualquier duda sobre su culpabilidad. Sólo un culpable camina cuidándose las espaldas.

—Interesante, doña Elvira —dice el cura, que se frota las piernas—, muy interesante. Eso quiere decir que la misma persona puede hacer lo mismo siendo culpable o inocente. Somos los

demás los que le damos el contexto que queremos.

Vicente Costa se levanta ligeramente contrariado y pone una mano sobre el hombro del cura.

—Padre, cuando usted recupere el aliento y se tome un buen café, iremos a por el cuerpo de Pilar Antequera. Será enterrada como merece.

—Capitán. Estoy pensando… No, nada, es una locura.

—Diga, padre. Es el momento de hablar, no de callarse las cosas.

—Lo que ha dicho antes. Que Pilar huía de algo o de alguien.

—Sí, eso he dicho. ¿Qué se le viene a la mente?

—Pues que en este pueblo nos conocemos todos y apenas nos visitan forasteros, pero hay alguien que acaba de llegar hace poco y del que no sabemos nada.

—El doctor Becker.

—El mismo.

—A mí no me preocupa. Verá, me informé debidamente sobre él cuando llegó. Llamé al cuartel de Sevilla y unas horas después me dieron referencias ejemplares firmadas desde muy arriba.

—¿Cómo de arriba?

—Muy —pone énfasis— arriba.

—Aun así…

—Padre, suelte ya lo que le ronda la cabeza, por favor, y deje de dar rodeos.

El padre Facundo se levanta del sillón y mira al capitán. Mantiene la mirada unos segundos y, por fin, lanza la frase que revoloteaba por su cabeza.

—Pues que dimos por hecho que fue un asesinato porque nos lo dijo el doctor. Y nosotros le creímos, sin más.

—Insinúa que el doctor nos engañó.

—No lo insinúo, por Dios, ¡me lo pregunto! ¿Y si fue un suicidio y él quiso que nosotros pensáramos que fue un asesinato? ¿Y si Puri huía de él y quiso incriminarla? Y lo más importante, ¿y si él mismo escondió el cuerpo?

—Él fue el primero que descartó a una mujer como asesina.

—Hay alguno que negó la verdad hasta tres veces…

—Sus acusaciones son muy graves, padre.

—No son más graves que todo lo que pasa en este pueblo, capitán.

—Supongamos que es cierto, ¿qué propone que hagamos? ¿Vamos al doctor y le preguntamos si nos mintió? ¿Le hacemos una autopsia al cuerpo que acaba de encontrar?

—Deberíamos, al menos, hacerle saber que ha aparecido. Y ver cómo reacciona.

Vicente Costa vuelve a cruzar las manos en su espalda y pasea de nuevo por la casa. Las ideas se le mezclan y acumulan sin ningún orden, y no es capaz de pensar con claridad. Facundo vuelve a sentarse y acepta el café y las galletas que le trae Elvira.

—Por cierto, capitán, creo que me he dejado algo encima de su coche. Lo encontré de camino a la granja.

—¿Quiere que salga a verlo o me va a decir qué es?

—Se trata del libro que estaba en la mesita de Pilar. El de la Vespa. ¿Ve cómo importaba?

—Podría ser. ¿Llevaba el naipe que comentó Castillo a modo de marcapáginas?

—Diría que no, pero tampoco lo he abierto para comprobarlo. Llevo toda la noche leyendo y todo el día caminando, no quiero hacer más ni de una cosa ni de la otra.

—¿Crees que Puri tiene fuerza suficiente para transportar el cuerpo de Pilar por el bosque? —pregunta Elvira a su marido, planteándose todo como si ella misma fuera la carnicera.

—Quizás la ayudó Ramón Claveles. Le dejó que la enterrara en su granja y luego… —el padre Facundo deja de hablar y lanza una mirada al capitán, pues no sabe si le ha contado a su esposa lo ocurrido con el granjero. Cuando este le contesta con un breve asentimiento, continúa —: y luego algo pasó para que los cerdos acabaran comiéndoselo.

—Descanse un poco más, padre, y luego iremos a buscar a Castillo. A ver qué opina de todo esto.

Unos minutos después, sin galletas, sin café y sin manos en la espalda, Vicente Costa gira la llave del Land Rover y el motor de este emite el sonido inconfundible de que ha arrancado. Y el cura agradece desplazarse hasta el juzgado sentado en lugar de a pie.

17

EL CELADOR

Quince años antes de lo de Pilar. Y el granjero. Y los cerdos.
Algún lugar de España.

El celador empuja una camilla por los pasillos. A pesar de que está bien iluminado, el interior del edificio en el que se encuentra muestra un aspecto desagradable, carente de cualquiera de las acepciones que la palabra humanidad tiene en el diccionario. Al final del recorrido, llama con los nudillos a la última puerta y la abre sin esperar contestación desde el otro lado. Dentro de la habitación, una mujer embarazada llora en una butaca.

—¿Lista? —le dice él, proyectando un tono de voz que intenta ser directo pero cercano.

Antes de ir hasta allí le han advertido que no debe dejar ningún espacio a la duda. Ni a la de ella ni a la de él mismo. Así que sonríe, pero a medias.

La mujer levanta la cabeza, lo mira y se seca las lágrimas con el camisón antes de asentir con lentitud. Aprieta los labios, arruga la barbilla para reprimir el llanto y se deja ayudar por el celador para subirse a la camilla.

—Esto es para que no te caigas —la tranquiliza él, o lo intenta, cuando le extiende piernas y brazos para atarlas a la camilla—. Avísame si te aprieto demasiado.

Le aprieta demasiado, pero ella no lo avisa.

En lugar de empujar la camilla por la parte de los pies —lo que significaría ver no sólo la cara de la mujer, sino también unos muslos que no cubren su corto camisón— el celador decide girar la camilla para transportarla desde el cabecero. Antes de iniciar la marcha aprovecha para echar un vistazo a la habitación que abandonan. Además de la butaca, hay una cama, dos cunas con ruedas y varios cuadros infantiles colgados.

Durante el recorrido de vuelta por el pasillo, silba una canción que se le viene a la mente. El eco que le devuelven las paredes hace que suene mejor de lo normal, por lo que sigue haciéndolo, aunque improvisa la parte que no recuerda. También canturrea porque así, piensa, es más difícil que la mujer quiera entablar alguna conversación con él, lo cual le han advertido que no debería ocurrir.

El corto camino se hace largo para los dos, pero al fin llegan hasta una puerta doble. Ella no sabe que da acceso a un quirófano, aunque lo intuye por los pequeños ventanales redondos que hay en ella. Él sí que lo sabe, pero ni siquiera intuye lo que va a pasar allí dentro. Eso no se lo han indicado.

Empuja las dos puertas con la camilla y accede al quirófano. Allí esperan una mujer —tan joven como él y vestida de enfermera— y un hombre no mucho mayor que ellos, con una bata de médico teñida de negro. La enfermera sonríe al celador, pero evita hacer contacto visual con la embarazada. El médico, en cambio, ignora la presencia del celador y sonríe —aunque sólo lo hace con la boca, los ojos ni siquiera muestran expresión— a la camilla. El celador se fija una vez más en los dientes de su jefe, en esa llamativa separación entre las dos paletas que deja a la vista un hueco tan negro como el color de la bata. No recuerda haber visto una sonrisa tan desagradable en su vida.

Cuando aparta la mirada de la boca del médico, el celador se queda quieto, a la espera de alguna orden o de la enésima indicación de alguien que le provoca terror, aunque aún no sabe muy bien por qué. Esta llega sin mediar palabra.

Mientras la enfermera lleva la camilla hasta el centro del quirófano, el médico le da la espalda al celador, cruza los brazos por detrás y gira levemente la cabeza hacia un lado para que este la vea desde atrás. Cuando se aclara la garganta, el celador capta el mensaje y sale de nuevo hacia el corredor, no sin antes dedicar una mirada a la enfermera, que no se la devuelve por miedo a que el médico la vea. Ella también lo teme, pero sí sabe exactamente el porqué.

Cuando cierra la puerta doble tras salir, y aunque sabe que no debe, el celador mira a través de las ventanillas. Enseguida se arrepiente. En concreto cuando ve cómo el médico se acerca hasta ellas y las tapa con una tela, dedicándole una mirada seria adornada con su macabra sonrisa.

18

EL DETECTIVE COSTA

Mayo de 2024.
Mi confesión.

Gracias a las cartas de mi abuelo descubrí ciertos asuntos que jamás habría querido saber, pues, como ya he dicho, a veces es mejor no ahondar en cómo era un antepasado antes de formar parte de nuestras vidas. Como hacía Adolfo Suárez en la transición, mejor preguntar a dónde va uno que de dónde viene.

No obstante, con cada nueva carta que leía, más me interesaba conocer todo lo que pasó en aquel verano de 1965 en Jártava, en una España donde irse de vacaciones a la playa ya era algo habitual y donde no resultaba dramático dejar puestos de trabajo desiertos durante un mes.

El suicidio/asesinato de Pilar Antequera fue lo que más me llamó la atención, primero por la edad de la chica y, segundo, por la desaparición de su cuerpo. Luego, que el granjero fuera devorado por cerdos me hizo meterme de lleno en una investigación en la que tuve claro que necesitaba ayuda. Agotada la vía de mi padre, que se negó rotundamente a contarme nada que recordara de aquella época —dudo si sabe de la existencia de esas cartas y de lo que mi abuelo cuenta de él— me puse a intentar entablar contacto con alguien que hubiera vivido aquello. Esto me llevó a la única persona de las que mencionaba mi abuelo que cumplía los tres requisitos que establecí: que siguiera vivo, que no estuviera en una residencia de ancianos con demencia y que viviera más o menos cerca de mí —la historia por aquel entonces me interesaba, pero no tanto como para viajar, qué se yo, a Barcelona—.

Y al que encontré fue al hijo del guardia civil. Gracias a una visita a los archivos de la iglesia de Jártava conseguí un nombre —previo pago de una donación voluntaria que me dejaron claro que no lo era— que luego localicé en la guía telefónica.

Ángel Costa Reyes, hijo del capitán de la Guardia Civil y de su esposa, Elvira, era un detective privado que vivía en Sevilla. Por aquella época —estamos hablando de 1990— trabajaba para una agencia llamada Detectives Alkorta, y como tenían la oficina cerca de mi casa, no dudé en hacerle una visita.

Al principio me pareció un tipo desagradable, prepotente y chulo, pero después de soltarle algunos billetes, tan sólo me pareció prepotente y chulo. Me llevó a un bar cercano a su oficina y pedimos una copa. El camarero lo conocía y parecía tener confianza con él, pues, aunque lo llamaba por su apellido, mostraba una complicidad cotidiana. Con nuestras copas por delante, le pregunté por el verano del sesenta y cinco y lo que recordara de su padre.

—Yo en aquella época era un crío —empezó a contarme con una rapidez inversamente proporcional a la que bebía— estaba todo el día en la calle y cuando iba a casa apenas veía a mi padre. Sí recuerdo al cura, Facundo. Se intentaba hacer el gracioso, pero nunca lo fue. Creo que murió por ahí, por esas fechas. A tu abuelo, Miguel, lo recuerdo menos. Pero me suena.

—Hubo algo raro en el pueblo ese verano. Pilar Antequera, el granjero…

—Sí, algo recuerdo. Hubo varios entierros casi seguidos. Déjame investigar y te diré lo que averigüe —me dijo con la copa agotada.

Yo miré la mía. Ni siquiera la había empezado.

—¿Investigar o recordar? —protesté; no quería que me sangrara más dinero.

—Un profesional nunca revela sus fuentes. Gracias por el trago.

Cogió el sombrero, se puso la gabardina —pensé que la usaría poco en Sevilla— y se fue saludando al camarero de la barra.

19

LAS CARTAS DE CASTILLO (III)

Querida esposa e hijos:

Lola, recibirás esta carta y la anterior al mismo tiempo, ya que una la terminé anoche y esta otra la estoy escribiendo en el juzgado a primera hora de la mañana, pues los acontecimientos han cambiado. No obstante, lee primero la otra carta y luego, después de quemarla, vuelve a esta.

Tu hijo Pedro me ha llamado. Se ha dignado a llamarme, y además lo ha hecho para pedirme perdón. Y yo soy un padre débil y, por tanto, bondadoso. Y aunque en el futuro pueda arrepentirme por lo que estoy haciendo, lo he perdonado. Se me han saltado las lágrimas, Lola, por este hijo tuyo que tantas desgracias nos hace pasar, pero que es capaz de ablandarme el corazón simplemente pidiéndome perdón.

Me ha dicho que no me preocupe por las deudas, que él se encarga de pagarlas, y que a partir de ahora no me llegarán más avisos ni amenazas por tener que encargarme de sus disloques. También me contó que ha recuperado el reloj de mi padre, y que me lo va a dar en cuanto me vea, que será hoy mismo, Lola, pero por otro motivo. No sé si estás al tanto, porque no sé si ha ido a verte en persona, pero me ha dicho que necesita contarme algo que no se puede hablar ni por carta ni por teléfono, e insiste en que no es motivo de desdicha, sino todo lo contrario. No sé qué pasará ahora, pero marcho en pocos minutos hacia Córdoba, donde dice que vive desde hace unos meses.

El doctor Becker me va a llevar en su automotor, dice que así él también puede alejarse durante unas horas de todo lo ocurrido en el pueblo estos días atrás, y de lo que habrás quedado enterada por la otra carta.

En la próxima que te escriba te diré lo que acontezca con tu hijo Pedro, aunque sospecho que igual ya te has enterado y no me lo has querido decir para que no sufra de más fiebres.

Cuida de mi Lolita y de Paquito, los echo de menos, pero espero que estén disfrutando de las vacaciones. Y también espero que el niño esté aprovechando alguna tarde para estudiar. Dile que hay otros niños del pueblo que no tienen la suerte de irse en verano a la playa, y que el hijo del capitán va cada día a la escuela, con el calor que hace, para repasar lo aprendido durante el año.

Termino para que coja correo.

Estoy feliz, Lola. Os quiero a todos.

Saluda a los viejos de mi parte.

20

PEDRO CASTILLO

El Mercedes Benz del doctor Becker es amplio y parece cómodo; al menos, más que el Land Rover del capitán, el único con el que Miguel Castillo puede compararlo. En lo que sí se parecen ambos vehículos es en que están impolutos. Más limpios que su propia casa.

—Llega tarde, secretario —le dice el alemán.

El secretario mira su reloj y luego al doctor, sorprendido.

—Son las ocho y diecisiete. Hemos quedado a y cuarto.

—Tarde.

—Dos minutos.

—Dos minutos tarde.

Miguel Castillo enarca las cejas y se disculpa ante el doctor, que acepta la disculpa y pone en marcha el coche para salir del pueblo. Antes de dejar atrás las últimas calles, ven al padre Facundo, a lo lejos, salir de la iglesia para adentrarse en el bosque con su inconfundible cojera.

—Oiga. Este cura suyo es un poco raro, ¿no? —pregunta el doctor.

—No sé qué se le ha perdido en el bosque.

—¿Quiere que vayamos a su encuentro?

—No, no, él sabrá lo que hace. Sigamos, tengo ganas de ver a mi hijo y de saber qué me quiere contar.

El doctor conduce de forma brusca. Miguel Castillo tiene que forzar el cuello en algunas curvas y poner el brazo para no desparramarse sobre la puerta o el propio conductor. Córdoba está cerca, pero cada árbol que ve pasar por su ventanilla, más, y teme acabar empotrado contra alguno de ellos. El desayuno, al que hoy le ha añadido un par de huevos para afrontar el viaje con energía, muestra interés en darle sentido al nombre del salpicadero, y quizás para distraerse de la conducción o quizás para desviar las intenciones de su estómago, Castillo intenta entablar conversación.

—¿Desde cuándo vive en España, doctor?

—No lo recuerdo.

—Era usted alemán, ¿verdad?

—No lo era, lo soy.

—¿Y allí dónde vivía?

—En un pueblo.

—¿Más grande o más pequeño que Jártava?

El médico parece pensar la respuesta, aunque en realidad lo que hace es analizar si debe darla. Tras un par de curvas que toma más rápido que las anteriores, decide responder.

—Un poco más grande, y aun así había demasiada gente. Siempre hay demasiada gente.

—¿Echa de menos aquello?

—Cada día. Cada vez que entra alguien en mi consulta, recuerdo mi país.

—¿Y no quiere volver?

—Aquí no me falta el trabajo y allí era cada vez más complicado, pero algún día volveré. Y usted, ¿echa de menos a su familia? —cambia de tema el médico.

—Constantemente. Las cartas me alivian un poco, pero no es lo mismo que tenerlos a mi

lado. Intento pasar poco tiempo en casa, pues noto su ausencia más que en el juzgado o en la taberna, pero al caer la noche sólo pienso en hablar, aunque sea de algo sin importancia, ¿sabe?

—Ya.

—Aunque sólo sea ver a mi hijo con un libro y preguntarle de qué va, oler lo que cocina mi esposa, besar en la mejilla a mi hija. Eso es lo que más echo en falta. Y encima, con este calor…, poco puedo hacer para distraerme más que trabajar.

—Ya.

—Y este hijo al que usted me lleva a ver, Pedro… Digamos que se trata de la oveja negra. Tan sólo me da disgustos. A mí y a la madre, claro.

—Ya.

—Es el mejor del mundo en gastar un dinero que no posee, y luego me llegan a mí los avisos para que me encargue de sus deudas. Incluso un día… —El secretario corta la frase, pues también medita si confiar en el doctor.

—Un día, ¿qué? —lo anima este, que sabe que escuchar es la mejor arma y la mejor defensa ante cualquier rival.

—Pues que un día robó en el juzgado de Torrelavega, donde yo trabajaba. Y no acabamos en la cárcel por tener muy buenas amistades allí. Amistades mías, claro.

—No tuvo mano dura con él.

Castillo, que al principio iba a contestar a la pregunta, se da cuenta de que el alemán ni ha formulado ni ha tenido la intención de que sonara a interrogación.

—Su madre siempre le ha consentido todo, y eso que es el mayor. A mis otros dos hijos, que son inseparables de ella, no les consiente tanto como lo hizo con él. Y así ha salido.

—Aún puede enderezarse. Para doblegar la voluntad humana sólo hace falta conocer el punto débil de cada uno y aplicar presión sobre él de forma constante.

El secretario Castillo asiente, pero en su fuero interno da por perdida la labor de reeducación de su primogénito. También prevé un camino largo, no tanto por la distancia como por la forma de conducir del alemán, así que trata de desviar la conversación.

—¿Estuvo usted en la guerra, doctor?

—Es difícil que alguien de nuestra edad se haya librado de alguna, ¿no cree?

—Pues tiene razón, sí. ¿Lo lleva bien? Siendo médico, habrá visto de todo…

—Digamos que he conocido lo más oscuro del alma humana, pero puedo dormir por las noches, si se refiere a eso.

—Yo aún la recuerdo algunas noches, la revivo como si fuera hoy. Hay ciertos momentos difíciles de olvidar. Lo que uno tiene que hacer para no morir antes que otro…

—La suya fue una guerra diferente. Peor. Que el enemigo se desangre llamando a su madre en el mismo idioma que uno…

—O incluso llamando a la misma madre.

—¿Le pasó? ¿Sus hermanos lucharon en el otro bando?

—No, no —miente Castillo, que agradece que el doctor no lo mire mientras contesta—, pero sí tuve compañeros así. A uno lo obligaron a fusilar a su hermano. O no lo obligaron y resulta que el que dio la orden no lo sabía, pero el resultado fue el mismo.

—Ya.

—Familias rotas; viudas y madres que ni siquiera pueden enterrar a sus esposos e hijos; que no saben si siguen vivos, exiliados o bajo tierra. La guerra sólo fabrica derrotados.

—Demuestra usted más profundidad que la que le presuponía, secretario.

—Vaya —contesta este, encajando la frase—, no sé si debo darle las gracias o lo contrario. Sé

que no soy rápido ni despierto de mente, eso se ve a la legua, pero sobre lo que he pensado antes en mi cama, en un paseo, en mi vida… Sobre lo que he reflexionado mucho a solas, hablo con rotundidad.

—Ya.

El resto del viaje se desarrolla sin apenas conversación. Castillo le expone alguna de sus dolencias más comunes, y el doctor le recomienda una serie de hábitos que difícilmente cumplirá, entre los cuales destaca comer un poco menos y moverse un poco más. Cuando llegan a Córdoba, buscan en el mapa la calle indicada por Pedro, y el doctor lo deja allí con el compromiso de recogerlo en el mismo lugar dos horas después.

—Pedro, hijo —le dice Miguel Castillo a su hijo cuando lo ve salir de la cafetería en la que, tras un breve abrazo, entran los dos.

—Padre, tenía ganas de verle. Y antes de que se me olvide, tome —Pedro saca un reloj de una bolsa de papel y se lo da a su padre—, el del abuelo. Esta misma mañana lo he desempeñado para devolvérselo.

—Muchas gracias, hijo —dice este, emocionado, antes de guardarlo en la chaqueta—. Bueno, a ver, espero que esa noticia tuya sea agradable.

—Es la mejor que le puedo dar, padre. Pero antes, ¿quiere algo de desayunar? Si quiere, le pido unos churros, se los traen del puesto de enfrente sin problema y aquí le sirven el café.

—He tomado algo en casa antes de salir, pero el viaje me ha abierto el apetito, sí.

Con el churro en una mano y la otra sosteniendo la taza de café, el secretario Castillo recibe la noticia que su hijo no podía darle ni por teléfono ni por carta.

—Me caso, padre.

Un extremo del churro cae sobre el café y salpica la mesa alrededor de la taza.

—Cómo que te casas.

—¡Que me caso! —repite Pedro, sonriendo y en voz alta—. Se llama Margarita, es de Córdoba y estoy enamorado de ella.

—Pero si llevas aquí muy poco, no te ha podido dar tiempo a conocerla bien.

—Al contrario, padre, la conozco como si hubiera crecido con ella. Tenemos las mismas ideas. A veces nos da miedo porque contestamos a la vez, lo mismo, las mismas palabras en el mismo orden.

—Hijo, no será un espejo y necesitas gafas…

—Padre, voy a casarme con Margarita, con su aprobación o sin ella.

—Y tu madre, ¿se lo has dicho?

—Padre… —Pedro se incorpora levemente para poder sacarse algo del bolsillo trasero del pantalón, abre una billetera y extrae una foto.

—¿Es ella? —pregunta el padre.

—Claro —responde el hijo.

—Es muy guapa.

—Pues en persona gana. Quiero que la conozca.

—¿Hoy? Ni hablar.

Su hijo lo mira y sonríe, pero no dice nada, así que Miguel Castillo vuelve a hablar.

—No me digas que está aquí…

Acompaña la mirada que su hijo realiza hacia la mesa de al lado. Allí hay una mujer de espaldas, y a su lado un niño de unos tres años.

—Margarita, tengo que presentarte a mi padre.

La mujer coge de la mano al niño, se levanta y se sienta junto a Pedro. Miguel Castillo no sabe qué decir, así que se limita a recuperar el churro, frío ya, de la mesa, mojarlo en el café y comérselo entero sin apenas masticar. Mira al niño, que se ríe, y se limpia la boca con la servilleta.

—Padre, le presento a Margarita.

—Menudo disgusto le vas a dar a tu madre, Pedro, hijo. Así no se hacen las cosas.

Miguel Castillo retira la silla, se levanta y se marcha sin mirar ni a su hijo, ni a la prometida ni al hijo de la prometida.

—Padre… —Pedro se levanta para intentar retenerlo, pero es Margarita la que lo retiene a él.

—Dale tiempo —le dice ella en voz alta, procurando que Miguel Castillo se entere—, seguro que recapacita. Por un hijo se hace cualquier cosa…

21

LA MADRE

Quince años antes de lo de Castillo, su hijo y el churro.
Algún lugar de España.

El celador silba por el pasillo. A pesar de que pasa por delante de varias puertas, sólo se detiene ante la última. Llama con dos toques de nudillos y, sin necesidad de oír el «adelante» desde dentro, abre. La habitación huele a niño, a ese característico olor que traen los recién nacidos. A leche. A polvos de talco. A pañal. En la única butaca que hay, la mujer a la que llevó embarazada al quirófano hace unos días mece en brazos a un bebé, mientras que otro duerme en una cuna alta con ruedas.

—¿Lista? El doctor te espera.

—Creo que no quiero seguir adelante con esto —le contesta ella sin dejar de mirar al bebé que sostiene.

El celador deja de sonreír durante unos segundos, pero después retoma su cara risueña y le habla en tono calmado, acercándose un poco a ella.

—¿Seguro? —le pregunta como si tuviera opción, como si fuera libre de elegir.

—Sí. Quiero irme de este sitio —elige ella, que no puede hacerlo.

Él la toca en el hombro, algo que le han dicho que suele resultar tranquilizador, aunque duda sobre quién está más nervioso.

—En ese caso lo mejor es decírselo cuanto antes al doctor. Lo tiene todo preparado.

La mujer deja al bebé que lleva en brazos sobre la cuna libre, y la empuja hacia la puerta. El celador hace lo propio con la otra, y ambos caminan por el pasillo hacia el quirófano, donde esperan el doctor y la enfermera.

—Ah, pasa, pasa. Empecemos cuanto antes —dice el doctor cuando llegan con los bebés.

—Doctor, tengo que hablar antes con usted —pide la mujer, cada vez más segura de sí misma, de su decisión y su libertad.

—No podemos entretenernos, debo empezar cuanto antes.

—Pero es que no quiero seguir adelante.

El doctor, al igual que antes el celador, deja de sonreír, pero este no retoma la sonrisa pasados unos segundos, sino que mira a la mujer con unos ojos que, piensa el celador, ha sido capaz de ocultar como el mejor de los actores.

—Oiga, tenemos un acuerdo. El dinero…

—Se lo devolveré todo, doctor, se lo prometo, pero me quiero ir. No puedo seguir adelante. Necesito irme a casa con ellas —dice, y señala a las dos cunas.

El doctor desvía la mirada de la mujer al celador.

—Usted quédese fuera mientras la paciente y yo llegamos a un acuerdo. Si lo necesito de nuevo, llamaré con el timbre.

—Como quiera, doctor —contesta él, que sale del quirófano y cierra a su espalda sin hacer caso a la mirada de ayuda que le lanza la mujer.

Las ventanillas de la puerta siguen tapadas y no ve lo que ocurre dentro, pero aguarda unos

segundos tras ella. Pega la oreja y oye algunos utensilios metálicos, aunque es incapaz de oír ni al médico ni a la enfermera. Unos segundos después, todo queda en un silencio incómodo, como suspendido en el aire, hasta que los gritos lo rompen. Primero gritos de mujer. Luego llanto de bebé. De bebés.

Duda si entrar, si podrá hacerse el olvidadizo o buscar cualquier pretexto para abrir y preguntar algo. Sólo por ver qué ocurre con sus propios ojos, sin necesidad de que nadie se lo cuente.

Para comprobar si todo es verdad.

Si el horror existe.

Si hay infierno en la vida.

Pero no tiene valor. Siempre le ha faltado esa cualidad y no va a sacarla a relucir en el primer trabajo que consigue en su vida. Al igual que hacía en casa de sus padres cuando los oía discutir tras la puerta y sentía después el leve llanto de su madre, el celador se marcha en silencio, sin hacer ruido, sin que nadie sepa que está ahí oyéndolo todo. Maquinando soluciones para cuando sea capaz de actuar sin tener que enfrentarse a nada. A nadie. Pues prefiere la venganza a la justicia, aunque sean gemelas.

22

EL ACCIDENTE

Miguel Castillo, a veces, sabe improvisar. Cuando sale de la cafetería una hora y media antes de que el doctor Becker vuelva para recogerlo, no sabe a dónde ir. Sólo tiene claro que quiere huir de su hijo, escapar de él, así que se esconde tras una esquina cercana y se fija en la puerta del local. Unos minutos después, Pedro sale cabizbajo, con el niño agarrado a su mano y la mujer tras él. Castillo los observa al alejarse. Se parecen a una familia feliz, aunque para él eso no sea una familia.

Ella se muestra cariñosa. Es la única de los tres que se gira de vez en cuando, buscando algo con una mirada que no se detiene en ningún punto concreto de la calle. Una mirada que, no lo duda, lo busca a él.

La siguiente hora la dedica a volver a pedir unos churros en la misma cafetería a la que está seguro no volverán, a leer la prensa y a mirar por la ventana a la gente que pasa por la calle despreocupada, o quizás con otros problemas menos graves que los suyos. Las manecillas del reloj avanzan despacio, por lo que procura no consultarlo en demasía. Sabe que cuando uno está muy pendiente del tiempo, este se gusta y decide recrearse en sí mismo, que el tiempo es narcisista y sólo huye con rapidez de los lugares en los que no le prestan atención.

Aunque sale a la calle quince minutos antes de la hora acordada con el doctor, el coche del alemán sólo aparece cuando es la hora exacta.

—Suba, secretario, ¿qué mira?

—No se podrá quejar, doctor —dice Castillo tras subirse al coche y sonreír—, he sido más que puntual.

—En realidad no lo ha sido, secretario.

Castillo mira el reloj y se lo muestra, aún sonriente.

—Pero mire, si sigue siendo la hora acordada.

—Pero es que usted no ha venido a la hora acordada, sino quince minutos antes. Lo he visto esperarme en la puerta de la cafetería todo ese tiempo.

—Cómo, ¿lleva usted viéndome un cuarto de hora y no se ha acercado hasta ahora?

—Por supuesto. Escuche, puntual no significa ni llegar diez minutos antes ni diez minutos después, sino a la hora exacta. Puntual. En punto. Punto.

Miguel Castillo mira al alemán buscando algún ápice de humor, una señal, aunque sea insignificante, de que le toma el pelo, pero no la encuentra. Ese hombre es tan cuadriculado como denotan sus palabras y su forma de hablar.

—Bueno —retoma la conversación el alemán cuando también retoma la velocidad en las curvas—, ¿ha hablado con su hijo?

—Sí, pero mejor no haber venido.

—¿Quiere contármelo?

Duda Castillo antes de contestar.

—No. De momento creo que no. Aún no he digerido la noticia y me duele la tripa.

—Como quiera.

Entre curva y curva, Castillo baja la ventanilla de su lado y suelta el aire que, a modo de recuerdo, le envían los churros, pero también oye algo. Un ruido repetitivo aunque no de la

misma intensidad ni cadencia. El sonido del aire entrando por la ventanilla le dificulta oírlo con más nitidez, así que la cierra y aguza sus sentidos. Si no se equivoca, procede del maletero. Mira al doctor Becker, pero este no sólo no le devuelve la mirada —lo cual agradece, pues no quiere que desvíe su atención de la carretera—, sino que tampoco se da por aludido. Cuando pasan unos minutos sin que los golpes se detengan, por fin le pregunta por ellos.

—Doctor, ¿no oye usted algo?

—¿Si oigo el qué?

—Como golpes. En el maletero.

—No oigo nada.

—No tendrá usted ahí un muerto —bromea Castillo.

—Los muertos no hacen ruido —responde Becker, serio, aunque aminora la velocidad.

Castillo no se da por satisfecho, pero tampoco pretende incomodar al alemán. Al fin y al cabo, le está haciendo un favor, unido a que siempre que ha sospechado de alguien, su instinto le ha fallado el noventa y nueve por ciento de las veces. La excepción a la regla se llama Pedro y se apellida igual que él.

Durante el trayecto de vuelta a Jártava no hablan mucho. Algunos comentarios sobre qué salida tomar ayudados por un mapa, y apreciaciones sobre el calor y la naturaleza que ven a un lado y a otro de la carretera. Los golpes en el maletero, aunque más esporádicos, siguen interesando a Castillo, que barrunta pedirle que pare en algún momento con la excusa de orinar y tratar así de oírlos sin el ruido del viaje.

No le hace falta —aunque orinar ya no sea una excusa— porque acaba descubriendo a qué se deben los ruidos del maletero, claro que no lo hace de la manera en que había ideado, sino porque el doctor da un frenazo a pocos kilómetros de llegar al pueblo.

—Mire —dice, y señala hacia adelante—, ahí, un accidente.

Castillo mira hacia donde señala el alemán, y efectivamente ve otro coche volcado del que sale una llama, aún débil. Ambos salen hasta allí a la carrera —según el nivel físico de cada uno — y descubren a un hombre mayor, lleno de sangre e inconsciente dentro del vehículo. El doctor mete el brazo con cuidado entre los cristales rotos de la ventanilla y le palpa el cuello.

—¿Está muerto? —pregunta Castillo.

—No, pero por poco.

—Doctor, el fuego se extiende —señala Castillo, que ve cómo las llamas se acercan al depósito de combustible.

—Vaya al coche y tráigame un maletín que tengo en el maletero, ahí llevo algunos utensilios.

—Pero hay que sacarlo de ahí.

—¡Haga lo que le digo!

Castillo se levanta con dificultad y corre hacia el coche del alemán, abre el maletero —aunque le cuesta encontrar el botón que lo acciona— y descubre tanto el origen de los golpes como el maletín. Junto a una bolsa de cuero negro con lo que parecen dos rayos bordados en blanco, hay una jaula con una enorme serpiente en su interior. El reptil, al ver luz y la figura de Castillo, se revuelve y provoca el mismo sonido que todas las veces anteriores dando un latigazo contra su prisión. El secretario, que al principio se queda quieto como si estuviera atrapado en una tela de araña, coge el maletín con precaución y cierra el maletero con la mayor fuerza posible.

Al llegar al vehículo en llamas, ve que el doctor ha sido capaz de abrir la puerta y sacar al hombre de su asiento para tumbarlo a un lado de la carretera, bajo la sombra de un árbol y

alejado del fuego.

—Ha perdido mucha sangre, secretario, y tiene alguna quemadura. Por su peso, diría que no va a aguantar más de treinta minutos. Voy a parar la hemorragia, pero tenemos que llevarlo al hospital. ¿Sabe conducir?

Castillo asiente. Sin convicción, pero asiente. No le gustan las serpientes, los cerdos con hambre ni conducir.

—Pues ayúdeme a montarlo en mi coche y llévenos a la ciudad.

23

LA ENFERMERA

Quince años antes de la serpiente y el accidente.
Algún lugar de España.

El celador —que ya no silba— llama a la puerta del despacho, pero no la abre. Jamás se le ocurriría hacerlo sin recibir el oportuno permiso desde dentro, algo que, de momento, no llega. Tras un minuto de espera, su cabeza empieza a sopesar diferentes escenarios. Opciones probables, plausibles o imposibles.

La primera es que el doctor se ha enterado, pero no le da permiso porque está haciendo algo importante, por lo que debería esperar a que este le hablara.

La segunda opción es que le ha dado permiso para entrar, pero no lo ha oído, por lo que estaría haciendo esperar a un hombre que pone extremo énfasis en la puntualidad.

La tercera opción, la que más le hace dudar, es que sus nudillos no han hecho el ruido suficiente como para que el médico se entere. Esta última situación le convence más que las otras, quizás porque también es la que más le hace sudar, temblar y preocuparse. Qué buen vidente el que sólo vaticina desgracias.

«Llamar o no llamar, esa es la cuestión». Lo piensa, pero no lo dice.

Decide no llamar, pero sí toser para hacerse notar. Lo hace con fuerza, y le parece que surte efecto ya que oye un «Adelante» desde el interior del despacho. El alivio que siente es momentáneo, ya que una vez dentro, el vaso de la preocupación vuelve a llenarse.

El doctor está sentado tras un gran escritorio repleto de papeles y libretas. El celador aprovecha que lo ve enfrascado en ellos para echar un vistazo desde su posición, y consigue adivinar algunos dibujos de lo que parece la anatomía humana, claro que los cuerpos y las proporciones parecen reducidas. De niños. Anatomía infantil.

Como no recibe la orden de sentarse en una de las sillas que hay frente al escritorio, se mantiene de pie, pendiente del doctor, aunque de vez en cuando echa ojeadas rápidas a su alrededor. El despacho no parece muy grande, pero ofrece lo suficiente para que el doctor permanezca allí metido día y noche, con las únicas excepciones de sus visitas al quirófano. Las paredes están cubiertas por estanterías con libros, todos escritos en alemán —o eso piensa el celador— y un par de cuadros pintados a mano de paisajes verdes y floridos. Cuando el doctor levanta la cabeza de sus escritos y la fija en él, siente un leve temblor. La sonrisa de este deja entrever las dos paletas, separadas entre sí, y el celador no puede evitar fijarse en ellas, algo de lo que se arrepiente cuando el doctor carraspea. Con la mirada puesta de nuevo en sus ojos, el celador hace un ademán para sentarse en una de las sillas, pero se detiene en cuanto el doctor hace una señal con las manos para que se detenga y se mantenga de pie.

—Lleva usted dos semanas aquí —empieza a hablar el doctor, con su marcado acento alemán y saboreando cada palabra— y aún no sé su nombre.

—Me llamo…

—No, no. No me lo diga. Quizás mi español aún no es tan bueno como para que se entienda mi entonación, pero no le estoy preguntando.

—Claro, disculpe, señor.

—No hay problema, no tiene por qué disculparse, aunque se lo agradezco. Los buenos modales deberían ser universales. Le decía, antes de que me interrumpiera, que no sé su nombre, pero sí sé que hace un trabajo impecable aquí. Traslada a nuestros pacientes con profesionalidad, cuida de sus necesidades por las noches y realiza labores de limpieza en todo el edificio. Estoy realmente satisfecho con usted. Sobre todo, si lo comparo con los que han ocupado su puesto antes. No obstante, hay algo que necesito preguntarle.

Tras el silencio del doctor, el celador se atreve a hablar. Parece que su jefe es uno de esos hombres que entienden las conversaciones como una partida de ajedrez en la que cada turno no debe durar en exceso, pero que debe haberlos.

—Claro, dígame. ¿Qué necesita?

—¿Qué relación tiene con la enfermera?

La pregunta descoloca al celador, que siente, a su pesar, cómo la cara se le sonroja y un picor de cuello que sofoca de un fugaz rascado de uñas.

—Me cae bien, pero no hablo mucho con ella, señor.

—Miente. He notado algunas miradas cómplices. Aunque piense que no lo veo, yo lo observo todo, celador. Y en el trabajo, para que funcione, no debe haber más relación que la puramente profesional. Quizás aún es joven para entenderlo, pero cuando uno muestra algún tipo de sentimiento, ya sea de amistad, odio o incluso amor, por alguien relacionado con el trabajo, este se ve afectado. El trabajo dignifica al hombre pero los sentimientos distraen.

—No sé qué decirle, señor.

—Hoy, nada. Hoy sólo debe escucharme y hacer lo que le voy a explicar. No quiero dudas en su ejecución, y aunque lo que le voy a pedir le parezca extraño, debe asumirlo con naturalidad. Desde luego, lo primero que debe hacer es controlar el picor en su cuello y la sangre que sube hasta su cara en momentos de tensión.

—Sí, señor. Gracias por la oportunidad.

—Bien, siéntese y mire estos planos detenidamente. Memorícelos. Como ve, hay más zonas que el quirófano, el pasillo de los pacientes y este despacho en el edificio.

El celador sale del despacho unos veinte minutos después. El cuerpo aún le tiembla, por lo que afronta los pasillos de vuelta a su habitación con prisa. Camina rápido, sin echar la vista atrás. Cuando llega al corredor, llama a una de las puertas del principio con tres toques de los nudillos. Primero uno, y tras una pausa, otros dos toques seguidos. Es la señal acordada para que le abran con rapidez, sin importar cómo esté el interior. La señal para que quien abre desde dentro no tenga que ocultar nada.

—Tenemos que irnos ya —le dice el celador a la enfermera, que le tira del brazo con rapidez para que entre y cierre la puerta.

La habitación, de las mismas dimensiones que la suya o que la del resto de los pacientes que viven allí, apenas dispone de una cama, un ropero y un pequeño baño.

—Eso ya no será necesario —dice el celador mientras señala la almohada y el papel que hay sobre ella, con pasillos y habitaciones dibujados a lápiz.

—¿Por qué?

—Porque lo tengo todo aquí —responde señalándose la cabeza—, pero tenemos que irnos ya.

—¿A qué te refieres con ya? ¿Esta noche, mañana, esta semana?

—Me refiero a ahora. A que cojas lo que necesites.

—Pero…

—Confía en mí, por favor.

—Sabes que lo hago, pero…

Ella se acerca a él, le coge la mano y lo mira a los ojos. Él siente un picor en el cuello y nota cómo la cara se le sonroja, aunque esta vez reprime las ganas de rascarse.

No deja que ella termine la frase, no quiere que lo haga porque nunca le ha interesado saber qué es lo que viene después de un pero. Y la besa. Lo hace de forma breve. Había estado evitando ese momento desde que empezó a trabajar allí, desde que la conoció, pues no quería que el primer contacto de sus labios se produjera en un sitio como ese, sino fuera, pero la vida nunca sale como uno la planea. Ella le devuelve el beso, y es esa la señal que esperaba para confirmar que lo que va a hacer, todo lo que va a arriesgar, merece la pena. Que algunas veces, la vida depende de una decisión que sólo se toma por el beso de una mujer.

—No podemos dejar a nadie atrás —le dice ella volviendo a dejar la misma distancia física entre los dos, en un mensaje inconsciente de que, si no está de acuerdo, esa separación física también será moral.

Él lo nota. Su interpretación de ese espacio físico es totalmente consciente. Quiere volver a tenerla en sus brazos, un deseo que no ha hecho más que aumentar desde que la ha besado. No pierde más tiempo en pesar en su balanza si quiere hacerle caso y morir o escapar sin ella y malvivir. Tan sólo habla mirándole a los ojos.

—Escapemos, pero hagámoslo bien, no dejemos nada a la improvisación. Nuestras vidas dependen de ello.

24

LAS CARTAS DE CASTILLO (IV)

Lola:

En cuanto el juez vuelva de sus vacaciones, me voy. A la primera plaza que me den. Lo tengo decidido. ¿Te dije que había perdonado a tu hijo Pedro? Pues no. O sí, pero porque ya no le quiero.

Supongo que me habrás ocultado la gran noticia por la que me hizo ir a verle hasta Córdoba. Supongo que te lo habrá dicho a ti antes, y que tú has callado para que me dieran fiebres al oírlo en boca suya; bueno, más bien, a ser espectador de lujo de su gran puesta en escena.

Él no ha querido decirme si le has dado tu bendición, pero la mía desde luego que no la va a conseguir. Claro que no le importa. Dice que se va a casar con esa de cualquier modo y forma. Pues muy bien. Que se entere de lo que supone pagar una casa, alimento y llevar otros temas adelante. Una familia como Dios manda no se sustenta con deudas. Eso sí, cuando ella vea que su propio hijo no está en buenas manos con el nuestro, o cuando descubra que de palabras no se vive, se irá de su lado. Y él, así de claro te lo digo, Lola, no va a pisar el mismo suelo que yo jamás. Si le abandonan, se lo ha merecido. Yo ya no soy su padre, por lo que puede hacer y deshacer como le venga en gana, siempre que asuma las consecuencias.

Por otro lado te diré algo no menos grave ni importante, y es que me siento solo y abandonado. Mientras tú y los niños disfrutáis del dinero que tanto esfuerzo me cuesta ganar en el trabajo, yo sigo aquí solo y roto por dentro. Ni siquiera os acordáis de mí, tan bien como os lo pasáis en la playa, bañito y comida diaria con fresco y alegría. Me habéis dejado sin mirar atrás, sin una muestra de cariño, ni mucho menos de respeto por un padre que siempre ha buscado lo mejor tanto para ti como para todos, pero ninguno veis el sacrificio que tengo que hacer con esta vida que llevo.

Por eso, como te he dicho al comienzo de esta carta, en cuanto pase el verano, me marcho. Además, lo haré yo solo. Gasta el dinero que queda en lo que creas conveniente, pero cuando se acabe, a ver qué haces, porque conmigo no vas a contar más. Este marido amante, detallista y muy tonto se va.

Quiero que sepas que estoy llorando mientras escribo estas palabras, por lo que entenderás que no voy de broma en todo lo que digo.

Termino ya para que coja correo. Y dudo que vaya a escribirte más.

Si quieres recuperar a tu esposo, y tus hijos a su padre, ya saben dónde me encuentran.

Os quería, don Miguel Castillo, secretario del juzgado de Jártava, Sevilla.

25

EL FORASTERO

Miguel Castillo hace una pausa en su relato para beber. Apenas ha parado de hablar desde que Vicente Costa y Facundo llegaron a la taberna y le preguntaron, más por cortesía que por interés, acerca de la visita a su hijo en Córdoba. Lo que pretendían que fuera no más que una o dos frases de resumen, se convierte en un monólogo de un hombre ansioso por desahogarse. Ese mínimo momento que aprovecha para beber, se convierte en la oportunidad que esperaban los otros dos para sacar el tema que realmente les interesa. Así, las primeras palabras del padre Facundo consiguen dar por finalizada la historia del hijo de Castillo.

—Secretario, en su ausencia han ocurrido ciertas cosas, pero la principal es que hemos encontrado, gracias a Dios y a la Virgen, y esto no lo digo como frase hecha, el cuerpo de Pilar Antequera. Ya ha sido enterrada. Con misa y todo, además.

—Ante la ausencia del doctor Becker —toma ahora la palabra el guardia civil— acudí a un viejo conocido, médico también, aunque retirado, que vive a un par de pueblos de aquí. Lo traje para que examinara el cuerpo de la joven antes de enterrarlo, y aunque la descomposición ya había comenzado, no vio señales de asesinato.

Castillo termina de masticar un trozo de chorizo al infierno y, sólo después, analiza lo que le han dicho sus dos amigos.

—Me dicen que el doctor no sabe hacer su trabajo.

—Más bien que nos mintió. Dijo que había sido un asesinato cuando en realidad sí que fue un suicidio.

—Pero yo la he enterrado como asesinada, secretario —interviene el padre Facundo, a modo de justificación—. Era la versión oficial, ¿sabe? La misa ya no se la quita nadie de encima.

—El doctor Becker me parece un hombre racional, decente y honrado —retoma Castillo tras beber un trago de cerveza, aún con la boca llena—. No les permito que duden así de su persona sin más pruebas que las de un médico que ya no ejerce.

—Secretario…

—No —dice alterado, con las palabras saliendo en tromba—. A la vuelta de Córdoba vimos un accidente, y gracias al doctor Becker un hombre sigue vivo en lugar de haberse desangrado en solo como un perro. Si quieren sospechar de él, busquen algo de mayor envergadura, porque he sido testigo de cómo se jugaba su integridad por salvar a un desconocido.

Los tres guardan silencio, aunque no uno del todo incómodo. Se callan porque en todos los pueblos, especialmente en aquellos donde todos conocen a la madre de cada cual, se guarda silencio cuando aparece un forastero no anunciado. Y es exactamente eso lo que ocurre en la taberna Aparece un hombre al que no han visto jamás, y calla la mesa de los tres amigos, la mesa en la que los niños juegan con soldaditos y la mesa en la que el dueño duerme tras otra mala noche en casa.

La visita, desde luego, no pasa desapercibida. Casi dos metros de alto, manos enormes, una cicatriz en la mejilla izquierda, camisa blanca, traje gris, gemelos resplandecientes y un cigarrillo humeante pendiente del labio inferior cual equilibrista en la cuerda. Una de esas enormes manos se acerca hasta el cigarrillo equilibrista, lo coge y deja ver una amplia sonrisa que el forastero dirige hacia los tres hombres, que son los que están más cerca de la puerta.

—Buenas tardes, señores. —Aunque es extranjero, su español es casi indistinguible del de un madrileño—. Necesito ver al médico del pueblo. ¿Saben dónde vive?

Antes de que ninguno pueda reaccionar, el hijo de Vicente Costa deja los soldaditos con los que juega con otros niños y se acerca hasta él.

—Yo puedo avisarle para que venga, señor.

El hombre saca una moneda del bolsillo del pantalón y se la tira al niño, que la coge al vuelo y le guiña el ojo.

—Muchacho —le dice antes de que este salga de la taberna— pídele que no haga esperar a su amigo Otto Skorzeny.

Luego se dirige hacia la mesa de los tres hombres, con la misma sonrisa y el cigarrillo aún humeante en su enorme mano, y señala una silla vacía junto a ellos.

—¿Les importa si me uno mientras espero, caballeros?

—En absoluto —contesta Castillo—, precisamente les decía a mis compañeros que los amigos del doctor Becker son mis amigos.

—Así que el doctor Becker… Ingenioso —dice Skorzeny, que se sienta en la silla vacía y mira en dirección al dueño de la taberna para que le ponga algo de beber.

—Sin duda —dice cuando da el primer trago—, beber y fumar rodeado de amigos es lo que más me gusta de España. Aunque el doctor siempre me dice que el tabaco me está matando lentamente, yo le respondo que no tengo prisa en morir.

Los tres españoles ríen, alguno con más prudencia que otros, y la charla continúa entre presentaciones y brindis, sin dar tiempo a entablar ninguna conversación más profunda por la rápida aparición del doctor Becker en la taberna junto al pequeño de la familia Costa.

El médico llega nervioso, sudado y enfadado. Camina con decisión hacia Otto Skorzeny e intercambian unas palabras en alemán que nadie más entiende, pero que no parecen agradables por la forma en la que hablan.

Sí son capaces de interpretar que Becker quiere sacar de ahí a Skorzeny —por eso lo agarra del brazo—, que a Skorzeny le divierte la situación —por eso ríe a carcajadas— y que ambos se tratan con la suficiente confianza como para que aquello no parezca más que una discusión entre viejos amigos.

Finalmente, Becker logra que Skorzeny se levante después de apurar su bebida y ambos salen de la taberna tras despedirse de todos de forma rápida y cortés.

—Angelito, síguelos sin que te vean, cual detective —le pide el guardia civil a su hijo cuando ve a los dos extranjeros desaparecer por la puerta.

—Ya tengo unos honorarios, padre.

—Te sirve lo que te ha pagado el forastero. Venga, corre.

Los tres amigos se quedan en silencio. Podrían hablar de todo un poco o un poco de todo, pero no hablan de nada. Ni del forastero que acaba de llegar, ni de la actitud del doctor ni de la forma de defenderlo de Castillo. Simplemente esperan, callados y con las miradas fijas en sus vasos, a que llegue el hijo de Vicente, cual Filípides desde Maratón, con las noticias de lo ocurrido.

El niño toma aire, se regodea unos segundos en el placer que le provoca que tres adultos, entre ellos su padre, estén pendientes de sus palabras, y explica lo que ha visto.

—Han discutido. Hablaban en alemán, así que no he entendido nada, pero parecían muy enfadados el uno con el otro. Han ido andando hasta la casa del doctor, y un coche negro, un Mercedes, los ha ido siguiendo hasta allí, aunque no he podido ver al conductor. Luego han entrado en la casa, pero he tenido que rodearla para que el del coche no me viera. Cuando he

podido ver el interior, el tipo alto ha cogido por el cuello al doctor y le ha dicho algo al oído.

—¿El doctor está bien? —pregunta Castillo, alarmado.

—Sí, porque luego lo ha soltado, se ha alisado el traje y se ha marchado sonriendo. El tipo alto, digo. Se ha ido en el Mercedes.

—Muy bien, Angelito, vas a ser un gran detective. Cuando se despierte —dice Vicente señalando al tabernero, que vuelve a dormir sobre una mesa—, dile que te ponga el batido que te gusta.

Castillo se levanta y mira a Vicente y Facundo.

—Voy a ver al doctor para interesarme por él y por esta visita tan extraña. Si quieren acompañarme, son libres, pero espero que lo que acaban de ver y oír les abra los ojos respecto a él.

Los aludidos se levantan y caminan tras Castillo en silencio. El calor ha dado un pequeño respiro durante la tarde, por lo que el camino no resulta tan desagradable como otras veces. Al llegar a la casa del doctor, el secretario llama a la puerta y el alemán les abre con cara seria.

—¿Qué quieren? —responde, seco.

—Nos dejó preocupados en la taberna, el señor que vino no parecía muy amable con usted —le dice Castillo.

—Estoy bien, gracias por la visita —despacha el alemán, que trata de cerrar la puerta.

—Por lo que veo se marcha, doctor. ¿O es que está ordenando la casa? —le pregunta Vicente Costa al ver que sostiene en la mano varias camisas perfectamente planchadas. El tono que emplea no es agradable, ni para un español ni para un alemán.

El doctor abre la puerta por completo, aparta a Castillo de forma brusca y se sitúa frente al capitán de la Guardia Civil. Con sus narices prácticamente al borde del contacto, le habla en un susurro.

—Oiga, lo que haga o deje de hacer no le incumbe, capitán, lo que sí le debería preocupar es lo que le haré a su hijo la próxima vez que lo vea espiándome en mi propia casa.

—A mí no me amenace, doctor, habla con la autoridad en este pueblo.

—Si ni siquiera es capaz de controlar a su hijo, no creo que pueda hacerlo con este pueblo.

26

LA TRAICIÓN

Quince años antes de la visita de Skorzeny a Becker.
Algún lugar de España.

El celador repasa el plan con la enfermera. Sentados en la cama, él recorre con el dedo el papel en el que ha dibujado el plano completo del lugar. Señala los distintos pasillos, se detiene en las habitaciones y lo desliza hacia la única salida al exterior.

—Primero vamos a por ella —dice el celador, señalando la habitación que más ha visitado durante los últimos días—, si colabora, todo será más fácil.

—No creo que nos ayude mucho, pero si debemos perder tiempo convenciéndola, mejor que sea al principio, cuando aún no sea tarde para echarnos atrás.

—Oye —le dice él, y pone la mano sobre el papel—, no hay opción a dar marcha atrás. O salimos de aquí hoy, o no salimos. Quiero que lo entiendas.

—Si no me lo explicas, difícilmente lo voy a entender.

—Has dicho que confiabas en mí. Tan sólo sigue haciéndolo una hora más.

Ella lo mira, aprieta los labios de forma breve y asiente. Él retira la mano del papel y vuelve a hablar.

—Después vamos a por las bebés. ¿Sabes dónde están?

—En una sala a la que sólo se accede desde el quirófano.

—¿Están solas? —pregunta él.

—Solas —confirma ella.

—Vale. Después, vamos a por el judío y el rubio. ¿Dónde están?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Yo no los he llevado a ningún lado —dice el celador.

—Ni yo tampoco. El doctor no siempre me dice lo que hace ni lo que va a hacer. A veces sólo me pide que me vaya y que vuelva unas horas después a limpiar el quirófano.

Ambos estudian el papel y fijan sus dedos índices en un corredor, perpendicular al de sus habitaciones, al que se llega pasando por delante del despacho del doctor. A través de una puerta de la que no tienen llave.

—¿Te has podido equivocar al recordar el plano? —le pregunta ella, señalando ese pasillo—. ¿Es posible que haya algún otro acceso?

—No. Estoy seguro de que estaba así en el plano que me ha… en el plano que he podido ver. No he tenido mucho tiempo antes de que llegara el doctor, pero estoy bastante seguro de que es tal y como lo he dibujado aquí.

—Pues sólo se me ocurre una forma de llegar hasta allí sin pasar por el despacho —dice ella, señalando el conducto de ventilación por el que llega el aire a aquel sitio carente de ventanas.

—No —dice él.

—¿Por qué no?

—Porque no podemos ir por ellos.

—Yo quepo perfectamente, puedo ir hasta allí y ver si hay alguna otra salida que no sea desde

el despacho. No puede pasar todo por allí, joder.

—He dicho que no —eleva el tono él, que se levanta de la cama y se frota las sienes.

Ella también se levanta, rodea la cama y se sitúa a su espalda.

—Eh —le dice mientras le coge las manos y las pone de manera que la agarre por la cintura —, estamos juntos en esto. Y vamos a salir. Todos. Y ojalá el doctor arda en el infierno, es lo que se merece.

—¿Y nosotros no? Todo este tiempo… —dice él.

—Nosotros también arderemos, pero juntos, y él lo hará solo.

—Si vas a ir por el conducto de ventilación, que sea desde el quirófano. Está más cerca y es menos peligroso que ir desde una de las habitaciones.

Tras otro beso igual de fugaz que el anterior, el celador desmonta una de las patas de hierro de la cama y la sostiene a modo de porra.

—Por si acaso —le dice a la enfermera, que asiente para darle su aprobación.

Ambos salen de la habitación tranquilos, sabedores de que el doctor jamás entra en esa zona. Caminan hacia el fondo del corredor. Allí, llaman a la última puerta y entran sin esperar confirmación desde dentro. Lo que ven ante sí es lo que esperaban. Lo mismo que han estado viendo en los últimos días. En una habitación en la que ya no hay ningún rastro infantil, la madre de las dos bebés se encuentra sentada en el suelo, en una esquina, con la cabeza hundida entre las piernas y completamente desnuda. A su lado, sin embargo, hay algo que no estaba antes.

Se acercan hasta allí y ven dos sábanas enrolladas por separado. Cada una está envuelta en una de las mangas del camisón, a modo de vestido. Cuando la mujer nota la presencia de ambos, coge las dos sábanas enrolladas como si fueran bebés, y las apoya sobre sus hombros.

—No —dice en un tono que pareciera de ensoñación—, no os las llevaréis. Son mis hijas. Son mías. Yo las cuido. Sólo me tienen a mí.

—Tranquila —le dice la enfermera, que consigue lo contrario. Quizás porque nunca en la historia nadie a quien se le pide que se tranquilice lo ha hecho.

—No, no, no, no —repite la mujer, que se levanta sin ningún pudor por dejar a la vista su cuerpo desnudo, y se pega contra la pared para alejarse lo máximo posible de la enfermera.

El celador, incómodo por la situación y las vistas, retrocede. También esconde tras él la barra de metal cuando la mujer lo mira con ojos desencajados.

—Vamos a por ellas, vamos a rescatarlas, pero nos tienes que ayudar —vuelve a intentarlo la enfermera.

—No, no quiero ir. Ahora están conmigo. Me necesitan.

—Son trapos, no son ellas. Ellas te necesitan, pero no son lo que tienes en las manos. Ven con nosotros, déjanos ayudarte.

La mujer se calma, o al menos lo parece. Mira una de las sábanas y la deja caer al suelo. Levanta la vista hacia la enfermera y el celador, y la devuelve hacia la otra sábana. La saca de lo que era la manga de su camisón y la desenrolla. La enfermera se acerca hasta ella, despacio, procurando no hacer ningún gesto brusco que la ponga en alerta, y le coloca la sábana por encima. Ella se aferra a la sábana y agarra por el brazo a la enfermera. Lo hace con fuerza, pero no llega a hacerle daño.

—¿Siguen aquí? —pregunta.

—Vamos a comprobarlo —contesta la enfermera—, si siguen aquí, te vas a ir con ellas a casa. Te lo prometo.

Los tres salen al pasillo. Primero el celador, armado con la barra de hierro, seguido de la

enfermera, que coge de la mano a la madre de las bebés. Cuando llegan al quirófano, lo abren sin dificultad. Allí dentro no hay cerrojos ni llaves, y no porque el doctor no quiera ocultar nada a los demás, sino porque sabe que todos son conscientes de las consecuencias de estar fuera de sitio.

El quirófano resulta casi tan tétrico sin el doctor como con él en su interior, aunque dos de las tres personas que están allí piensan diferente. Es el celador el único que avanza hacia la puerta que lo separa de la sala en la que deberían estar las pequeñas. Abre despacio y avanza, sintiendo el frío que hace allí, hacia una cuna de grandes dimensiones. En ella, las dos bebés se mantienen juntas, buscando de forma instintiva el calor de la otra, aunque el celador no tarda en descubrir que una de ellas ya no lo genera. Coge con cuidado a la que ve moverse, desnutrida y sin apenas fuerzas para llorar, con la espalda llena de heridas y sangre reseca, y se la tiende a su madre, que sí que llora y la tapa con la sábana.

—¿Y la otra? —pregunta.

El celador coge a la segunda bebé y niega con la cabeza. Al igual que la viva, esta también tiene pequeñas heridas en la espalda. Separa la mirada del bebé muerto y la fija en la enfermera, que pasa a tomar las riendas de la situación.

—No vamos a dejar a nadie atrás —le dice al celador, para luego girarse hacia la madre que llora con su hija en brazos—, ofrécele el pecho; si conserva fuerzas para succionar quizás aún puedas alimentarla.

La madre obedece entre llantos que comparten miedo, ira y cierto alivio. Mientras ella trata con delicadeza que la hija que aún respira saque fuerzas para sobrevivir, el celador ayuda a la enfermera a subir al conducto de ventilación.

—Sobre todo, no te desvíes de rumbo —le pide él, le ordena más bien—, si no hay salida en ese sentido, vuelve aquí, pero no vayas para el otro lado.

—Tranquilo. Llevo aquí más tiempo que tú, sé orientarme.

Cuando las piernas de la enfermera desaparecen por el conducto de ventilación, el celador se asegura de que la madre esté sentada en una silla con el bebé encima antes de apagar la luz del quirófano.

—Estaremos mejor a oscuras hasta que vuelva —dice en un susurro que la madre no responde. Y no lo hace porque oyen un ruido de pasos al otro lado de la puerta.

Y oyen que los pasos se detienen.

Y que el pomo gira.

Que la puerta se abre.

Y que la persona que entra enciende la luz.

—Magnífico, celador, ha seguido el plan a rajatabla —le dice el doctor, que se acerca hasta el conducto de ventilación, gira una palanca y provoca que una compuerta se cierre en su interior —. Cuando vea que no hay salida al otro lado, empezará a pedir ayuda. Ya sólo queda esperar.

El celador sonríe, y no duda en responder para que el médico pueda recuperar su turno de palabra.

—¿Qué más necesita, doctor?

—Que esa niña deje el pecho de su madre, por supuesto.

El celador se acerca hasta ella, que lo mira con ojos desesperados pero sin atreverse a decir nada, y este le guiña el ojo. Un ruido que procede del conducto de ventilación alerta a todos.

—Oiga, celador —dice el doctor, señalando la parte del conducto por el que oye algunos golpes—, ¿por qué lado le dijo que fuera? Fui muy claro con la orden. Debía ir hacia la izquierda.

El celador sonríe, se gira y lanza una camilla sobre el médico. La silla que le tira a continuación provoca que este caiga al suelo, y el celador aprovecha para salir al pasillo junto a la mujer y el bebé.

La carrera no ofrece un porcentaje muy alto de opciones para salir bien, ya que la única salida que el celador conoce está en dirección opuesta a donde van. No obstante, tampoco le da tiempo a comprobar si podría haber llegado a ella, pues oye la voz del doctor a su espalda.

—Alto. O se queda sin cabeza, celador.

Este, por mantener la cabeza consigo, la gira para ver cómo el médico le apunta con una pistola. Le ve una expresión tranquila, como la que suelen tener los que son capaces de disparar a sangre fría a un hombre desarmado que intenta escapar.

—Celador, tiene usted mi perdón. Váyase, si quiere, no le pondré pegas. Pero el bebé y su madre se quedan aquí. Aún hay mucho trabajo por hacer con ellas. Por otro lado, también le perdonaré que no le haya indicado a la enfermera el camino correcto por el conducto de ventilación. Una debilidad la sufre cualquiera, aunque ya le avisé de los peligros de mezclar trabajo y sentimiento.

Y allí, en ese pasillo de un lugar olvidado por el resto del mundo, ocurren varias cosas más o menos a la vez.

La primera es que el celador quiere ganar tiempo porque ve cómo la enfermera se acerca, descalza y poco a poco, por la espalda del médico.

La segunda es que el doctor es de esas personas que consideran que el tiempo es la posesión más valiosa, porque también es de los que creen que todo lo medible se puede poseer.

Lo tercero que ocurre es que suena un disparo, y un eco seco se reparte por todo el pasillo. Y una mujer se desploma en el suelo con su bebé encima, amortiguando la caída con su cuerpo como último acto de amor maternal.

El celador, inmóvil, no sabe qué hacer. Nadie nace preparado para una situación así, y duda que se pueda entrenar.

—En realidad sólo quiero a la bebé —dice el doctor, que muestra el espacio entre sus dos paletas cuando sonríe al celador—. Si es usted tan amable de recogerlo y dármelo, podrá irse después y olvidar todo lo que ha pasado aquí.

—¿Qué va a hacer con ella? —pregunta el celador, que ve cómo la enfermera sigue avanzando, paso a paso, hacia la espalda del médico.

—Pues ya que ha dejado usted que su madre la alimente, tendré que buscar otro fin científico, otro experimento.

—¿Las dejaba morir de hambre, animal?

El médico ríe y baja un poco el arma, aunque sigue apuntando hacia él cuando contesta.

—Ya que saca el tema, le diré que somos el animal más vulnerable de todas las especies. ¿Se ha parado a pensarlo alguna vez? Nacemos indefensos, endebles y supeditados a la protección de nuestros padres. Nos tienen que dar calor, alimentar, transportar… Cualquier otro mamífero, insecto o reptil nace con un mínimo de habilidades, con un instinto que lo prepara para un mundo lleno de depredadores; pero el ser humano, no. Simplemente mido la incapacidad humana de valerse por uno mismo.

—Es una lástima que no lo midieran sus padres, doctor.

El doctor ríe a carcajadas, pero pronto su sonrisa se convierte en una cara sin expresión cuando recibe un golpe en la cabeza —en la nuca, para ser exactos— de una enfermera que llevaba mucho tiempo deseando hacerlo. La pistola sale despedida por el suelo, y el celador, que improvisa por su falta de entrenamiento en estas situaciones, la coge y apunta con ella hacia la

cabeza del doctor.

La enfermera no pierde el tiempo, quizás porque ha pasado más noches ideando y preparándose para diferentes situaciones allí dentro, y arrebata a la bebé de los brazos de su madre —muerta— para salir corriendo.

—Mátalo —le dice, o le pide, o le ordena al celador, que se mantiene inmóvil.

Este aprieta el gatillo, pero la pistola no dispara. Vuelve a hacerlo, pero el arma sólo hace un ruido que ni mucho menos es un disparo. Decide tirársela a la cabeza y correr junto a la enfermera hacia el otro extremo del pasillo.

—¿Y los otros, los has encontrado? —pregunta tras abrir a patadas la puerta que conecta su ala con la de la salida.

—Sí. Ahora los verás.

Cuando llegan a la puerta principal, a la que los separa del mundo exterior, el celador se fija en una carretilla que hay junto a ella. Encima hay dos cuerpos sin vida y una pala. No puede impedir que de su boca salga algo parecido a un grito, una forma involuntaria de desahogarse.

La enfermera abre la puerta principal con la bebé en brazos, y no mira hacia atrás.

El celador sí que se gira y echa un último vistazo al lugar.

No lo va a echar de menos, no lo va a olvidar, pero él sí que va a volver.

27

NAZIS EN ESPAÑA

Mayo de 2024.
Mi confesión.

El detective me propuso vernos en un bar de Triana para enseñarme sus hallazgos. Ante mi negativa de volver a perder el tiempo viéndolo beber, y a la suya de ver los resultados en su oficina, me vi con él en un banco dentro del Parque de los Príncipes. El encuentro fue igual que en las películas de detectives (pero de las buenas, las antiguas, las que son en blanco y negro).

Llegué el primero. Siempre me gusta estar unos minutos antes de la hora acordada, pues considero una falta de respeto hacerle perder el tiempo a alguien, aunque también he de decir que tampoco me molesta si alguien me lo hace a mí y se disculpa nada más llegar. Es de lo poco que me inculcó mi abuelo, el respeto por la puntualidad

En aquella época no había móviles con los que hacer que el tiempo transcurriera más rápido, pero tampoco hacía falta estar constantemente ocupado en algo, bastaba con sentarse en un banco —lo cual hice—, estirar un brazo a lo largo del respaldo, cruzar una pierna encima de la otra y mirar sin observar nada en concreto. Unos minutos después de la hora acordada, empecé a fijarme en el reloj y en si cada persona que se aproximaba era el detective, que no llegó hasta casi media hora después, cuando yo ya estaba convencido de que debía irme.

Llegó, eso sí, sin que me diera cuenta. Vino por la espalda, se sentó a mi lado y me dio un sobre cerrado sin quitarse el sombrero, sin saludar y por supuesto sin pedir disculpas por el retraso. Me fijé en que vestía la misma gabardina y el mismo sombrero que la vez anterior, y me pregunté si ese atuendo de otra época también lo llevaría en los diez meses de calor agobiante que tenemos en Sevilla.

—Ahí lleva los resultados de la investigación —me dijo mirando al frente después de encenderse un cigarrillo y ofrecerme otro, que rechacé.

—¿Lo puedo ver aquí, delante de usted?

—Si ha traído el dinero, haga con eso lo que quiera, es suyo.

Saqué el dinero de la cartera, lo cogió sin contarlo e hizo el ademán de levantarse.

—¿Se va? —le pregunté. Era la primera vez que contrataba a un detective y no sabía qué era lo habitual, pero para mí era que me explicara qué había encontrado.

—¿Quiere un beso?

—Quiero que me explique qué ha encontrado.

—Yo sólo explico ciertas cosas en un bar.

—Insisto. Le he pagado bien.

—Bueno, en eso le doy la razón.

Abrí el sobre y apenas encontré dos folios mecanografiados. Cada uno con un nombre, unas breves líneas a modo de biografía y una foto enganchada con un clip, arrancada de alguna enciclopedia o similar.

—Otto Skorzeny —me dijo, señalando al primero—. Lo recuerdo de cuando yo era un chaval y vino al pueblo. Sólo fue un día, pero por algún motivo lo recuerdo bastante bien. Desapareció

del mapa en aquella época, se desconoce si volvió a su país o si adoptó una nueva identidad, pero esto último sería extraño porque vivió en España con su nombre real durante mucho tiempo. Fue bastante respetado por alguna que otra gesta cuando era nazi, como rescatar a Mussolini.

—En la foto parece bastante grande.

—Sí. Además tenía una cicatriz en la cara. Hoy tendría ochenta y dos años, apostaría a que está bastante muerto. Bebía y fumaba a un nivel al que ni siquiera yo puedo llegar.

—¿No se hizo por encontrarlo?

—Los judíos, quizás. Aquí en España, en aquella época, perder de vista a un nazi de alto rango lo mismo suponía un alivio.

Pasé a la segunda página del informe. En la foto aparecía un hombre sonriente, de aspecto normal si no fuera por una separación entre las paletas que llamaba la atención incluso en la foto en blanco y negro.

—Joseph Mengele, médico encargado de las mujeres y los niños en los campos de concentración nazis. Al parecer hacía experimentos de todo tipo con los críos aún vivos, claro que eso no se sabía cuando vino al pueblo para ejercer de médico. Se sabía poco o nada al respecto en aquella España.

—¿Lo conoció?

—No más que a Skorzeny. Llegó al pueblo para ser médico y no duró ni dos semanas allí. Su salida coincidió con la visita del otro, así que imagino que algo pasaría. Antiguos camaradas, ya sabe.

—En realidad, no, no sé nada.

—Este, desde luego, no parecía querer llamar la atención, pues usaba otra identidad. Gustav Becker.

—Como el poeta.

—Vaya, usted sería un gran detective.

—Sería difícil mejorar un informe como este, señor Costa.

—Me cae bien, pero necesito un trago. ¿Se viene o se queda a darles de comer a las palomas?

Aquella conversación me interesaba. Aquel doctor bajo seudónimo bien podría ser al que hacía referencia mi abuelo en sus cartas, así que accedí a acompañarlo al bar. Una hora y media después, yo estaba borracho y él tan fresco como en el parque, por lo que no recuerdo toda la conversación. Afortunadamente, el informe llegó a mi casa casi intacto, con apenas un par de manchas resecas de vino tinto peleón.

28

EL REGISTRO

El padre Facundo se sienta en un sillón de la sala principal del juzgado y levanta las manos ante las miradas de Miguel Castillo y Vicente Costa.

—Esto es demasiado para mí. Por Dios, necesito descansar un momento.

—A ver, no tienen por qué ayudarme —dice el guardia civil— pero el doctor oculta algo. O muchas cosas. Y quiero saber qué es y si está relacionado con lo ocurrido estos días.

—Si yo estoy con usted, capitán, pero necesito descansar la mente, el cuerpo y hasta el alma, si me apura —dice el cura, que se abanica con un folio que encuentra en la mesita de al lado.

—De mí no se va a librar, capitán —interviene Castillo—. Quiero estar presente cuando compruebe que el doctor es alguien honrado. ¿Qué se propone hacer?

—Sacarlo de su casa y ver qué podemos encontrar en ella.

—¿Eso es legal, capitán? —pregunta Facundo.

—No. No lo es, pero si nadie quiere prestarnos atención cuando pedimos ayuda por el suicidio de una niña, la desaparición de su madre y el más que posible asesinato de un hombre, tampoco creo que vengan a vigilar lo que hagamos en casa del doctor.

—¿Y cómo lo sacamos de allí?

—Elvira me dio la idea —reconoce el capitán—. Uno de nosotros lo llama por una urgencia y los otros dos esperamos a que salga de su casa para registrarla.

—Yo entro con usted —dice Miguel Castillo en un tono autoritario que nunca le han oído, ni siquiera haciendo sus labores dentro del juzgado.

—Bien, todo lo que no sea moverme de este sillón me parece un buen plan —dice el padre Facundo, tanto para bajar la tensión como porque lo piensa.

—En marcha, pues —ordena Vicente Costa al secretario, que asiente y lo sigue hacia el exterior.

Unos minutos después, los dos aguardan ocultos tras una casa a que el doctor salga de la suya. El secretario consulta su reloj con nerviosismo.

—Sólo quedan dos minutos para la hora acordada con el padre Facundo.

—Esperemos que no se haya quedado dormido.

A la hora exacta, ambos se acercan hasta la parte trasera de la casa del doctor y oyen el teléfono en el interior, pero lo que les extraña es que no dejan de escucharlo. El timbre sigue sonando, y cada tono les hace dudar de que el alemán se encuentre dentro. Unos timbrazos después, ambos deciden colarse por una de las ventanas y descolgar ellos mismos el teléfono.

—Padre, el doctor no está aquí. ¿Por qué no lo busca por el pueblo y nos llama de nuevo si lo encuentra? Vamos a registrar la casa.

Aunque Vicente Costa lo propone, Castillo se niega a esperar fuera para vigilar el posible regreso del alemán, así que inspeccionan la vivienda juntos. Uno buscando evidencias de culpabilidad, y otro lo contrario y comida. Las mismas maletas con las que apareció en el pueblo por primera vez están debajo de la cama, por lo que su ausencia parece puntual, y no hay nada que les resulte extraño más allá de que la casa esté ordenada de forma minuciosa. Cada objeto guarda una distancia casi perfecta con el inmediato y el anterior o forma un ángulo recto con

cualquier borde de estantería, mesa o cómoda.

—Organizado es, desde luego —dice Vicente Costa al ver una caja de madera con unas cincuenta cucharillas de té, cada una de un tamaño, pero ordenadas de mayor a menor.

—Organizado y honrado —responde Castillo—. Espero que el padre Facundo me dé confesión por este atropello a la intimidad del doctor.

—Confiésese, secretario, pero aumente el pecado y acompáñeme a echar un vistazo a la clínica.

Los dos hombres pasan por la puerta que separa hogar y trabajo del doctor y acceden al despacho. Allí impera el mismo orden casi enfermizo que en la casa, pero con una salvedad: la mesa. El escritorio está lleno de papeles desordenados y apelmazados.

El guardia civil no duda en buscar allí. Su instinto le dice que lo diferente suele ser la clave, y una mesa desordenada en una casa donde predomina lo contrario debe de ser, por fuerza, lo que busca. Sin embargo, no es él el que encuentra algo ni tampoco encima de la mesa, sino Castillo y debajo de ella. Caída en el suelo hay una nota escrita a mano con unas coordenadas y una amenaza.

—La esposa de Becker está en peligro —dice el secretario en voz alta, y le alarga el papel a su amigo—. Imagino que buscaba esto, capitán. Alguien está extorsionando al doctor, y pondría la mano en el fuego a que ha sido el forastero.

—No creo que alguien que viaja en un Mercedes con conductor venga hasta aquí para amenazarlo con una nota escrita a mano, secretario.

—En cualquier caso, el doctor y su esposa están en peligro.

—Eso parece, secretario, eso parece. Y vamos a averiguar por qué.

En la última habitación que queda por registrar, la sala de curas, encuentran algo más. Una nueva pieza que no saben encajar, aunque al secretario no le parezca tan extraño como al guardia civil.

—¿Está muerta? —pregunta este último al ver una serpiente sobre la camilla.

—Créame —responde Castillo—, si no lo estuviera, estaría dando golpes.

29

HAY ALGUIEN MÁS

Diez años antes del registro en el despacho de Becker.
Casa de Puri y Pilar Antequera en Jártava.

Pilar Antequera no suele tener problemas para dormir. Entre la escuela y los juegos, termina cada día tan agotada que ni siquiera es capaz de vencer al sueño para oír el cuento que le lee su madre. Pero todo tiene un final. O un principio.

La pequeña se despierta y abre los ojos. La oscuridad en su habitación es tal que ni aun esperando unos segundos puede reconocer algún mueble o pared. Sus ojos son incapaces de apreciar nada. Pero para su suerte o su desgracia, dispone de más sentidos que el de la vista.

Se lleva la sábana un poco más hacia la cara, tapando barbilla y parte de la boca. La falsa sensación de seguridad que le da estar cubierta se desvanece en cuanto oye un ruido. Cree que ha sido dentro de su habitación, no mucho más allá de los pies de la cama. Aunque dirige la vista hacia allí, no ve más que negro. Aguarda, protegida por la sábana, a que el ruido se repita para tratar de identificarlo. Y se repite. Aunque es breve, lo oye con nitidez. Diría que son pasos. Apenas un par de ellos. Pero pasos.

Quiere llamar a su madre, pero lo único que consigue llevar al cuello son sus manos —que no sueltan la sábana—. Se encoge de hombros para protegerse, para ocupar menos espacio. Quizás así moleste menos. Quizás así sea más difícil de encontrar.

Deja de oír los pasos, pero siente algo a sus pies. No en ellos, sino cerca. A un lado. La cama parece hundirse brevemente por allí, como si alguien —algo— se hubiera subido a ella procurando no aplastarla. Nota cómo el colchón se va hundiendo por diferentes partes. Primero a la altura de sus pies. Luego, de sus tobillos. Rodillas. Muslos. Cintura. Pero nunca siente que nada la roce. Sólo percibe el hundimiento junto a ella, acercándose poco a poco hasta su pecho. Su cuello. Su cabeza.

Le gustaría girarse hacia la derecha y extender la mano hacia allí. Detectar qué es aquello que se mueve encima de su cama.

También le gustaría girarse hacia la izquierda y encogerse. Darle la espalda a aquello que se mueve encima de su cama.

Pero no hace lo que le gustaría, sino lo que puede. Y lo que puede hacer es quedarse inmóvil, que también le parece lo más fácil.

Aunque suda, no huele a sudor. El olor que le llega es parecido al de su madre cuando llega de la carnicería.

El temblor que intenta controlar en su propio cuerpo se vuelve indomable cuando oye algo en el oído derecho. Un susurro. Una palabra. Acompañada de una ligera sensación de aire caliente sobre la oreja. La boca que la haya pronunciado casi la roza.

Quiere gritar y no puede. Pero todo tiene un final. O un principio. Y cuando siente que unas manos la rodean y le aprietan la cintura, grita. Grita como nunca. Con la sábana aún en las manos y por encima de la barbilla. No dice nada. No llama a su madre ni pide socorro, simplemente lanza un sonido que no puede controlar. Un grito de terror. De miedo. Desesperado.

—¿Qué te pasa, Pilar?

No sabe cuánto ha tardado su madre en llegar hasta su habitación, abrir la puerta y encender la luz. Tampoco es consciente de cuánto han durado sus gritos ni de cuándo ha dejado de sentir unas manos sobre su cintura, pero en el momento en el que sus ojos se acostumbran a la luz y distingue a su madre, llora aliviada. A salvo.

Mientras llora —y tiembla—, oye los pasos de su madre acercarse hasta su cama, siente cómo el colchón se hunde cuando se sube a él, sus manos y su pecho abrazándola, su voz repitiéndole la pregunta y su olor.

No mira a su alrededor para buscar qué oía, olía y sentía antes, no le hace falta. Sabe que no será capaz de ver, ni oír ni oler nada que no sea lo habitual en su habitación. La tercera vez que su madre le pregunta, consigue llevar a su garganta algunas palabras.

—Mamá, ¿hay alguien más viviendo con nosotros?

La pregunta descoloca a la carnicera del pueblo, pues la casa es pequeña y, claro está, viven solas.

—¿A qué te refieres, hija?

—A que si escondes a alguien aquí y no me lo has dicho porque es un secreto.

—Aquí sólo vivimos tú y yo, Pilar.

La niña se queda en silencio, mirando el techo con algo menos de temblor y más lágrimas fuera que las que le quedan dentro.

—¿Por qué preguntas eso, Pilar? ¿Qué te ha pasado?

—Porque a veces siento que hay alguien más. Es como si supiera que hay una persona mirándome en un sitio, pero cuando miro, no hay nadie. Y algunas noches…

—¿Qué ocurre?

—Algunas noches noto que alguien se mete en mi cama, como ahora.

—Será en sueños, ¿no, hija?

—No, mamá. Sé que no estoy soñando. Cuando sueño sí que veo a la gente, pero cuando estoy despierta tan solo la siento.

30
LA CLÍNICA

Miguel Castillo y Vicente Costa ríen tras la ocurrencia del padre Facundo. El viaje es largo, de varias horas en coche, y la tensión acumulada durante los últimos días hace que cualquier situación esté al borde de la risa descontrolada o la crispación más absoluta. Sienten, además, que están solos, alejados de aquello en lo que siempre han creído: el guardia civil, del cuerpo; el secretario, de la familia, y el cura, de un Dios bondadoso.

—Según este mapa, vamos hacia una carretera que no lleva a ningún lado, se corta en mitad de la nada —dice Castillo un tiempo después de las risas, cuando consulta el enorme plano que despliega encima del capó en una parada de descanso. Saca la nota con la amenaza que encontraron en la casa del doctor, y comprueba que la marca que han hecho sobre el mapa coincide con las coordenadas.

—Pues espero que haya algo, porque todo este viaje para nada… —dice el cura, que aprovecha la salida de Castillo para sentarse él en el asiento del copiloto.

—Será mejor que nos pongamos en marcha de nuevo, pronto va a oscurecer y estamos muy cerca.

Castillo ocupa ahora el asiento trasero y emprenden la marcha hacia el lugar que han señalado en el mapa. Allí, tal y como habían visto sobre el papel, hay una carretera que se corta en mitad de una explanada de hierba, pero un poco más allá sí que ven una alambrada. Iluminados por los faros del coche, avanzan a pie hasta ella y ven algunos carteles colgados. Están oxidados y rotos, pero aún se puede ver qué indican: «Peligro de alto voltaje. Prohibido el paso a toda persona ajena a la instalación».

La puerta de la alambrada está ligeramente abierta, y sobre la hierba descubren dos pasadas de neumáticos diferentes.

—¿Entramos andando? —pregunta Castillo al ver las marcas, aún recientes.

—Mejor en coche. Cuanta más protección tengamos ante lo desconocido, mejor —sentencia el capitán, que abre la cancela por completo y vuelve a su Land Rover verde.

Unos metros más allá de la alambrada se levanta un edificio de una sola planta, con paredes de hormigón y sin ventanas, al menos por el lado que ven. Delante, dos coches. El del doctor Becker, con una puerta abierta y las llaves aún en el contacto, y otro que identifican rápido a pesar de la oscuridad, pero que les extraña ver allí.

Vicente Costa saca una caja de la parte trasera del Land Rover y extrae dos linternas y una escopeta de ella.

—Asumo que sabe usarla, secretario, he visto su historial —le dice mientras sostiene el arma ante él.

—No uso una desde el treinta y siete, pero creo que esto nunca se olvida.

—Vaya, creía que eso sólo pasaba con las bicicletas —dice el padre Facundo, que coge la linterna que le tiende el guardia civil.

—Padre, usted…

—No se preocupe, capitán. Iré detrás de ambos para huir el primero, y alumbraré el camino lo mejor que pueda.

Vicente Costa sonríe y vuelve a dirigirse a Castillo, que inspecciona la escopeta.

—Úsela sólo en caso de necesidad extrema, lo que implica sólo su defensa, ni siquiera la mía.

—Descuide.

El guardia civil apoya la mano sobre la puerta del edificio y esta se abre sin oponer resistencia. El interior, iluminado por las linternas, se presenta ante ellos como un pasillo de un lugar evidentemente abandonado desde hace tiempo, años quizás, a tenor de la suciedad que se acumula en el suelo. No se entretienen demasiado en la situación del edificio porque desde el principio oyen golpes y gritos procedentes de algún lugar al fondo del pasillo. Avanzan a más velocidad, aunque siempre pendientes de alumbrar los tramos más alejados, y tras recorrer dos pasillos y pasar por una puerta rota, llegan hasta otra metalizada con dos ventanales a la altura de la cabeza. Vicente Costa es el primero en llegar hasta allí y mirar a través del cristal, con la linterna apuntando hacia abajo en una mano y la otra sobre la pistola. Tras una breve ojeada, se gira para alertar a Castillo.

—Secretario, entre detrás de mí pero mantenga la calma. No apunte a nadie si no se lo indico. Lo que va a ver le va a extrañar.

Este asiente y agarra la escopeta con más fuerza, un poco por temor, un poco por darse valor, y Vicente Costa da una patada a una de las puertas para abrirla y entrar en lo que parece un viejo quirófano abandonado, pero con más ajetreo que cuando estaba en activo.

—¡Capitán! —grita el doctor Becker, maniatado a una camilla en mitad de la sala, con el pelo y las cejas rapadas al cero y completamente desnudo salvo por unos calzones cortos.

Vicente Costa apunta con la pistola al hombre que sostiene un bisturí tras la camilla del doctor y mira a la mujer que, sentada en una silla y con una pierna vendada, sostiene una bandeja de metal.

—Puri, Enrique, ¿qué hacéis?, ¿qué es esto?

31

LA AMIGA DE PILAR

Ocho años antes del «Puri, Enrique, ¿qué hacéis?, ¿qué es esto?».
Escuela de Jártava.

Pilar Antequera juega con otra niña de su edad en un patio de la escuela. Cruzan palmas y ríen. Se compenetran bien, pues desde que se conocieron hay algo que las une más allá de las palabras. A veces, sienten que no les hace falta hablar para saber qué piensa la otra, o qué necesita, o qué teme. A pesar de todo, procuran que no las vean juntas demasiado tiempo, sobre todo el maestro, al que descubren vigilándolas constantemente, creyéndose invisible cuando en realidad ellas son conscientes de su presencia en todo momento.

—Ya vienen esos niños otra vez —le dice su amiga a Pilar—, ¿les vas a contar la verdad o esta vez tampoco?

Pilar no capta el tono de reproche, pero sigue jugando con ella a chocar las palmas mientras contesta.

—Pues no lo sé, no creo que estén preparados para ella.

—¡Eh, tarada! —le grita uno de los chicos que llega, junto a dos más, por su espalda—, ¿con quién hablas?

La amiga de Pilar deja de chocar las palmas y se retira un paso hacia atrás, esperando la respuesta.

—Con nadie —responde Pilar, que enseguida mira a su amiga para ver su reacción.

—Mentira —ataca de nuevo el chico, que se pone entre Pilar y su amiga, mientras los otros niños se ponen a cada lado—, estabas hablando cuando hemos llegado.

Los demás asienten, y Pilar intenta copiar el movimiento de su amiga dando un paso hacia atrás, pero las manos que la sujetan por los brazos se lo impiden.

—Tarada, de aquí no te vas hasta que nos digas con quién hablas.

A Pilar Antequera le resbala una lágrima por la mejilla. Ha intentado aguantarla en el ojo el máximo tiempo posible, pero hay otras que empujan desde dentro que también quieren escapar. La primera lágrima hace camino, y por su cara pronto empiezan a derramarse muchas otras. La niña llora, pero no gime ni solloza. Tan solo se mantiene seria, mirando con cara triste y húmeda a su amiga, que se aleja del grupo dándole la espalda.

—No te vayas, por favor —le pide Pilar sin alzar la voz, pero su amiga no la oye, o hace como que no la oye.

Los niños ríen. Sin que Pilar se dé cuenta, uno de ellos se pone a cuatro patas por detrás de ella, mientras que el que lleva la voz cantante la empuja para que caiga hacia atrás. El golpe en la cabeza le duele, al igual que los codos cuando aterrizan contra el suelo. Las risas se vuelven aún más estridentes desde allí abajo. Se toca los codos y se mancha las manos de sangre. Intenta mirar entre las piernas que la rodean y el líquido que cae sobre ella para ver a su amiga, pero esta apenas se ve ya en la lejanía.

32

LA ENFERMERA Y EL CELADOR

—Jesús, hay más gente del pueblo aquí que allí —dice el padre Facundo, más para destensarse a sí mismo que para relajar el ambiente.

Esta vez, ninguno ríe. Todos se miran entre ellos, y los ojos van desde la escopeta y la pistola que sostienen el secretario y el guardia civil hasta el bisturí con el que el maestro del pueblo, Enrique Aguilera, amenaza el cuello del doctor Becker, que sigue atado en la camilla.

—Enrique, aléjese del doctor. Si hace un movimiento brusco, disparo.

—No, capitán. Lo único que tengo seguro es que hoy muere el doctor, aunque tenga que matarme yo después.

—¿Por qué, Enrique? Puri, ¿se encuentra bien?

—Este hombre merece morir, capitán —dice Puri, que sigue sentada sosteniendo la bandeja de metal en sus manos—, merece morir sufriendo, además.

—¿Por qué no nos calmamos y me lo cuentan? Por lo que veo el doctor no se va a mover de ahí.

—Este hombre es un asesino. Un demonio. Y este era el infierno en el que gobernaba, capitán —dice Enrique—. En este quirófano ha cosido vivos a recién nacidos, los ha dejado morir de hambre, les ha inyectado químicos en los ojos para que fueran azules, los ha mutilado sin anestesia, ha dejado que sus heridas se infecten… ¿Quiere que siga?

—¡Cómo creen que avanza la ciencia! —grita el doctor, que sólo ahora ve un pequeño atisbo de salvarse de una muerte que creía segura unos minutos atrás.

—¡Cállate, miserable! —grita Puri, que se levanta, le lanza la bandeja y le provoca un corte en la ceja afeitada de la que empieza a brotar sangre.

—Todos esos niños venían porque sus madres accedían libremente a participar —dice el doctor, que cierra un ojo para que no se le llene de sangre.

—¡Ninguna sabía que iba a hacer esas atrocidades! —grita Puri, a la que el capitán no se atreve a apuntar con su pistola—. ¡Sólo las engañaba ofreciéndoles dinero! ¡A madres repudiadas por no tener un marido! Créame, sé cómo se sentían para tener que recurrir a su dinero.

—Calma, por favor —pide el capitán—, si eso es cierto, no son ustedes ni jueces ni verdugos. Entiendo su dolor, Puri, pero matar al doctor no la aliviará.

—Eso déjeme comprobarlo a mí, capitán. Mátalo, Enrique, ¡mátalo ya!

—¡Capitán! —grita el doctor—, ¡dispare!

Y se oye un disparo, pero no es de la pistola del guardia civil, sino de la escopeta del secretario Castillo, y la bala no impacta en carne o hueso, sino que se incrusta en el metal del conducto de ventilación que hay en el techo.

El disparo accidental del secretario lo aprovechan casi todos allí dentro. Cada uno a su manera:

El doctor, para hacer volcar la camilla en la que lo han maniatado.

El maestro, para clavar el bisturí en el doctor.

Y el guardia civil, para atrapar al maestro.

Pero ninguno consigue su cometido del todo:

Porque el doctor sólo desplaza un poco la camilla.

El maestro clava el bisturí en el brazo del doctor y no en el cuello

Y el guardia civil a quien atrapa es a Puri, que se interpone entre ellos.

Ante la segunda acometida del maestro, es el padre Facundo el que se abalanza sobre él y consigue que el bisturí caiga al suelo. Los gritos y los golpes se reparten, pero no de forma armónica y coreografiada como en las películas, sino caótica.

—Comete un error, capitán —dice el maestro Enrique desde el suelo cuando el guardia civil lo encañona con su pistola.

—Lo que hago es evitar que usted cometa uno más grave —le responde.

Castillo apunta a Puri, que vuelve a sentarse en la silla con la misma tranquilidad con la que antes recibió su visita.

—No me apunte a la cabeza, animal, sobre todo si no sabe controlar el gatillo —le dice al secretario, que le hace caso y apunta al suelo con la cara roja.

Mientras tanto, el padre Facundo desata al doctor Becker y lo ayuda a incorporarse en la camilla.

—Capitán, espero que tome medidas de inmediato con estos dos criminales —dice el doctor, que recoge su ropa para ponérsela y suelta algunas palabras en alemán cuando ve lo que antes eran su pelo y sus cejas en el suelo.

—Cuando se haya vestido, siéntese también, doctor —habla Vicente Costa, con la situación ya controlada—. Entiendo que su mujer no está aquí, ¿verdad?

—¡Pregúnteselo a estos cerdos! El señor Skorzeny vino a comunicarme que jamás llegó a Madrid. ¡Que digan dónde la esconden! ¡Me escribieron una nota diciendo que la habían secuestrado!

El guardia civil mira al maestro, que niega con la cabeza.

—Sabíamos que se había ido. Escribí la amenaza, pero nunca ha estado aquí —responde—. Nosotros no tenemos nada que ver con su desaparición.

—¡Mentira! ¿Dónde la tenéis?

—Igual te ha abandonado, perro demente —le dice Puri— ninguna mujer querría estar contigo.

—Cálmense y expliquen de qué se conocen —pide Vicente Costa, tratando de comprender lo que ocurre—. ¿Qué es este lugar?

—Vengan conmigo —pide Puri—, y les enseñaré lo que hacía aquí.

La carnicera de Jártava, antigua enfermera del doctor Becker, los guía a uno de los lados del edificio. Allí hay una pala clavada en la tierra y, a su lado, varios hoyos.

—Cuando ha llegado, hemos podido convencer al doctor de que nos enseñara dónde había ido enterrando a los niños y madres con los que experimentaba en este lugar. Uno de esos huesos son los de la verdadera madre de Pilar y los de su hermana gemela. Apenas tenía unos días de vida cuando la dejó morir de hambre.

Ante el silencio de todos, incluido del doctor, Puri sigue hablando con los ojos brillantes.

—Padre, creo que deberían estar enterradas juntas y ofrecer una misa para todas las almas que sufrieron entre estas paredes. Hay demasiado dolor. Demasiado horror en este lugar.

—Por lo que veo, doctor —dice Vicente Costa—, creo que va a tener que contratar a un abogado.

—Oigan, ¿de verdad ustedes piensan que estas instalaciones, el dinero para el material, el personal, sería viable por mi propia cuenta? —responde este—. ¿No comprenden que esto va más allá de lo que opinen en un pueblucho como el suyo? En cuanto pueda coger un teléfono y explicar lo que me han hecho, ni usted va a seguir siendo capitán, ni usted cura, ni usted

secretario ni vosotros vais a ver más que barrotes y mendrugos de pan. Desde que vine de Alemania, el Gobierno español se ha interesado en mis avances científicos, y todo esto se hizo con su apoyo.

—Sin embargo, doctor —dice Castillo, que al fin toma la palabra tras ver los pequeños huesos en la zanja—, por algún motivo acabó usted en un pueblucho como el nuestro, ejerciendo de médico, en lugar de seguir haciendo… esto. Si alguna vez le sufragaron gastos, creo que eso se acabó, que ya cambiaron de opinión sobre su valía.

El doctor muda la expresión de furia por una más cercana a la preocupación, vuelve a soltar algunas palabras en alemán que nadie entiende y escupe sobre la fosa.

Ante este gesto, el maestro consigue llegar hasta él y darle un cabezazo en la nariz, lo que provoca que vuelva a sangrar.

Vicente Costa agarra al maestro y tira de él con tanta fuerza que lo derriba en el suelo, saca la pistola y le apunta en la pierna.

—Ni una más, Enrique. Ni una más.

El maestro del pueblo, cuyo primer empleo fue el de celador en aquel sitio apartado de la humanidad —en todas sus acepciones—, mira con furia primero al guardia civil, luego a la pistola y, por último, al alemán.

—Doctor —lo amenaza aún desde el suelo—, la próxima vez que sangre será para morir.

Un par de minutos después, Puri, Enrique y el doctor Becker son esposados y llevados cada uno por Castillo, el padre Facundo y Vicente Costa hasta los coches. Allí, el guardia civil piensa en cómo distribuirlos para llevarlos directamente hasta el cuartel central de Sevilla, pues esta vez pretende desentenderse por completo de todo.

—Puri y Enrique irán conmigo en el Land Rover. Secretario, usted también, pero, por favor, apunte con la escopeta al techo. Padre, usted irá junto al doctor en el Mercedes. No hará falta que lleve armas, el doctor estará esposado al volante para que no haya problemas.

Pero siempre hay problemas.

33

EL VERDADERO DOCTOR

Mayo de 2024.
Mi confesión.

Las librerías en 1990 tenían más libros antiguos que modernos, y aunque en esa época ya empezaba a notarse la superpoblación de escritores, no me resultó difícil encontrar una biografía —por supuesto no autorizada— sobre Mengele, el Ángel de la Muerte para miles de niños en Auschwitz. El autor no era muy conocido, al menos para mí, y pude contactar con él gracias a la editorial.

Mi conversación telefónica con él derivó en dos problemas. Por un lado, vivía en Barcelona, lo cual no tenía por qué ser un inconveniente habiendo teléfonos, pero sí lo era que el autor fuera otro de esos hombres que poseen acciones del bar de la esquina y no contemplan hablar con un desconocido sin una copa de por medio.

A pesar de que había soltado una importante cantidad de dinero al detective Costa por su investigación —no recuerdo exactamente la cifra, pero para la época era mucho—, aquel fue el momento en el que realmente decidí si iba a seguir hurgando en el pasado de mi familia de forma decidida o el entretenimiento había terminado ahí. Tener que sacar billetes de tren o de avión, buscar un hotel y seguramente invitar a comer al autor del libro era una inversión de tiempo y dinero que merecía cierta reflexión. La cual, por supuesto, no tuve, ya que en cuanto José María Antiarch me lo propuso en la primera llamada, accedí.

Y allí me vi el siguiente fin de semana. En Barcelona, con una maleta mínima, un sueño máximo y con la duda razonable de si hacía el carajote.

José María me citó, cómo no, en un bar, pero pronto supe que aquel no iba a ser el sitio en el que hablara con él, ya que el dueño de este me dijo que había llamado para pedirme disculpas e indicar una nueva dirección. Con la ayuda del camarero que me había servido la cerveza, anduve por las calles de la ciudad en dirección a la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona. Esperé en una salita llena de libros antiguos que no me atreví a tocar durante una hora, hasta que por fin se abrió una puerta. José María Antiarch me saludó exactamente de la forma en que me gusta que lo hagan los que llegan tarde a una cita.

—Discúlpeme, me ha surgido un imprevisto y no podía evitarlo.

—Por favor, ni se disculpe ni me trate de usted —le dije con mi mejor sonrisa.

—Estupendo, pasa a mi despacho.

José María Antiarch no sólo peinaba canas en aquella época, sino que también pensé que estaría próximo a jubilarse. Aunque había leído la escueta biografía del autor en su libro sobre Mengele, no me había fijado en su fecha de nacimiento como para calcularle la edad, y la foto en la que aparecía desde luego fue tomada muchos años antes. A pesar de eso, se le veía lleno de vitalidad, como una de esas personas que siempre son jóvenes tengan la edad que tengan. El despacho, sin embargo, sí que correspondía a alguien de edad avanzada y puesto relevante en la Universidad, con un olor a cerrado —a humanidad, como decía mi padre— que trató de disimular abriendo una ventana desde la que se veía una zona bastante bonita de Barcelona que

por supuesto ni recuerdo ni sé ubicar.

—Bien, joven, sentémonos —me dijo, ofreciendo un cómodo sillón frente al suyo—, es extraño que alguien se interese por mi obra. Parece que el horror de la realidad no genera tantos adeptos como los horrores fantásticos. Cuénteme.

—Como le dije por teléfono —ya que él había vuelto al usted, decidí imitarlo—, estoy investigando algo que ocurrió en el pueblo de mi padre allá por el año sesenta y cinco.

—¿Cómo me dijo que se llamaba el pueblo?

—Jártava, en Sevilla, no muy lejos de la capital.

—Ajá, no lo había escuchado. Y dígame, ¿qué tiene que ver Jártava con mis investigaciones?

—Pues que tengo la sospecha de que allí ejerció, aunque durante muy poco tiempo, Joseph Mengele bajo seudónimo.

—En mil novecientos sesenta y cinco, en un pueblo de Sevilla —dijo, manteniendo la frase en suspensión por el tono, como si eso lo ayudara a encajar piezas en un puzle mental.

Luego se levantó del sillón, sacó dos grandes archivadores de una de las estanterías y volcó el contenido sobre la pequeña mesita que nos separaba.

—Podría encajar —repitió mientras removía cientos de folios escritos a mano con una letra perfecta para que te admitan en una facultad de Medicina—. Aquellos años fueron los últimos que se conocen de él. Tras huir de Alemania, se instaló en Argentina, Paraguay y Brasil, y aunque hay algunas fuentes que indican que murió en este último en el año setenta y nueve, estoy bastante seguro de que vino a España para reencontrarse con su primera mujer, Irene, y pasó aquí algunos años hasta que se perdió su pista.

—¿Dónde estuvo? —pregunté, aunque a esas alturas ya lo sabía.

—La información que tengo de su período en España es muy pobre, de hecho he tenido que soportar las críticas de muchos de mis colegas por la forma en la que la conseguí, pero lo más seguro es que estuviera en el sur del país, primero realizando experimentos con la connivencia de la dictadura, y después ejerciendo de médico rural, pero siempre bajo seudónimo, como usted mismo dice.

—¿Cayó en desgracia también en nuestro país?

—La relación de España con los nazis está llena de matices. Si alguna vez ha tenido un buen profesor de Historia, le habrá enseñado que esta materia está en continua tergiversación por parte de los propios historiadores. Si ya es imposible determinar la realidad de un hecho contemporáneo, más aún si hablamos de décadas o siglos atrás, pero me aventuro a pensar que sí, que aunque al principio España fue refugio de algunos nazis de alto rango, hubo otro tipo de intereses que no se querían dejar de lado, como las ayudas de los países aliados. Ya sabe, no se debe morder la mano que le da a uno de comer.

—Por eso usaba seudónimos, tiene lógica. Lo dejaban ejercer pero ocultando su verdadera identidad.

—Exacto, aunque he de reconocer que choca con otros individuos como Otto Skorzeny, un nazi austríaco del cual también se borró todo rastro en torno a ese año, pero que siempre mantuvo su identidad real.

—¿Qué seudónimos utilizó Mengele en España? —pregunté.

—Es curioso, todos relacionados con literatura. Fausto, Galdhost, Delarr.

—En 1965 se llamaba Gustav Becker.

—Parece el mismo hombre.

—¿Cómo consiguió la información? Dijo antes que había recibido críticas.

—Me contactó un hombre. Un alemán. Había oído algunas de mis charlas acerca de este tema

antes de escribir el libro, y me envió una caja llena de documentos. Algunos parecían haber pertenecido directamente a Mengele, aunque nunca pude comprobar la identidad del hombre, pues sólo me contactó por teléfono para enviarme todo por correo. Mire.

José María volvió a levantarse para traer una caja. En ella, además de algunos papeles y libretas, había utensilios médicos. Quirúrgicos.

—Aquí hay, sobre todo, libretas con información anatómica.

—Anatómica infantil —le dije al observar dibujos de cuerpos de niños perfectamente definidos y anotaciones en alemán.

—Su especialidad, su obsesión, eran los niños, en especial los gemelos. En Auschwitz hacía auténticas salvajadas con el único afán de replicar la raza aria, de generar de forma científica un superhombre. Sólo aquellos que lo vivieron, que lo sufrieron, mejor dicho, saben hasta dónde llegó su horror.

Aunque siguió dándome detalles escabrosos que yo prefería no oír, me fijé en uno de los papeles que había entre esos documentos, pues sabía perfectamente lo que era.

—¿Qué es esto? —le pregunté tras cogerlo y examinarlo.

—No lo sé. Palabras sueltas por un lado y números por el otro, pero está roto, no se puede saber qué ponía. No he encontrado la otra parte.

Desde ese momento, sabía que mi visita había terminado. Si había merecido la pena el gasto de dinero y tiempo, era por aquel trozo de papel. Primero intenté memorizar las palabras y números que vi en él, pero creí que lo más fácil era quedarme con aquello.

—¿No tiene usted frío? —le dije mirando hacia la ventana abierta tras devolver el papel a la mesa.

—Si quiere, la cierro —dijo, señalándola con la cabeza.

—Pues si no le importa, soy bastante débil.

—Los jóvenes de hoy en día ya no son como los de antes —dijo antes de sonreírme y levantarse para ir a cerrarla.

Yo aproveché que me daba la espalda para coger el trozo de papel y guardarlo en el bolsillo, ofreciéndome a recoger los documentos después de esperar unos minutos más. Aquellos momentos finales supe que no servía ni para ser detective ni periodista, ni siquiera político. Sentía la mentira, el robo del papel, revoloteando sobre mi cabeza. Se me enrojeció la cara y me picaba el cuello. Creo que lo notó.

—¿Se encuentra usted bien? De repente le veo mala cara.

—Ya le he dicho que soy delicado de salud, seguramente me esté poniendo enfermo. De todas formas, debo irme ya.

—Bueno, espero haberle ayudado. Si en la editorial me piden una reedición, lo cual no creo que llegue, trataré de incluir la posibilidad de que estuviera en su pueblo.

Al día siguiente, lo primero que hice cuando llegué a mi casa después de un viaje largo y tedioso, fue unir el trozo de papel hurtado con el de mi abuelo, y por fin pude descubrir qué decía esa nota y las coordenadas completas que había en la parte trasera.

«Tu mujer pagará por tus pecados con tu propia medicina».

34

MI HERMANA

Seis años antes de la captura de Becker.
Escuela de Jártava.

El maestro abre la puerta de la escuela y deja pasar a Puri y Pilar Antequera. La niña, que ya no lo es tanto, entra cabizbaja, mientras que Puri lo mira directamente a los ojos y niega con la cabeza. Los tres se sientan en una de las aulas y es la carnicera del pueblo la que toma la palabra.

—Don Enrique, mire lo que le va a enseñar Pilar.

La niña se levanta el jersey, se sube una de las mangas de la camiseta y le muestra el brazo al maestro. Tres cardenales, de diferentes tamaños, llaman su atención.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Nadie —responde ella, que vuelve a bajarse con rapidez la manga y el jersey.

—No quiere decir nada —reprocha Puri—, no hay manera de que suelte prenda.

El maestro hace una señal con la mano para que deje de hablar y vuelve a dirigirse a la niña.

—¿Sabes cuál es el mayor problema de este mundo, Pilar? La gente buena.

Pilar, que mantenía su mirada alejada de él, presta ahora su atención en el maestro, que sigue hablando.

—Cuando un malvado grita, lo peor es el silencio de los buenos. El silencio da alas a la maldad.

—No me lo ha hecho ninguno de los chicos de la escuela, si es lo que le preocupa —responde la niña.

—¿Ha sido tu madre? —El maestro vuelve a levantar la mano para impedir que Puri proteste.

—Ella es la persona que más me quiere del mundo, no podría hacerme daño ni aunque quisiera.

—Entonces, ¿quién?, ¿alguien del pueblo? ¿Un hombre o una mujer?

—No la conocéis. Está aquí, escuchando. Y está muy enfadada porque dice que fue jugando y que no era su intención hacerme daño.

El maestro y Puri miran las sillas y los pupitres vacíos del aula.

—¿Dónde? Nosotros no vemos a nadie.

La chica levanta el brazo y señala con el dedo hacia el pupitre en el que normalmente se sienta ella. Uno vacío. Sin nadie.

—¿Y puedes decirnos cómo se llama?

—No, porque ni siquiera ella lo sabe —dice mientras deja de mirar al maestro para detener sus ojos ante Puri—. Pero dice que se acuerda de vosotros. De la clínica. Que ella es mi hermana y tú no eres mi madre.

35

LA CASUALIDAD

Hay gente que cree en las casualidades, pero hay otra que no, que no se traga que alguien aparezca en el momento justo y en el lugar más propicio, cuando lo normal es que estuviera a cientos de kilómetros de allí. Por eso, este tipo de gente, la incrédula, vería sospechoso que mientras llevan a tres detenidos en dos coches por una carretera perdida, apareciera justo otro en dirección contraria. Tampoco comprarían la casualidad de que ese otro fuera del mismo color y marca que el del doctor Becker, es decir, un Mercedes Benz negro, y que dentro se hablara alemán con fluidez nativa.

Vicente Costa, que es de los incrédulos —aunque también de los prudentes, esos que esperan más de una señal para confiar en su instinto—, le pide al secretario Castillo que esté alerta cuando oye cómo el coche del doctor Becker le pita al Mercedes negro que pasa por el otro carril, en dirección contraria a ellos, como si llegara tarde, para verlo de nuevo, apenas un minuto después, por el espejo retrovisor a cincuenta metros, treinta, diez.

—Secretario —vuelve a alertar—, vamos a tener problemas. Esté atento y tranquilo.

El Mercedes que viene por detrás se sitúa en paralelo, ocupando el carril contrario por el que ha pasado antes, pero esta vez en el mismo sentido que el Land Rover. El capitán no pita aunque ve cómo se pega a su lateral y, aunque intuye quién lo conduce, no logra verlo con claridad cuando intenta fijarse.

Mientras trata de controlar el coche para no salirse de la carretera, no es capaz de ver que el del doctor da un frenazo en seco. Su frente choca contra el volante con violencia, la de Castillo, contra el salpicadero, y las de Puri y el maestro, contra el respaldo de los asientos delanteros.

El impacto del Land Rover contra el Mercedes de Becker provoca algo de humo que sale del capó, olor a quemado y quejidos de dolor. Una frente que no sangra por fuera, sino por dentro, una pierna rota y un hombro salido conforman la ensalada de consecuencias que trae el choque, aunque no todas en el mismo cuerpo.

El capitán mira por la ventanilla, aturdido —como todos— y con la frente maltrecha —sólo él — para ver cómo dos hombres armados se bajan del único coche que no ha sufrido ningún percance. También baja un hombre alto, con manos grandes y una cicatriz en la mejilla izquierda, que sonríe al doctor y al padre Facundo, fuera ya del otro Mercedes.

Es ese mismo hombre —el capitán recuerda su nombre, Otto Skorzeny— el que saca una pistola y dispara en la cabeza al cura. Lo hace con una fluidez de movimientos tan elegante como el traje que lleva, y podría considerarse hasta la obra de un genio si el asesinato fuera considerado como una de las bellas artes.

Skorzeny camina hasta el Land Rover con paso tranquilo, como hacen esas personas que se creen dueñas no sólo de la situación, sino también del mundo, quizás porque no hace mucho lo eran, al menos del mundo de millones de personas.

—Deme las llaves de las esposas, capitán.

La orden es como su actitud, tranquila. Y de la misma forma alarga la mano para impedir que el guardia civil saque la pistola de su funda. Otro de los hombres le arrebata la escopeta al secretario por la otra ventanilla con más brusquedad y menos elegancia. Cuestión de rangos.

Con las llaves en la mano, le quita las esposas al doctor, que grita en alemán mientras propina

alguna patada en el cuerpo —ya cadáver— del padre Facundo, y señala en dirección al Land Rover. Los dos hombres armados hacen salir a Puri y al maestro, pero impiden que el guardia civil y el secretario también lo hagan.

El siguiente disparo lo hace el doctor Becker. Y Puri cae al suelo con un agujero en la frente idéntico al del padre Facundo. Alrededor de su cabeza, sobre la carretera, la sangre que brota de ella empieza a imitar la forma de la que rodea la cabeza del cura.

—Tenemos que hacer algo, capitán —susurra el secretario Castillo, aunque tampoco se le ocurre ninguna sugerencia concreta que hacerle al guardia civil.

Cuando ambos ven que el doctor Becker se sitúa frente al maestro con la pistola apuntando hacia su estómago, el capitán decide que ese sea el momento en el que para honrar a la memoria del padre Facundo, lo deje todo en manos de Dios, o la suerte, o la casualidad, aunque no crea que existan ninguna, sobre todo las casualidades.

—Agáchese y agárrese a algo, secretario, a ver si salimos vivos de aquí.

Y el Land Rover, con el morro incrustado en el maletero de un Mercedes, hace el sonido inconfundible de que ha arrancado, y los trozos de chasis que caen en la carretera anuncian que al dar marcha atrás ha podido despegarse del otro coche. Y aunque recibe algún balazo, consigue acelerar dispuesto a empotrarse —o llevarse por delante; lo que Dios, la suerte o la casualidad prefiera— contra el máximo número de nazis posible.

36

CARMEN ANTEQUERA

Un año antes de que las casualidades no existieran.
Dormitorio de Pilar Antequera.

Pilar Antequera mira a su hermana. Ambas están sentadas en la cama, aunque sólo el cuerpo de una de ellas hace que el colchón se hunda por el peso. Ambas lloran. Una por lo que cuenta y otra por lo que oye.

—Ni siquiera sé mi nombre. No sé cómo me quería llamar mamá —le dice su hermana a Pilar.

—Quizás tampoco quería que yo me llamara Pilar —le contesta, aunque la respuesta no parece tranquilizarla—. Oye, si quieres podemos elegirlo nosotras.

—¿Mi nombre? —Alza la mirada, y sus ojos azules, tan diferentes a los negros que tiene enfrente, muestran un brillo de ilusión entre lágrimas.

Pilar asiente y sonríe. Se seca las lágrimas de la mejilla y trata de secar las de su hermana, pero estas no se van.

—¿Qué te parece Isabel? —propone Pilar—, hace poco conocí a una niña que se llamaba así, me pareció un nombre muy bonito.

—Me gusta, pero no quiero que te recuerde a alguien. Quiero ser la primera que conozcas en persona con mi nombre.

—Carmen, ¿qué tal Carmen? Creo que nunca me han presentado a nadie que se llame así.

—Pues Carmen, entonces. Me gusta tener nombre, por fin. Me hace más real, ¿no crees?

—Para mí eres real —contesta Pilar, que baja la mirada por vergüenza.

—Pero me ocultas a los demás. Es como si no quisieras que me conozcan.

—Porque no te ven. Piensan que estoy loca, que hablo sola cuando en realidad lo hago contigo. ¿Crees que lo pasé bien cuando les hablé de ti al maestro y a mi madre? Me llevaron a varios médicos. No dejaron de hacerme preguntas hasta que les dije que me lo había inventado todo, que era para entretenerme. Si tanto quieres que te conozcan, ¿por qué no se lo dices tú misma?

—Sabes que no puedo. Sólo estoy unida a ti. Sólo puedo hablar contigo.

—Entonces, no me pidas hacer algo que tú misma tampoco eres capaz de hacer.

—¡No soy capaz de hacer nada! —le grita Carmen—. No puedo leer un libro si tú no pasas las páginas. No puedo hablar con nadie que no sea contigo. No puedo probar la comida que te encanta. Ni siquiera puedo saber si tengo sed. Estoy sola. No soy nadie. Me has dejado sola en un mundo donde no puedo hacer nada más que seguirte. Que verte. Que envidiarte.

—¡No es mi culpa! —contesta Pilar, también con un grito.

—Al menos podrías venir conmigo —le dice Carmen en un susurro mientras se acerca a su hermana y la abraza—, así no me sentiría tan sola.

Las dos dejan de abrazarse cuando la puerta del dormitorio se abre. Puri mira a su hija, que se encuentra sentada en la cama, temblorosa y llorando.

—¿Qué te ocurre, Pilar? Te he oído gritar.
—Nada, mamá, necesito estar sola —contesta ella.
—Eso es, hermanita —le susurra Carmen—, que se vaya esa impostora.

37

LOS SECRETOS DE CASTILLO

El maestro, el celador, Enrique Aguilera se encuentra ante el lobo, que lo sigue siendo aunque él ya no sea un cordero. La pistola del doctor Becker apunta a su estómago, y sabe que no es casual. Recibir un disparo en esa zona supondría irse al barrio de los callados lentamente, entre dolores que lo harían desear morir un poco más rápido. También duda. Por su cabeza pasa abalanzarse sobre el alemán que acaba de matar al único amor de su vida. Intentar que su propia muerte no sea en vano y tratar de hacerle algo de daño, lo que sea, antes de dejar de existir. Pero ocurre algo que trastoca sus dudas y la tranquilidad del doctor.

Un Land Rover verde, de la Guardia Civil y con medio morro empotrado en un Mercedes, da marcha atrás unos metros para acelerar después directo hacia ellos.

El maestro no lo mira, sólo intuye su posición. No es que lo haga por falta de interés, qué va, sino porque hay algo que le interesa más, por ejemplo, que el doctor sí que se ha girado para mirar de dónde procede el sonido de cuatro neumáticos chirriando, y eso significa que la pistola ya no apunta a su estómago.

Sin miedo ya a recibir un balazo en sus carnes, empuja al alemán al suelo para evitar que el vehículo se lo lleve por delante.

Salvar al doctor del atropello no supone un acto de bondad, ni siquiera un acto reflejo, sino todo lo contrario. Impedir que lo atropellen significa que sigue abierta la posibilidad de matarlo él, de hacer que sufra, aunque cada vez sea más complicado que el sufrimiento pueda ser muy prolongado en el tiempo.

La carretera perdida en la que se encuentran se convierte en un matadero, en un revuelto de alemanes heridos, medio muertos y muertos del todo.

Becker es de los primeros. Cuando se ve en el suelo, despojado de su arma pero libre del atropello, tampoco piensa en que haya sido un gesto de generosidad del maestro. Conoce perfectamente al género humano, y sabe que quizás pueda llegar a preferir que un coche le pase por encima a lo que esté por venir.

El que ya no prefiere nada es su camarada Otto Skorzeny, que forma parte de los alemanes muertos del todo. El morro del coche lo ha matado con la misma rapidez con la que él mataba enemigos en la guerra.

De los medio muertos se encarga Vicente Costa, que le pide a Castillo que se quede en el interior del coche mientras él sale a degollar nazis con su machete.

El dueño del primer cuello que corta el guardia civil apenas opone resistencia. De rodillas sobre el suelo, el joven alemán se lleva las manos a la cadera porque no está en el sitio en el que siempre ha estado su cadera, para llevarse poco después las manos a un cuello que nunca ha tenido abierto.

Manchado de sangre, con el machete goteando y la mirada más cercana a la locura que jamás ha lanzado, Vicente Costa fija su objetivo en el otro joven. También está en el suelo, de rodillas, aunque parece que este mantiene la cadera en el sitio tradicional y tan sólo se duele de una herida en la cabeza, que sangra, pero sin pasarse. Las armas que llevaban tanto él como su compañero no están a la vista, por lo que el alemán saca una navaja de su bota, se incorpora y se prepara para luchar a muerte contra el español.

El primer ataque lo hace el alemán, que se ve obligado a tomar la iniciativa ante la distancia de seguridad que adopta su rival. Las acometidas al aire hacen que Vicente Costa retroceda algunos pasos, pero siempre con su machete en posición de recibir cualquier lance del otro. Aunque no sea el momento, piensa en su uniforme. En que las manchas de sangre serán difíciles de limpiar y en que los agujeros que tiene en los pantalones, sobre todo a la altura de las rodillas, no quedarán bien ni aun tras pasar por las expertas manos de su Elvira. Tampoco es el momento de pensar en ella o en su hijo, pero lo hace. Piensa en ellos, en la posibilidad de no verlos más, mientras continúa alejándose de la navaja que procura meterse en una parte indeterminada de su cuerpo.

—Tengo todo el día, gilipollas, hasta que te desangres del todo —le dice señalándole la brecha en la cabeza, aunque ahora duda de que pueda entenderlo, pues no parece inmutarse con sus palabras.

Procura ser consciente de lo que lo rodea. Siente que, si sigue dando pasos hacia atrás en cada ataque germano, podría llegar a chocar contra alguno de los coches o cadáveres que hay en la carretera, así que los siguientes pasos que da hacia atrás los hace en diagonal, consiguiendo vislumbrar a qué distancia tiene los principales obstáculos para volver a situarse en paralelo a la carretera.

En el suelo ve a Skorzeny —bastante muerto— y al alemán del cuello abierto, pero a los que no ve, ni en el suelo ni de pie, son ni al doctor Becker ni al maestro.

Aunque su estrategia no pasa por jugarse la vida en el cuerpo a cuerpo, se ve tentado a atacar al alemán cuando nota que baja su defensa. Quiere desgastarlo y no ponerse en peligro, pero empieza a cansarse de tener que medir las distancias, y cada vez pone menos empeño en salir de su radio de alcance. Su rival, que parece tener clara la estrategia del español, se aleja también de él para quitarse la camisa y, tras asegurarse de que no recibe ningún ataque, reliarla sobre su brecha en la cabeza. Cuando vuelve al ataque, sonríe al guardia civil, que lamenta no haber atacado en esos momentos.

Además de por la oportunidad perdida, también lo lamenta porque el alemán ataca con agresividad, y en lugar de lanzar navajazos al aire, grita a la carrera dispuesto a hundirle la hoja en cualquier parte del cuerpo. Vicente Costa, que no espera un ataque así, se ve con el alemán encima y no puede esquivarlo, aunque tampoco nota ninguna cuchillada.

Lo que sí siente cuando cae al suelo por la fuerza del alemán son las rodillas de este plegadas sobre su pecho, impidiéndole cualquier movimiento de escape. Está atrapado bajo él, con su machete Dios sabe dónde y la navaja del alemán próxima a introducirse en su cuello.

Y aunque lo espera, no ocurre.

Lo que sí sucede es que la mejilla del alemán revienta cuando una bala entra por ella y sale por la otra junto a algunos dientes.

Vicente Costa deja de sentir la presión de las rodillas sobre el pecho para notar únicamente sangre y el propio peso del alemán, al que se quita de encima de un empujón sin comprobar si sigue vivo. Si no está muerto, la agonía no le durará mucho.

—Secretario —dice al quitarse el muerto de encima—, le debo la vida.

Miguel Castillo no responde. Se queda mirando la pistola que sostiene en sus manos, con la que acaba de quitarle la vida a alguien tras recogerla del suelo, y suspira. Va a ser difícil que olvide un día como este.

—¿Dónde están el maestro y el doctor? —le pregunta Vicente Costa cuando recupera el aliento y la posición vertical.

—El doctor ha metido al maestro en un coche, creo que inconsciente, y se ha ido en esa

dirección —contesta Castillo, señalando uno de los extremos de la carretera.

—Vamos —le ordena Vicente Costa, que se acerca hasta una de las pistolas que hay en el suelo, comprueba que está cargada y se dirige hacia el Land Rover con la esperanza de que arranque. Y arranca.

Apenas unos kilómetros después, ambos bajan del coche al ver al maestro tirado en mitad de la carretera, consciente y vivo, pero ensangrentado. A su lado, un Mercedes Benz negro arde envuelto en llamas estampado contra un árbol.

—Yo esto ya lo he vivido —dice Castillo, que ayuda al maestro a levantarse y lo aleja del coche.

—¿Y el doctor? —le pregunta Vicente Costa al maestro.

—Muerto —dice este, señalando el coche en llamas— y ardiendo en el infierno.

Los tres se derrumban aliviados, cada uno a su manera, pero a todos los empieza a vencer el cansancio. El miedo hace que el temblor que han podido controlar en las situaciones de peligro que han vivido sea ya incontrolable.

—No sé si voy a poder conducir —dice Vicente Costa.

—No tenemos prisa. Ya no —contesta Miguel Castillo.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta el maestro.

Los tres se miran y niegan con la cabeza.

—No podemos contarle esto a nadie. Nadie nos va a creer —dice el maestro, aunque los otros dos parecen estar de acuerdo—. Por esta carretera no pasa nadie ni equivocándose.

—¿Y qué vamos a decir en el pueblo? —dice Castillo.

—Que Puri sigue desaparecida —contesta Vicente Costa tras un largo silencio— y que el doctor se fue a Madrid y nadie sabe dónde está. A los otros alemanes no los echará nadie en falta.

—¿Y al padre Facundo? ¿No van a echar de menos al padre Facundo? —llora Miguel Castillo —. No podemos dejarlo aquí tirado, sin entierro, sin contar por qué murió.

—Si contamos lo que ha pasado aquí, acabaremos todos en la cárcel —dice el maestro—, el padre Facundo está muerto, ya no le importa nada de lo que hagamos ni con su cuerpo ni con su memoria.

—¿Qué opina usted, capitán? —pregunta Castillo a su amigo—, ¿no verán raras tantas desapariciones, tantas huidas sin motivo?

—Si queremos evitar problemas, no podemos hacer otra cosa que callar lo ocurrido aquí, hacer un pacto de caballeros y rezar para que nadie pase por esta carretera mientras vivamos.

El secretario Castillo recuerda algo y saca un papel de su bolsillo. Está arrugado. Por un lado hay escrita una amenaza, y por el otro, unas coordenadas. Se lo da al maestro, que lo reconoce porque es su letra.

—Esto es suyo, supongo —le dice Castillo—. La amenaza a su mujer…

—Ya he dicho que era mentira. Puri y yo sabíamos que ni siquiera lo comprobaría, ese hijo de puta es un perro de presa, un lobo hambriento. Sólo quiere matar. Iría a donde dijéramos, y qué mejor lugar que este, donde fue Dios y diablo. De su mujer no sé nada.

El maestro rompe el papel en dos, se guarda uno de los trozos y le tiende el otro al secretario.

—Será nuestro secreto —le dice.

—No sé si podré con tantos —contesta Miguel Castillo.

38

EL SUICIDIO DE PILAR ANTEQUERA

Unos días antes de que cuatro nazis murieran en una carretera perdida junto a un cura y una carnicera que una vez fue enfermera.

Puri termina su partida de cartas y se despide de sus amigas, pero en lugar de volver directamente a casa como hace habitualmente, se desvía hasta la casa del maestro. Este le abre con cara seria, mira a un lado y a otro de la calle para asegurarse de que no hay nadie más, y cierra la puerta cuando la carnicera entra en el recibidor.

—El niño que ha venido a avisarme ha dicho que era importante, ¿qué ocurre, Enrique?

—Tenemos que irnos, Puri.

—¿A dónde?

—Lo más lejos posible, pero ya —dice él, que se rasca el cuello.

—Con ya te refieres a hoy, mañana, ahora mismo…

—Me refiero a ya. Coge algo de ropa y comida, el dinero que tengas y esta misma noche paso a recogeros a ti y a Pilar para marcharnos.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Es él —dice, cada vez más alto.

—¿Quién? —pregunta ella, cada vez más alterada.

—¡ÉL! —grita.

—Me estás asustando.

—No sé cómo nos ha encontrado o si ha caído aquí por casualidad, pero lleva una semana en el pueblo.

—¿El doctor?

—Sí.

—¿Es el nuevo médico?

—Sí.

—Me habían dicho que era extranjero, pero que aún no se había instalado.

—Ha estado yendo y viniendo. A veces viene con su mujer y a veces solo. Hoy lo he visto, lo he visto y me ha mirado. Creo que me ha reconocido. No lo sé. Pero debemos irnos.

—¿Estás seguro de que es él, Enrique?

—Jamás podré olvidar esa sonrisa.

—¿Cómo ha acabado aquí? ¿No hay más sitios en España?

—Quizás por lo mismo que nosotros, Puri, porque esto está alejado de todo y hay trabajo. O quizás porque alguien lo ha avisado y ha venido a por nosotros. No podemos confiar en nadie, Puri, y tenemos que irnos. No salgáis de casa, ni Pilar ni tú. Llegaré de madrugada con el coche; en cuanto me oigas llegar, salid. Coge lo indispensable.

—¿Y a dónde vamos a ir? ¿A empezar de nuevo? Pilar…

—A Pilar le vendrá bien cambiar. Sabes que no es feliz, y quizás en otro lado… No sé.

Los dos se despiden con un beso fugaz, como todos los que se han dado desde que llegaron al pueblo. A escondidas. Sin testigos. Fuera del alcance de ojos que sólo desean ver algo

inapropiado para gritar que han visto algo inapropiado.

Puri atraviesa el pueblo a paso ligero, nerviosa. Aunque en esta época del año apenas hay gente por las calles, se le agarrota la nuca cada vez que ve a alguien y se destensa cuando descubre que no es al que teme ver. Al llegar a casa, se siente aliviada. La próxima vez que salga —piensa—, será para huir. Aunque no le agrada la idea de volver a escapar de una vida, está de acuerdo con las palabras de Enrique respecto a Pilar, y quizás hacer que todo empiece de nuevo, que la vida se reinicie, sea lo mejor para ella.

—Pilar —dice en voz alta desde la entrada—, ya estoy en casa. Ven, que quiero contarte algo.

Se quita los zapatos y se pone unas zapatillas para evitar meter más suciedad en la casa, pues luego le cuesta mucho tener que fregar el suelo. Claro que eso ya da igual.

—¡Pilar! Ven, hija.

Entra en el baño y orina, se lava las manos y se dirige hacia la habitación de su hija. Llama a la puerta, y ante la ausencia de respuesta desde el interior, la abre.

En el suelo hay un libro. Uno que conoce bien, ya que es el que Enrique manda como lectura a todos sus alumnos desde que supo de su existencia. Aunque ha intentado leerlo en varias ocasiones, jamás ha podido terminarlo, pero más por no querer leer que por no saber apreciarlo. Al fin y al cabo, ese libro no es más que uno de los tantos mensajes de amor de un celador que escapó con ella y una recién nacida en una Vespa. O igual no era una Vespa y se trataba de otra marca parecida, pero ambos recordaban que sí lo era, y con eso bastaba para que ese mensaje adquiriera un sentido, y ese libro que ahora estaba en el suelo del dormitorio de su hija fuera, aunque no lo hubiera leído nunca, una nota de amor.

Junto al libro hay una silla, una que no posee ningún significado especial ni oculto. Tan sólo es una silla, comprada en uno de sus viajes a Sevilla y que le pareció bonita y barata, y que desde que Pilar era mayor servía más como apilador de ropa —la poca que la niña tiene, pues tampoco se puede permitir comprarle los vestidos de flores que tanto le gustan— que para sentarse. El hecho de que esté tirada en el suelo está relacionado con que tampoco ha tenido el uso habitual de una silla. Salvo que alguien considere que subirse a ella para ahorcarse lo sea. En ese caso, la historia cambia, pero tampoco tiene importancia. Lo importante es que colgada del techo, por el cuello y por una cuerda, pende el cuerpo de Pilar. La oscilación es mínima, pero aún la conserva. Quizás no ha muerto hace mucho. Quizás se estaba suicidando mientras ella le daba un último beso fugaz al maestro. Quizás agonizaba mientras venía de camino fijándose en los vecinos, preocupada por que ninguno fuera un médico alemán. Quizás el último aliento de vida lo diera mientras ella se descalzaba para no manchar el suelo de la casa, o mientras orinaba, o mientras la llamaba por el pasillo. Pero Pilar está muerta.

39

LA GRANJA CARMESÍ

Unas horas antes de que el doctor Becker se inventara que a Pilar Antequera la habían asesinado para que las sospechas recayeran en su antigua enfermera.

—Mañana, cuando esté más tranquila y haya podido dormir algo, hablamos de lo que podemos hacer. —El padre Facundo trata de distraer a Puri mientras el doctor, el secretario y el capitán sacan el cuerpo de Pilar Antequera de su casa.

Ella se oculta tras el cura, y aunque él interpreta que no quiere ver a su hija salir con los pies por delante, lo que realmente pretende es que el doctor no la reconozca, si es que aún no lo ha hecho.

—Muchas gracias, padre. Y ahora, por favor, márchense todos. Necesito estar sola.

Facundo se lo toma como un encargo personal —no podría negarle nada a la madre de una suicida— y ayuda a despedir a todos los vecinos. Cuando no queda nadie, él también se despide y se marcha a la taberna mirando a la luna.

Uno de los vecinos que han estado toda la tarde allí se vuelve en cuanto ve al cura alejarse lo suficiente, y llama con tres toques de nudillos —primero uno y, tras una pausa, otros dos toques seguidos— a la puerta de Puri.

—Sabe quiénes somos —le dice ella nada más abrir— y en cuanto le vea las marcas en la espalda a Pilar, también la va a reconocer. Va a ir a por nosotros.

—Tenemos que irnos. Coge lo que quieras y nos vamos.

—No me voy a ir sin Pilar. No la voy a dejar en manos de ese diablo.

El maestro sabe, desde que dejó de ser Enrique para ser el celador, que, si quiere seguir cerca de Puri, tendrá que asumir todos los riesgos que ella proponga, robar el cuerpo de Pilar incluido.

—Bien. ¿Qué propones? —pregunta, dispuesto a todo.

Puri, que lleva toda la tarde ideando —pero con la mirada perdida— diferentes situaciones, le explica el que considera el mejor plan.

—Entrar en la clínica cuando el doctor se haya ido a dormir y llevarnos a Pilar para enterrarla como se merece.

—¿Y después?

—Volver. Cuando vean que su cuerpo ha desaparecido, todas las sospechas irán para él, y yo les diré que me marcho, que no soporto estar ni un día más en este pueblo sin ella.

—No me veo en ese plan —dice él, y se aleja dando un paso atrás.

—Enrique —dice ella; que se acerca a él y le da un beso, esta vez en la mejilla—, ya no tienes por qué acompañarme. Y quizás sea lo mejor.

—Ahora más que nunca es cuando deseo estar a tu lado hasta el final.

Y le responde con otro beso que le da, él sí, en los labios. Ambos se quedan unos segundos mirándose. Hace tiempo desde que no se examinan a tan poca distancia, pues siempre rondaba cerca o algún vecino o la propia Pilar. Ahora, con calma, se reconocen. Con algunas arrugas más, nuevas canas y pieles menos tersas —sobre todo la de él—. Después, asienten sin necesidad de

decirse nada, y dan el plan de escape por iniciado.

Puri tarda poco en coger una pequeña pala de jardín y un libro de la habitación de su hija.

—¿Y el libro? —pregunta él, señalándolo.

—Al fin lo había empezado —dice ella levantándolo—. Quiero leerle las páginas que le quedan.

Él sonríe y ella llora, se abrazan, y salen de casa en dirección a la del doctor Becker. Allí, no necesitan esperar que este se duerma, pues lo ven salir en dirección a la taberna poco después. Ellos aprovechan para romper la puerta de la consulta y sacar el cuerpo de Pilar Antequera camino al bosque.

Aunque aún no es luna llena, está lo bastante grande como para iluminar sus pasos entre los árboles, pero no tanto como para encontrar el libro cuando se le cae en una de las paradas que hacen para que el peso del cadáver recaiga en otro hombro.

—Ya se ve la granja carmesí desde aquí —dice él poco después, sudando por el esfuerzo de cargar con Pilar—. Deberíamos enterrarla cuanto antes y volver.

Y entierran a Pilar, pero no del todo.

No lo hacen del todo, porque alguien los ve.

Ramón Claveles, el dueño de la granja carmesí, se acerca hasta ellos con sigilo, dispuesto a defender cada metro de su propiedad de lo que quiera que sean esas dos figuras que sólo ilumina la luna.

—Alto —dice sosteniendo una escopeta que apunta hacia ellos.

—Ramón, no dispare, somos Enrique y Puri —dice él, levantando los brazos y enseñándole las palmas.

—¿Y qué hacéis en mi propiedad? ¿Y a estas horas?

Pero Puri y Enrique no saben qué contestar, porque la verdad no es creíble, y la mentira, improbable. Así que es el granjero el que se acerca, siempre sin bajar la escopeta, y se hace una idea de lo que ocurre. Y dispara. Sin pensar más. No todos los días —o las madrugadas— encuentra uno en los límites de su granja a un hombre y a una mujer enterrando el cuerpo de una niña desnuda. Una niña que ya no lo es tanto.

La bala rebota en la pala que aún sostiene Puri, y el proyectil tan sólo le roza la pierna. Enrique, movido únicamente por el miedo a perder lo que desea, se abalanza sobre el granjero con toda la rabia contenida de las últimas horas a su favor. Y el granjero, que estaba medio dormido en el porche, con su séptima u octava cerveza liquidada, y que no dudó en coger su escopeta por si debía volver a llamar roja a su granja carmesí, sucumbe a la fuerza y la sobriedad rivales.

Y encaja los puñetazos como puede, o sea, mal.

Y lo último que ve antes de perder la consciencia y pasar a ser la comida de sus cerdos es el puño ensangrentado del maestro del pueblo, jadeante, con ojos llenos de ira, rabia y dolor.

—¿Está muerto? —pregunta Puri cuando cesan los puñetazos de Enrique.

—Si no lo está, lo estará —dice antes de coger el cuerpo del granjero para llevárselo a los cerdos.

Ella asiente, aunque dolorida, y retoma la pala para terminar de enterrar el cuerpo de Pilar Antequera.

Y mientras ella cava la tumba de una muerta y el maestro porta un futuro cadáver, se le ocurre estar en esto hasta el final, pero de verdad.

Y recuerda que la mujer del doctor se fue hace unos días.

Y piensa en escribir una amenaza y unas coordenadas, aquellas que el doctor le dio cuando la

contrató como enfermera.

Y nota una sensación muy parecida a la satisfacción —aunque no lo sea—, porque cree que la justicia y la venganza son gemelas.

40

LAS CARTAS DE CASTILLO

Miguel Castillo se pone una camisa sin arrugas y se mira en el espejo. Aún guarda en la retina imágenes de muertos, de balas en la cabeza y restos de niños en una fosa. Se alisa el pelo y trata de sonreír, pero no lo consigue. Deja enfriar la plancha que le ha prestado Elvira y come lo primero que encuentra en la despensa. Mientras mastica, es consciente de que ha adquirido una nueva forma de ver la vida, de comprender que no todos los cambios de pensamiento, de forma de ser, de entender cómo funciona el mundo, se producen tras una larga y compleja transformación personal, que a veces basta con ver muertos a un par de amigos para sufrir ese cambio de manera instantánea.

Comer le provoca que aparezcan las primeras gotas de sudor del día, pero aun así coge la chaqueta y se la coloca encima. Esta vez no es para tapar arrugas, sino por el mero hecho de sentirse elegante. Por sentirse una persona respetable, quizás porque él mismo duda si lo es. En la entrada sigue la foto que rompió hace poco, esa en la que sobraba su hijo Pedro. Rebusca en los bolsillos de la chaqueta y saca el trozo en el que aparece su primogénito —con arrugas sobre su sonrisa— para unirla al resto de la familia. Aunque estira la fotografía reunificada, se nota el corte y las arrugas sobre la sonrisa de Pedro, pero también eso le parece que simboliza la vida misma, a modo de recordatorio de que el tiempo provoca cicatrices e impide sonrisas.

Al lado del marco hay varias cartas sin sello, ni remite ni remitente. Están apiladas unas encima de otras, atadas con un cordón a la manera en la que suelen envolverse los dulces en las pastelerías. Miguel Castillo mete el dedo índice bajo el cordón para coger las cartas y sale de casa con ellas.

Aunque es temprano, el sol calienta la calle, por lo que camina despacio para no sudar más de lo normal. El pueblo tiene más movimiento que hace unos días, pues las vacaciones llegan a su fin y los vecinos que regresan descubren que ya no hay carnicera, ni maestro ni cura; que tampoco hay ni médico ni granjero, pero que por fin hay más de un guardia civil. Claro que esto último igual habría cambiado la situación de haber llegado unos días antes. Con más de un guardia civil quizás seguiría habiendo carnicera, maestro y cura, aunque tampoco tendrían granjero ni médico, y quién sabe si tres cerdos menos y un gato más.

El cementerio, que se ha ido llenando durante los últimos días —no sólo con muertos recientes, sino también de hace años—, está hoy tranquilo, pues los vivos están a otras cosas y los muertos a las de siempre, así que Miguel Castillo no tiene que sentir miradas que lo incomoden. No le gusta que sus vecinos sientan lástima de él ni soporta que se compadezcan de su tragedia, por lo que celebra que no haya nadie alrededor de las tumbas que va a visitar.

Aunque antes solía llevar flores, hoy no lo hace.

—Toma, Lola, te traigo unas cuantas cartas. Perdona que no te las haya traído antes, pero he tenido unos días complicados, ya lo verás cuando las leas.

Miguel Castillo deja sobre la tumba de su mujer las últimas cartas que le ha escrito, y recoge el paquete de las anteriores para llevárselas y quemarlas.

—Te echo de menos, Lola, pero cada vez lo llevo mejor. Me he dado cuenta de que hay cosas en la vida que importan poco, y que las que importan mucho lo hacen durante poco tiempo. Como leerás, he pedido el traslado a otro juzgado, así que vendré con menos frecuencia, sobre

todo si es en mi norte querido.

Se toca la chaqueta y rebusca en sus bolsillos, pero no encuentra lo que quiere.

—Vaya, se me ha olvidado en casa un marco con una foto que quería traerte. Bueno, el próximo día. Creo que te gustaba mucho porque salíamos todos sonrientes, con los ojos abiertos y las bocas cerradas.

Como si se hubiera acabado el tiempo en un horario de visitas, mira ahora a las tumbas de sus hijos Lola y Paquito, y piensa en el único que le queda vivo. Aunque sea un secreto inconfesable, a veces desea que el muerto en aquel accidente de coche en el que él conducía hubiera sido su hijo mayor en lugar de cualquiera de los otros dos.

—Vosotros haced caso a vuestra madre en todo lo que os diga. Yo no conozco aquello, pero seguro que ella ya se ha hecho con el tinglado. Aprended mucho, para que cuando yo llegue, me lo podáis enseñar todo.

Miguel Castillo se alisa la chaqueta, se pasa los dedos por la cabeza y se despide de su familia. Esa a la que echa de menos. Esa a la que aún considera de vacaciones por no aceptar que están bajo tierra.

—Bueno, marcho a ver a Pedro. Estoy deseando que me presente a mi nieto. Y Lola, no le cuentes a nadie sobre nuestro secreto, quema las cartas cuando las leas, por aquello de…

41

VOLVER

Vicente Costa se sacude la manga del uniforme por pura inercia y abandona el dormitorio. Afronta el pasillo con la cabeza baja y llega hasta la cocina. Allí encuentra a su mujer, que lo recibe con una sonrisa, y a su hijo, que apura el desayuno antes de ir a la escuela.

—Levanta la cabeza, Vicente —le dice ella, le ordena más bien—. No hay nada por lo que tengas que avergonzarte. Si no fuera por ti, este pueblo estaría en ruinas.

—No sé si voy a ser capaz —le susurra para que su hijo no se entere—, no sé mentir.

—No hace falta que mientas. Tan sólo procura callarte más de lo normal —le aconseja ella, y le tiende una taza de café.

—No —rechaza él, apartando la taza suavemente—, no quiero que se me acelere más el corazón.

El capitán de la Guardia Civil de Jártava besa a su mujer, besa a su hijo —que le pone mala cara— y sale de casa tras alzar la cabeza. Fuera lo esperan otros dos compañeros —dos cabos jovencísimos— que lo ayudarán durante los próximos días a descubrir por qué el padre Facundo ha aparecido muerto, con un disparo en la cabeza, en mitad del bosque; por qué al granjero se lo comieron sus cerdos; por qué el doctor no da señales de vida, y por qué la carnicera sigue desaparecida tras el suicidio de su hija.

—Buenos días, señores —dice el capitán, que devuelve el saludo reglamentario de forma breve—. Nunca he contado con más de un compañero, así que imagino que tendré que agradecérselo al cuartel central.

—A mí me han destinado sólo durante dos semanas, capitán —dice uno de ellos, el que aparenta más juventud—, luego tendré que regresar.

—Yo estaré con usted hasta nueva orden, capitán —le dice el otro.

—Bien, ¿qué proponen que hagamos primero?, ¿cómo empezamos la investigación?

—Sugiero registrar los domicilios de los desaparecidos, capitán. Si somos capaces de identificar qué es lo que falta en sus casas, podremos averiguar si sus desapariciones han sido fortuitas o voluntarias.

Vicente Costa sonríe.

42

MIS SECRETOS

Mayo de 2024.
Mi confesión.

Cuando uno piensa en un lugar perdido, lejos de miradas indiscretas y con plena libertad, suele imaginarse una isla desierta. Yo, en cambio, pienso que cualquier lugar lo suficientemente alejado de la civilización es el mejor escondite para los canallas.

Parafraseando la cita con la que abro este libro, ni el callejón más oscuro, sucio y marginal del peor barrio de una ciudad puede compararse con cualquier granja, casita o edificio abandonado que se encuentre en mitad del campo. Porque junto a un callejón podría haber una pizzería con gente que oiga los gritos, o un basurero que vea un charco de sangre junto al cubo de la basura, o incluso una patrulla de la policía que descubra a alguien correr de forma sospechosa. Pero en mitad de kilómetros y kilómetros de árboles, hierba y campo no hay nada. No hay nadie que se equivoque y pase por allí, y si pasa, desde luego no entra a investigar; por eso a mí me aterra más un edificio blanco iluminado por el sol en mitad del campo que un callejón oscuro, encharcado y lleno de basura en la ciudad.

Claro que no pensé eso cuando llegué al lugar donde me llevaron las coordenadas del papel que por fin pude unir, el de la amenaza que alguien —luego supe que fue el maestro— le hacía a otro —más tarde descubrí que era al doctor Becker— respecto a su mujer —lo cual era mentira, pues esta había huido a Alemania aprovechando uno de sus viajes a Madrid—.

Mi coche de por aquel entonces no estaba preparado para ir campo a través, por lo que dudé durante varios momentos del trayecto en abandonar y volver; sin embargo, a veces veía rastros de neumáticos sobre la hierba, como si después de la carretera, alguien hubiera pasado por allí durante años, una y otra vez, por el mismo lugar; como Sísifo con su piedra; como el poeta que hacía camino al andar.

Tras soportar los saltos del coche durante algunos kilómetros, por fin llegué a una cancela oxidada pero abierta y al edificio donde mi vida empezó a cambiar, al lugar donde muchas otras vidas se apagaron después de desearlo y no merecerlo.

Aunque la fachada tenía desconchones e incluso algunos muros derruidos, no parecía estar abandonado, o al menos, no del todo. La puerta principal seguía en uso, pues no parecía ni oxidada ni rota. Se abría con frecuencia.

Al final de un largo pasillo, tras girar una esquina y revisar algunas habitaciones que sí que estaban abandonadas —camas llenas de polvo, bombillas rotas, suelo lleno de suciedad— llegué a la única habitada. En la última habitación de un segundo pasillo encontré a un anciano, o lo que una vez lo fue —su figura se parecía más a un fantasma que a un hombre—, tumbado en la cama, esposado en forma de equis a los barrotes y con más huesos que carne. Aunque tenía barba no era demasiado frondosa, al igual que el pelo, cortado de forma irregular.

Cuando me vio aparecer, ni siquiera noté si hizo algún gesto, si expresó sorpresa o miedo, pues yo estaba demasiado ocupado controlando el temblor de mis piernas y el exagerado bombeo de mi corazón.

Desde ese día, ya fuera en la celda de mi prisión o en la comodidad del colchón de mi casa, esa imagen se me repite de forma constante. Imborrable. Perturbadora. Asquerosa.

Como aquel anciano no parecía responder a mis palabras, busqué algo para romper las esposas, pero cuando por fin encontré un martillo en uno de los pasillos, vi que no hacía falta. Quizás alguna vez esas muñecas, esas manos, habían sido más gruesas que las esposas, pero ahora podían deslizarse por ellas sin dificultad. No eran más que huesos que se seguían creyendo prisioneros porque siempre lo estuvieron.

Tras liberarlo de su prisión, el hombre intentó decirme algo, pero estaba demasiado débil para conseguirlo. En el suelo vi restos de agua en una botella de plástico. El color no era transparente, así que le dije que no se moviera —quizás debería habérmelo callado— y fui hasta el coche para coger la que había llevado conmigo. Al regresar a la habitación, lo vi tirado en el suelo junto a la botella de agua sucia —vacía ya de ella—.

Cuando vio mi botella, con agua mineral transparente dentro, se bebió lo poco que me quedaba, algo que ahora celebro, pues por aquel entonces desconocía que beber o comer mucho tras un gran período de desnutrición puede ser mortal.

Algo más calmado, le expliqué cómo había llegado hasta allí, todas mis investigaciones, las cartas de mi abuelo; pero no sé si me entendió, pues no dijo nada.

No me resultó difícil cogerlo en brazos —con mucho cuidado por no romper algún hueso que, sin duda, debía tener tan frágil como un cristal— y llevarlo hasta mi coche, para luego dirigirme de vuelta a Sevilla y al hospital más cercano.

La policía me hizo cientos de preguntas, a las que respondí lo mejor que pude, aunque no conseguí dar ninguna respuesta relativa a quién era aquel anciano, por qué estaba así y quién le había hecho aquello. El que sí respondió a esas preguntas, con un hilo de voz casi inapreciable y conectado a varias máquinas que hacían las funciones que su cuerpo no podía realizar de forma autónoma, fue aquel anciano. A pesar de haber transcurrido veinticinco años de los hechos que me contó, lo recordaba como si hubiera pasado el día anterior, quizás porque para él, que estuvo todos esos años sin poder moverse de esa cama, era lo único que podía hacer, recordar lo vivido como si siempre hubiera sido ayer.

Y lo que me contó fue que aquel día de verano de mil novecientos sesenta y cinco, tras el asesinato de Puri y del padre Facundo en mitad de una carretera perdida, el doctor Becker, o mejor dicho, Joseph Mengele, metió al maestro —inconsciente— en el asiento trasero de su coche.

Iba con la idea de matarlo. Lentamente, por supuesto, con sufrimiento, como era habitual en su estilo. Llevaba consigo un potente veneno de serpiente, uno que te paraliza aunque seas consciente de todo, incluido el dolor. Pero pasó algo. Algo imprevisto. Fugaz.

El maestro despertó antes de tiempo y consiguió abalanzarse sobre el doctor para que este perdiera el control del Mercedes. Cuando se estrellaron contra uno de los árboles y el coche empezó a arder, el maestro sacó al doctor Becker, al Ángel de la Muerte, y lo arrastró lo más lejos que pudo de la carretera. Allí, lo ató con fuerza a un árbol y regresó junto al coche.

El alemán, aturdido por el choque, oyó cómo otro coche llegaba junto al suyo y se marchaba poco después para dejarlo solo. A la intemperie. Desnudo y rapado.

Así pasó tanto aquella noche como la siguiente, hasta que un coche se detuvo en la carretera a la segunda mañana —cuando el calor ya había agotado sus fuerzas por completo— y unas manos lo llevaron hacia una de las habitaciones que en otra época habían habitado los objetos de sus experimentos. Allí vivió a base de pan y agua atado a una cama, pero sólo durante unas semanas.

El maestro Enrique iba y venía cada dos días, le daba agua sucia y algo de pan, lo afeitaba, le cortaba el pelo y se volvía a marchar. Hasta que un día se equivocó, o se arrepintió, o no fue consciente de lo que hacía, y le dejó libre una mano. Una mano que a pesar de carecer de la fuerza que había tenido meses antes, aún gozaba de la experiencia que otorga la maldad, y pudo mantener una lucha equilibrada contra el otro, pues uno poseía la fuerza del que se alimenta bien, mientras que el otro, el conocimiento de qué nervio y músculo del cuello hay que presionar para dejar a su oponente a su merced.

Y así, el alemán pudo convertirse en un hombre libre, y que el español ocupara su lugar. Y luego cumplió los planes que el maestro tenía con él, pero con los papeles intercambiados, y lo visitó cada día para alimentarlo sólo con pan duro y agua sucia, durante veinticinco años, hasta que un día de mil novecientos noventa, entró en la habitación y la vio vacía, y supo que alguien —yo— lo había rescatado y ya no había a quién torturar.

El único error que cometió el doctor Becker después de aquello fue ir al entierro del maestro tres días después de que yo lo descubriera más muerto que vivo. El alemán creyó que nadie lo reconocería. No pensó que sus paletas, separadas igual que en todas las fotos que yo había visto de él, eran lo suficientemente llamativas como para ser recordadas; y desde luego no pensó que yo lo seguiría para, sin dificultad, tomarme la justicia por mi mano y estrangularlo. Recuerdo que mientras se quedaba sin oxígeno sonreía, sabiendo que, aunque lo estaba matando, se había salido con la suya, que su vida había sido larga y su final, breve.

El único error que cometí yo fue no sospechar que la policía seguía todos mis movimientos desde que encontré al maestro, y que lógicamente me habían visto perseguir a un anciano de paletas separadas para matarlo en un callejón oscuro, rodeado de cartones mojados y bolsas de basura.

Y acabé en la cárcel.

Y me arrepentí de algo, pero no de todo.

Y me guardé los secretos de Castillo, que era mi abuelo, el padre de mi padre, Pedro, hasta el día en que cumpliera mi condena y escribiera este libro, donde la realidad y la ficción se confunden, y los buenos no lo parecen, y los malos a veces sí y a veces no, y los muertos salpican.

Nota del Autor

Querido lector:

Si has llegado hasta aquí (y has disfrutado de la lectura) el mejor regalo que me puedes hacer es recomendar la novela a otras personas (o regalarla, oye).

Si además quieres decirme qué te ha parecido, te leo en mis redes sociales (@Chemadeaquino) o en el correo electrónico: **chema@chemadeaquino.es**

Por último, unas aclaraciones. Algunos de los personajes de este libro son personas reales, pero me he tomado la libertad de depararles destinos diferentes a los que tuvieron. Lo he hecho porque me apetecía aprovechar ese poder de reimaginar ciertos asuntos que tiene la literatura (al igual que el cine, como ya demostró Tarantino en *Malditos Bastardos*). Espero que los amantes de la Historia me puedan perdonar, pero mis libros están más cerca de Batman que de cualquier novela histórica.

También he procurado mantener el habla de las personas reales en las que he basado a mis personajes, por lo que ruego me disculpes si te ha descolocado alguna construcción gramatical puesta en sus bocas.

¡Muchas gracias!

Chema de Aquino.

También del autor:

gradecimientos

Silvia Barbeito, Fran Navarro, Adrián Badía, Rocío Pérez, Alberto Domínguez, Félix Delgado, Mari Carmen Delgado, Sandra de Aquino y Gonzalo.